

LA CONDICION JURIDICA DE LA MUJER A TRAVES DE LAS  
PARTIDAS

Memoria de licenciatura que  
presenta D<sup>a</sup> M<sup>a</sup> PILAR SANCHEZ  
VICENTE, bajo la dirección -  
del Dr. D. Juan Ignacio Ruíz  
de la Peña Solar, Catedrático  
de Historia Medieval.

Universidad de Oviedo, febre\_  
ro de 1985.

## Í N D I C E

## ÍNDICE

### 1. INTRODUCCIÓN GENERAL

1. Estado de los estudios sobre la condición de la mujer en la España medieval
2. Propósitos y límites del trabajo
3. Notas

### 2. CONDICIÓN JURÍDICA GENERAL DE INFERIORIDAD

1. Introducción
2. Inferioridad de derecho
3. La tutela permanente del sexo
4. La condición jurídica en Las Partidas
5. Limitaciones a la presencia y actuación de la mujer en la vida pública
6. Conclusiones
7. Notas

### 3. LAS DOTES

1. Introducción
2. Dote y arras
3. Dotes *adventitias* y dotes *profectitias*
4. Los bienes parafernales
5. Dote estimada e inestimada
6. Naturaleza de los bienes dotales
7. El acto de la donación
8. Los donantes
9. Conclusiones
10. Notas

### 4. LA MUJER SOLTERA

1. Introducción
2. La educación

3. Atributos jurídicos
4. Conclusiones
5. Notas

## 5. LA MUJER CASADA

1. Introducción
2. Los desposorios
3. La institución matrimonial
4. *Embargos* del matrimonio. El adulterio
5. La condición jurídica de la mujer casada
6. Régimen económico del matrimonio
7. La relación materno-filial. El problema de la filia  
ción ilegítima
8. Conclusiones
9. Notas

## 6. LAS VIUDAS

1. Introducción
2. La capacidad jurídica de la viuda
3. Conclusiones
4. Notas

## 7. LAS MARGINADAS

1. Introducción
2. Las prostitutas
3. Las siervas
4. Las *judías*
5. Las barraganas
6. Conclusiones
7. Notas

## 8. CONCLUSIONES GENERALES

## 9. BIBLIOGRAFÍA

## INTRODUCCION GENERAL

## INTRODUCCIÓN GENERAL

### 1. Estado de los estudios sobre la condición de la mujer en la España medieval

Si el acceso de la mujer a las altas esferas del poder y su incorporación plena a la vida activa es un hecho -- contemporáneo, no menos actual es la preocupación de los historiadores por subsanar la carencia secular de historiografía sobre el tema.

Nuestro estudio sobre la condición jurídica de la mujer entronca con la más actual de las tendencias medievalistas y surge de la necesidad de rellenar esa laguna de enormes dimensiones que significa la exclusión del sexo femenino en el acontecer de la humanidad. La historia tradicional se invalida a si misma desde el momento que anula uno de sus -- componentes. Hecha por hombres y para hombres, el papel de la mujer en la historia se reduce a unos niveles biográfico--anecdóticos que impugnan por si mismos cualquier interpretación global. A la mujer se la ha estudiado siempre como protagonista aislada de hechos irrepetibles, y su comparecencia en las páginas de nuestro pasado ha venido dada en tanto en cuanto fue partícipe de las obras de los varones o actuó en sustitución de los mismos (1). El rechazo de este mercado de figuras de cristal, más heroicas que humanas, que se ofrece al público, y de la metodología que conlleva, nos obliga a -- establecer nuevas relaciones, a crear nuevos parámetros y a buscar en las manifestaciones de la realidad que hemos heredado (las fuentes de todo tipo) a la mujer anónima, sujeto y objeto de la historia de la mujer.

Ni la historia tradicional ni las nuevas corrientes historiográficas, abordan consecuentemente el problema. Viejos y nuevos métodos y conceptos discriminan sistemáticamente a la mujer al considerarla sujeto pasivo de la historia -- por contraposición al hombre, que aparece, implícitamente, -- como elemento activo y modificador de las estructuras.

Se produjo un replanteamiento de la situación, partiendo de cero, que significó una nueva lectura de la historia. Documentos escritos y fuentes materiales fueron abordados con un fin muy concreto: hallar todas las referencias a mujeres que permitieran conocer sus orígenes y formar su -- identidad, desvelando así una parcela histórica desconocida (2).

Para Eileen Power (3) la situación de la mujer se -- considera como un test mediante el cual se puede juzgar la -- civilización de un país o de una época. Ese test nos daría -- tres manifestaciones distintas y complementarias: la situa-- ción de la mujer en teoría, en la legislación y en la vida -- diaria. En la Edad Media, tal como ahora, los tres aspectos actuaban entremezclados, pero sin coincidir exactamente. El estudio de uno de ellos aislado (el jurídico-legislativo en nuestro caso) no es posible sin una visión de conjunto pre-- via que incluye conocer el distinto tratamiento dado al tema desde que fue abordado como objeto cognoscitivo.

El punto de arranque del interés de la historiogra-- fía hispánica por el tema de la condición de la mujer se si-- túa en la obra de Eduardo de Hinojosa, a principios de nues-- tro siglo (4). Para tan insigne precursor *la reseña de las -- vicisitudes de la condición de la mujer no es sólo un capítu-- lo interesantísimo de la historia del derecho, sino uno de -- los capítulos más interesantes de la historia de la civiliza-- ción*, ya que considera que *en ningún otro aspecto de la vida de los pueblos se manifiesta con tanto relieve la influencia de las ideas religiosas y morales, de las circunstancias so-- ciales, políticas y económicas*. Siguiendo a Sumner Maine, -- *una sociedad da la medida de sus progresos en la civiliza-- ción en la suma de independencia personal y de capacidad -- real que reconoce a la mujer*.

Desde Hinojosa hasta hoy el compromiso ha aumentado y se ha extendido considerablemente gracias a la creciente -- incorporación de las mujeres a la investigación histórica. -- Buena prueba de ello lo da la creación de un Seminario de Es

tudios de la Mujer (Universidad Autónoma de Madrid) con carácter monotemático e interdisciplinario, y proyección nacional en las Jornadas de Investigación Interdisciplinaria que convoca anualmente sobre el tema.



## 2. Propósitos y límites del trabajo.

Legislación y realidad conformaron la teoría medieval acerca de las mujeres que, ensombrecida tanto en la ley como en la literatura posteriores, estaba destinada a tener profundos efectos sociales durante siglos, muchos después de que las fuerzas que la sostenían hubieran dejado de ser importantes y cuando las condiciones que la habían hecho posible ya no existían (5).

El propósito de este trabajo es abordar el estudio de la condición jurídica de la mujer a través del Código de Las Siete Partidas (6), monumental obra legislativa que, iniciada por Alfonso X el Sabio a fines del siglo XIII, ejercerá poderosa influencia en el sistema legislativo español de la Edad Moderna e inicios de la Edad Contemporánea. Hemos intentado compaginar y comparar la situación de derecho y la situación de hecho, pues sabida es la diferencia y la oposición que entre ellas existe (7), y que no nos permite elaborar hipótesis a partir de un aspecto aislado.

La prosecución del presente estudio en una tesis implica su apertura sin solución de continuidad, y nos impide cerrar definitivamente ningún capítulo. En el futuro trabajo, hoy embrionario, ampliaremos la base documental y bibliográfica, recurriendo a manifestaciones artísticas y literarias para posibilitar la creación de una imagen, lo más aproximada a lo que fue en realidad, que nos sea posible.

Las limitaciones que encontramos son a la vez los incentivos que nos mueven. La parquedad de bibliografía especializada, la carencia de estudios monográficos, el cúmulo de material disperso y su organización inconexa, la parcialidad de los trabajos hasta ahora publicados, la falta de una visión de conjunto elaborada previamente y que pudiera servir de introducción al tema, e incluso la manipulación de -- que la historia de la mujer está siendo objeto, nos inyectan ganas de seguir trabajando. Construir y dismitificar, son --

los dos objetivos, irrenunciables e inaplazables, que se han de tener presentes al iniciar una labor de este tipo.

He dejado para el final, deliberadamente, el porqué de la elección de este trabajo y no de otro, y me veo obligada a explicar que no fui yo la electora, sino el tema el que me llamó. Hasta cierto punto novedoso y oscuro, desde cualquier punto apasionante, su tratamiento no me pudo resultar más satisfactorio y, desde luego, ningún otro asunto me hubiera producido tantas compensaciones: a nivel personal, como mujer, y a título de aprendiz de medievalista, como trabajo de investigación. Si algo he podido aportar a la historia de las mujeres y a la historia medieval, doy por bien pagados los esfuerzos.

### 3. Notas

- (1) Como ejemplo sin tacha véase el magnífico estudio de M. M. GAIBROIS DE BALLESTEROS, Maria de Molina, Ed. Austral.
- (2) Interesantísima la lectura, por su enorme aportación al tema de los Recueils de la société. Jean Bodin. La femme, Bruselas, 1962.
- (3) EILEEN POWER, Mujeres Medievales, Ed. Encuentro, Madrid, 1979, p. 13.
- (4) EDUARDO DE HINOJOSA, "Sobre la condición de la mujer casada en la esfera del derecho civil", Obras II, Estudios de investigación, Madrid, 1955, pp. 345 y ss.
- (5) EILEEN POWER, op. cit. p.13
- (6) La edición que hemos utilizado para efectuar el vaciado del Código de Las Siete Partidas de Alfonso X el Sabio - es la del licenciado GREGORIO LOPEZ DE TOVAR, Los Códigos españoles concordados y anotados, Tomos II, III, IV y V. Madrid, 1849.
- (7) HINOJOSA, op. cit.

CONDICIÓN JURÍDICA GENERAL DE  
INFERIORIDAD

## CONDICIÓN JURIDICA GENERAL DE INFERIORIDAD

### 1. Introducción.

La mujer en la Edad Media se halla en una situación de INFERIORIDAD DE DERECHO, manifiesta claramente en la legislación alfonsina. Esta condición jurídica de inferioridad frente al varón se enfrenta a una IGUALDAD DE HECHO operante en la vida cotidiana de la sociedad bajomedieval. Mientras que la legislación insiste en recortar sus derechos reiteradamente, lo que revela la escasa efectividad práctica de estas disposiciones, la presencia de la mujer en la vida activa es un hecho palpable. Además de ostentar el monopolio del mal llamado trabajo improductivo o doméstico, la mujer participa en proporción cuantitativa y cualitativamente apreciable en las actividades comerciales, mercantiles e industriales que definen el área urbano.

En el siglo XIII la incorporación femenina al trabajo en las ciudades es una realidad y la mujer monopoliza algunos oficios -textiles, confección, alimentación y *hostelería* principalmente-, sin olvidar su temprana incorporación a las empresas familiares de las que, llegado el caso, puede ser cabeza. Esto nos sirve para reconsiderar el papel que la mujer medieval desempeña en la sociedad y que, olvidados los tópicos, se define por el mayor o menor grado de acceso al trabajo productivo.

Tampoco estuvo nunca ausente la mujer de la economía rural; compartió con el varón en estricto plano de igualdad, sin excluir la natural división del trabajo dada por diferencias físicas tales como fortaleza, maternidad, etc, las faenas agrícolas y las diversas tareas de siembra, recolección, cuidado del ganado, mantenimiento de la hacienda y todo el sinfín de quehaceres a los que el medio campesino obliga.

¿A qué es debida esta desconexión entre su situación de hecho y su condición de derecho? La legislación castella-

na bajomedieval no marca puntos de ruptura respecto al derecho romano introducido por aquellas fechas en la Península; su máxima adecuación a la realidad no la alcanza, sin embargo, en el momento de su emisión, sino con posterioridad. Será con el Renacimiento y el auge de la burguesía cuando se produzca la simbiosis entre las superestructuras jurídicas e ideológicas y la realidad material; será este el momento histórico en que la mujer vea desaparecer, para no recuperarlos ya hasta el siglo XIX, sus derechos. Paulatinamente será -- apartada del mundo laboral hasta el siglo XVI, en que encontramos todos los tradicionales oficios femeninos ocupados -- por varones y en el que constatamos que ya le ha sido vedado a la mujer el acceso a la cultura a la par que ha ido disminuyendo progresivamente su peso específico en la sociedad.

## 2. Inferioridad de derecho.

La inferioridad de la condición jurídica de la mujer (1), en relación con el hombre, encuentra su más tajante formulación en un pasaje de Las Partidas muchas veces invocado:

*Otrosí, de mejor condición es el varón que la muger en muchas cosas, e en muchas maneras, assí como se muestra - abiertamente en las leyes de los títulos deste nuestro libro (2).*

La precedente valoración jurídica de la condición de la mujer no es una innovación de los redactores del Código alfonso. Hunde sus raíces en las concepciones del Derecho Romano y entronca con una larga tradición cuyos orígenes se hallan, en la práctica, en el *modus vivendi* del hombre antiguo: la guerra. El carácter belicista de la sociedad tradicional, cuanto más antigua más acusado, implica una división del *corpus* social en dos claros bandos: los capaces de desarrollar - actitudes militares y los no capacitados para la actividad bélica.

La guerra aparece como factor decisivo de división social y de dominación. La vida aparece como una lucha por la subsistencia individual y colectiva en el mundo rural, donde la Naturaleza y sus fenómenos son el peor enemigo, y en un mundo urbano, dependiente del anterior y aún en gestación. La sociedad medieval se ve endémicamente acosada por los fantasmas de la guerra, el hambre y las pestes y desarrolla una mentalidad colectiva de miedos y tabúes alimentada por el poder ideológico de la Iglesia y el peso específico del poder feudal. En este contexto, la parte femenina de la población resulta notoriamente perjudicada. Citando a Hinojosa:

*La libertad individual en su más amplio sentido, el derecho a intervenir en la vida pública, el pleno goce de -*

*los derechos civiles eran inseparables de la posibilidad y del deber de defender la patria. Sólo el que podía empuñar las armas poseía íntegramente la capacidad jurídica. Sólo el hombre, y el hombre apto para el servicio militar, tomaba parte en las asambleas políticas (...) El incapaz de derechos políticos veía mermada considerablemente su capacidad en cuanto a los derechos civiles, singularmente al de propiedad, y había de estar sujeto en cierta medida a la potestad ajena. El menor, el anciano, el impedido física o moralmente, la mujer, vivían bajo la tutela de otro. La tutela de la mujer -- era perpetua por ser constante su causa (3).*

La presunción de inferioridad y el concepto de tutela que Hinojosa refiere al mundo germánico pasarán a la legislación medieval tamizados por el derecho romano, que Castilla recibe en el siglo XIII. La tradicional preferencia -- cultural por la masculinidad se refleja en Las Partidas en -- el apartado referente a nacimientos que establece, por encima de la posición social o el papel que desempeña en el círculo familiar, una presunción de preñacencia, por razón del sexo, que comporta sustantivas diferencias jurídicas:

*Nacen a las vegadas dos criaturas de una vez del vientre de alguna muger e contece que es dubta qual dellas nasce primero; e dezimos, que si el uno es varón, e el otro fembra, que devemos entender que el varón salió -- primero, pues que non se puede averiguar el contrario -- (4).*

El estatuto jurídico de la mujer por razón de las diferencias naturales del sexo (5) cobra importancia con la pubertad, cuando *el niño se hace hombre y la niña se hace mujer*. La precocidad del desarrollo femenino (desarrollo de su capacidad procreadora fundamentalmente, ya que la madurez y posibilidades intelectuales le son negadas) es contemplada -- en el derecho Romano, donde la diferencia de edad desaparece,



al igual que en el derecho castellano bajomedieval, al alcanzar la plenitud física. La *maior aetas* se alcanza indistintamente a los veinticinco años mientras que la pubertad se señala a los catorce años para los varones y a los doce para las hembras (6). La legislación alfonsina establece la dualidad de edades referidas a la pubertad como consecuencia de la recepción del Derecho Romano-Canónico en el siglo XIII. A los doce años la mujer puede contraer matrimonio, pero no -- significa esto que alcance la independencia: simplemente se produce el traslado de la tutela parental a la marital, tutela por tutela.

### 3. La tutela permanente del sexo.

Hemos introducido un nuevo término al que ya se refería Hinojosa: la tutela permanente del sexo. Este principio jurídico estriba en la fragilidad femenina, en razón de la cual la mujer ve limitada su capacidad de obrar. Nacidas del ambiente cultural, las normas jurídicas sobre la capacidad y condición de la mujer aparecen confundidas con las diferencias establecidas por la Naturaleza entre ambos sexos. La fragilidad física se asimila a la debilidad mental, operando esta identificación en los textos jurídicos.

Quizás la Iglesia, con su doctrina de igualdad y el culto a María hubiera podido suavizar las diferencias, preestablecidas de antiguo, entre varón y hembra. Pero a la par que venera a la Virgen, el estamento eclesiástico convierte en paradigma del sexo femenino a otra mujer bien distinta: -Eva.

La mujer aparece así como instrumento del demonio para hacer pecar al hombre. Es un ser inferior, nacido del hombre -la costilla de Adán-, y ha de estar a su servicio. El hombre ha sido creado en un principio, a imagen y semejanza de Dios; la mujer ha sido una creación secundaria. Y por culpa de una mujer, débil y engañadiza, perdió el hombre el Paraíso Terrenal.

*La mujer está sujeta al hombre debido a la debilidad - de la naturaleza de ella, tanto en lo referente a la mente como el cuerpo. (...) El hombre es el principio y fin de la mujer como Dios es principio y fin de toda criatura (7).*

Santo Tomás subraya la inferioridad de la mujer, nacida del hombre y para el hombre; pero nacida -siguiendo a -Aristóteles- como un ser defectuoso, puesto que lo natural hubiera sido que el hombre engendrara un ser semejante a él,

un varón. De ahí que, como inferior en fuerza física e inteligencia al hombre, más débil y propensa al pecado, deba estarle sometida. San Agustín admitirá como un hecho natural -- que la razón de la mujer es inferior a la del hombre. San Isidoro destacará la debilidad física de la mujer, la vehemencia de su temperamento y su concupiscencia. Estas opiniones se verán reforzadas en el siglo XIII con las de los textos jurídicos romanos que entonces se introducen y con el auge de la filosofía aristotélica y escolástica.

La poesía trovadoresca, con su erotismo contenido, y la poesía árabe, con toda su carga lúdica y amorosa, se complacen en presentar a la mujer como objeto de placer. Aparece así un género literario que destaca los vicios y defectos de las mujeres: inconsciencia, imprudencia, superficialidad, inconstancia, avaricia, concupiscencia, frivolidad, etc. Las mujeres engañan a sus maridos, son pérfidas criaturas de Satán, asimiladas a Eva, mala esposa que traiciona a su marido en el Paraíso, sucumbiendo al placer de los sentidos. Eva representa la parte débil de la naturaleza humana, irracional, sensitiva (8). Hay un intenso menosprecio de las cualidades y capacidades de la mujer, un continuo suceder de diatribas contra las perversas esposas, profanadoras del sagrado vínculo del matrimonio.

El amor cortés (9) ensalzando la figura de la mujer como amante, desvinculándola de su realidad cotidiana, elevándola a los más altos pedestales, contribuye a forjar una imagen, por idealizada, irreal, de la mujer. Chocando con la tradición cristiana Menéndez Peláez, apoyándose en C.S. Lewis, basa la naturaleza del amor cortés en cuatro puntos: humildad -actitud servil del amante-, cortesía-carácter aristocrático-, el adulterio y la religión del amor.

El hombre ha de sufrir los caprichos y desdenes de -- la mujer amada, que aparece en los textos como inconstante y voluble. Estos caracteres serán recogidos por los legislado-

res alfonsinos que, inspirados en el Derecho Romano e impregnados del ambiente cultural de la época, hacen ley de la desconfianza en la naturaleza de la mujer:

*... e si acaesciese que la esposa fiziesse don a su esposo, que es cosa que pocas vegadas aviene porque son -- las mujeres naturalmente cobdiciosas, e avariciosas....*  
(10).

Será de los fueros medievales de donde arranque jurídicamente la colectivización del honor, fenómeno que contaba con abundantes precedentes históricos. La mujer será considerada como elemento pasivo en las relaciones sociales, y mientras que es parte fundamental del honor del hombre, junto -- con los atributos caballerescos, su propio honor queda reducido a la honestidad carnal. Del honor familiar se pasará al círculo más amplio de la comarca, el pueblo, la clase social, la corporación profesional, etc. En Las Partidas queda patente la idea de afrenta colectiva en el tratamiento que recibe el adulterio. El adulterio, que se constituye en el medievo en el acto más deshonroso, tendrá en la Séptima Partida sus leyes específicas. Hallaremos cómo en caso de no haber recibido la adúltera castigo por parte de su marido, puede la comunidad tomar la justicia por su mano. Es la mujer parte integrante de un colectivo que, como tal, no sólo vela por sus intereses, sino que también está autorizado para aplicar castigos.

Se establece, a sí, un principio claro de inferioridad, no tanto por la toma de postura colectiva frente a la -- injuria --que se inscribe en el *modus operandi* comunitario -- del medievo--, sino por el propio principio de indefensión y debilidad que conlleva para la mujer.

*E si por aventura el marido non la quissiesse acusar, e ella non se quissiesse partir de aquel mal fecho, estonce puedenla acusar sus parientes della, los más pro-*

*pincos, o otro cualquiera del pueblo, si ellos non lo quisiessen fazer; ca tovo bien Santa Iglesia que la - mujer que tal pecado fiziessse que todo ome la pueda - acusar. Ca assí como es defendido a todos comunalmen- te que ninguno non faga adulterio, assí el que lo fa- ze yerra contra el derecho que tañe a todos (11).*

La transgresión de la norma permite la reacción del grupo, admitida por la ley general y contemplada distintamente en los fueros locales.

Una breve cláusula final cierra la ley anterior, -- abriendo un resquicio a la posibilidad de denuncia del adulterio masculino:

*En todas estas maneras sobredichas que puede acusar el marido a la muger puede segund Santa Iglesia, acusar -- ella otrosí a él, si quisiere, e debe ser oyda también - como él (12).*

Esta breve disposición al final de un largo texto -- que especifica detalladamente cuales son las facultades legales del marido ultrajado, no tendrían aplicación práctica -- -adviértase el tono imperativo en que se dirigen a los jurisconsultos-. De hecho, la capacidad apeladora de la mujer ante la justicia, no pasaría de mera formalidad; máxime en el caso de un adulterio, delito que en el medievo español -cómo en todo el mundo- se contempla como exclusivamente femenino. En las propias Partidas aparece definido como tal:

*E por ende dixeron los sabios antiguos que maguer el - ome casado yoguiesse con otra muger que oviesse marido, que non lo puede acusar su muger ante el juez seglar so- bre esta razón (...) porque del adulterio que faze el va rón con otra muger non naze daño, nin deshonra, a la su- ya (...) porque del adulterio que faze su muger con otro, finca el marido deshonorado (...) e demás porque del adulterio*

*terio della puede venir al marido gran daño. Ca si se --  
preñase de aquel con quien fizo adulterio vernía el fijo  
estraño heredero en uno con los fijos (...) e por ende,  
pues que los daños e las deshonras no son iguales guisa--  
da cosa sea que el marido aya esta mejoría, e pueda acu--  
sar a su muger del adulterio, si lo fiziesse, e ella non  
a él (13).*

Debido al carácter compilatorio del texto legislativo que nos ocupa, no llama la atención encontrar, al final -- del título arriba expuesto, *segund el juyzio de Santa Egle--* *sia no sería así.* El contenido, no obstante la coletilla final, está lo suficientemente claro como para no dar lugar a confusiones. No hay que olvidar que los juristas alfonsinos recogen, a la hora de la redacción, dos influencias: la popular, reflejada en la anterior ley y que en el apartado dedicado al adulterio demostraremos que es la postura legislativa real ante el acto adúltero, heredada de las tradiciones -- germánicas; y la culta, el criterio cristiano de igualdad, -- que, de forma un tanto tímida, pretenden introducir.

Encontramos, pues, en Las Partidas ciertas contradic-- ciones respecto al tratamiento jurídico de la mujer, nacidas con el principio inspirador de la obra: el ser un monumento legislativo de validez universal unificando, o mejor, agluti-- nando un tanto indiscriminadamente, las diversas tendencias legislativas que confluyen en la Castilla de la época.

La tónica general ahonda en la defensa de la inferioridad femenina, la *infirmitas sexus* o debilidad e ignorancia de la mujer que ya la eximía, en muchos casos, del conoci-- miento del Derecho Romano. El principio de tutela y protec-- ción del sexo, la *tutela mulierum* de los romanos, llamada -- perpetua porque la mujer estaba sujeta a ella toda la vida, fuese cual fuese su edad siempre que no se hallare sometida a la *patria potestas* o a la *manus* (14), es constantemente -- aplicado en todos los artículos y leyes de Las Partidas que

se hallan referidos a las mujeres; aunque su aplicación sea ya estrictamente jurídica.

La acción combinada del cristianismo, las costumbres germánicas, y la recepción del Derecho Romano en los jóvenes y dinámicos reinos castellanos, marcó una impronta peculiar en la legislación que contribuyó a mejorar la condición personal y patrimonial de la mujer:

*La tutela perpetua de las mujeres desaparece por completo, o queda sólo para los efectos judiciales, o se trueca en mera asistencia cesando en absoluto respecto a las viudas, desde el punto en que la edad y, por consiguiente, la falta de desarrollo intelectual y de experiencia del mundo, y no la incapacidad por razón del sexo, viene a ser el fundamento de la tutela (15).*

#### 4. La condición jurídica en Las Partidas.

La condición jurídica de la mujer en la Edad Media -- podemos definirla por todo el conjunto de disposiciones le-- gislativas que limitan su capacidad de obrar y que, en el -- marco concreto del Código alfonsino se expresan en las res-- tricciones siguientes:

*No puede ser juez (16)*

*No puede ser personero (17)*

*No puede ser abogado (18)*

*La honesta no puede ir a juyzio (19)*

*Deve consentir que el marido venda lo suyo (20)*

*No puede ser fiador (21)*

*No puede heredar feudos (22)*

*No puede ser testigo en los testamentos (23)*

*No deven regebir orden de clerezía (24)*

La posición de la mujer en la esfera pública está -- condicionada por la que, como esposa o hija, ocupa en la fa-- milia y por la debilidad física y espiritual que se le atri-- buye (25). En cuanto que está supeditada al padre o marido, su naturaleza, vecindad, nobleza o pertenencia a un estamen-- to, vienen determinados por los anteriores. La posibilidad -- de ejercer funciones públicas está condicionada por la posi-- ción social del marido; sólo la mujer viuda o la soltera -- emancipada de la patria potestad están capacitadas para ac-- tuar por sí mismas, condicionada esta actuación por las tra-- bas jurídicas, ya vistas, que la ley impone.

En un momento en que las aptitudes militares determi-- nan el pleno goce de los derechos políticos, la inhabilita-- ción legal de la mujer para el uso de las armas en razón a -- su debilidad física, pesa en contra de la mujer en cuanto -- restringe sus derechos políticos y, en consecuencia, civiles. No podemos ignorar, sin embargo, la participación de las mu-- jeres en los movimientos *revolucionarios* medievales que, en



forma de levantamientos antiseñoriales, agitaron las zonas urbanas y campesinas (26); como no podemos ignorar tampoco, y Las Partidas así lo contemplan, que, en caso de ataque a un territorio su defensa corre a cargo del *populo minuto* sin excepción del contingente femenino, que no actuaría sólo en retaguardia sino que, menguados los efectivos, formaría ejército:

*(De como debe guardar el pueblo y la tierra y alzarse en hueste contra los agresores) que mandaron que si todo lo al falleciesse, las mugeres viniessen para ayudar a destruir tal fecho como este (27).*

La fragilidad moral e inferioridad respecto al varón que se le atribuyen, la incapacitan para ejercer funciones públicas que conlleven autoridad en el cargo. La participación de la mujer en la vida pública se considera, por otra parte, perniciosa para su honra y recato. Todo esto no excluye que la influencia de la mujer en la esfera pública pueda ser importante o decisiva; pero será una influencia primordialmente indirecta, ejercida a través de los hombres.

Si reflexionamos sobre los términos que los textos legislativos medievales emplean para establecer diferencias en razón del sexo, nos acercaremos bastante a lo que podría llamarse *imagen jurídica* de la mujer medieval: debilidad, inferioridad, supeditación, fragilidad, honestidad, condicionamiento, supeditación, inhabilitación, etc. Nada más alejado de una realidad que, excepto en la esfera pública, comparte con el hombre sin más limitaciones que la pertenencia a una clase social o a otra, gravámenes que sufren por igual ambos sexos.

## 5. Limitaciones a la presencia y actuación de la mujer en la vida pública.

Nos hemos referido antes a algo que resulta bastante definitorio como introducción al tema: el carácter indirecto de la participación de la mujer en la esfera pública. Las -- menciones expresas a cargos públicos que la mujer es susceptible de ocupar, son escasas; y las que aparecen, tanto en -- Las Partidas como en los Fueros locales, vienen dadas con -- sentido negativo, esto es, limitando su actuación pública o prohibiéndola.

La situación de la mujer como sujeto de derecho en -- la legislación varía según sea soltera o casada. Será en el primer caso donde la mujer encuentre sus libertades más restringidas. El vínculo del matrimonio y posteriormente, si se da, la viudedad, serán los estadios en los que la mujer alcance sus máximas posibilidades --aunque a veces no legisla-- das nos han dejado huellas en testamentos y disposiciones -- particulares-- de actuación dentro de un abanico de responsabilidades más o menos restringido. Aunque, en todo caso, la preferencia por el varón resulta demasiado evidente como para pretender hacer caso omiso de ella en la lectura e interpretación de los textos.

Las Partidas, en su título *Quales non pueden ser juezes por embargo que ayan en sí mismos*, sitúa a la mujer al -- lado de ciegos, mudos, enfermos y gentes de mala fama, considerando la feminidad como un impedimento ejecutivo. Acompañada por el principio de tutela del sexo aparece la excepción que confirma la regla de no intervención de la mujer en la -- vida pública: las pertenecientes al más alto estamento, ante la ausencia o inexistencia de varón capacitado, tienen dispensa legal y pueden actuar en consecuencia. Las decisiones quedarán supeditadas, de todos modos, al consejo que un equipo de hombres capacitados dé, y que puede llegar a la enmienda o suspensión del dictamen judicial emitido:

*(La mujer) non sería cosa guisada, que estoviesse entre la muchedumbre de los omes librando los pleitos -- (...) Pero seyendo reyna o condessa, o otra dueña que heredasse señorío de algund reyno, o de alguna tierra, tal muger como ésta bien lo puede fazer, por honrra del logar que toviessse; pero esto con consejo de omes sabidores porque si en alguna errasse, le supiessen aconsejar, e enmendar (28).*

Tres puntualizaciones al texto: la primera recordar que la posesión de un título regio o señorial se debe a la existencia de un varón que actuó como transmisor del mismo; por otro lado, la supeditación del cargo a los intereses de la comunidad desprovista, por cualquier razón, de jueces varones, y su carácter, por tanto, temporero y accidental; en tercer lugar, la tutela del sexo.

La mujer tampoco puede ser *personero* salvo casos extremos:

*Otrosí dezimos, que muger non puede ser personera en juyzio por otri. Fueras ende por sus parientes que suben, o decienden por la liña derecha que fuessen viejos, o enfermos o embargados mucho en otra manera. E esto, quando non oviesse otri en quien se pudiessen fiar que razonesse por ellos. E aún dezimos que puede la muger ser persona para librar sus parientes de servidumbre e tomar, e seguir alçada de juyzio de muerte, que fuesse dado contra alguno dellos (29).*

*E otrosí dezimos, que maguer el menor de veintyzinco años nin la muger non pueden ser personeros por otri, -- que en tal razón cómo esta sobredicha (sobre pleito por el que pueda venir sentencia de muerte, perdimiento de miembros o destierro) bien podrían razonar por acusado en juyzio mostrando por él alguna excusa derecha porque non puede venir al plazo: más non para defenderlo en el*

*pleyto de la acusación (30).*

La minoría de edad, establecida por la ley en veinticinco años para hombres y mujeres, se prolonga en el caso de la mujer, a efectos jurídicos, durante toda la vida, a efectos de una minoría de edad, permanente, que la incapacita para desempeñar cargos considerados como *oficio de varón*. En el mismo caso que los anteriores se halla la abogacía:

*Ninguma muger, quanto quier que sea sabidora, non puede ser abogada en juyzio por otri: E esto por dos razones. La primera porque non es guisada, nin honesta cosa, que la muger tome oficio de varón, estando públicamente envuelta con los omes para razonar por otri. La segunda, porque antiguamente lo defendieron los sabios por una muger que decían Calfurnia, que era sabidora: porque era --tan desvergonzada que enojava a los juezes con sus bozes que non podían con ella. Onde ellos, catando la primera razón que diximos en esta ley, e otrosí veyendo que quando las mugeres pierden la vergüença es fuerte cosa el --oyrles e de contender con ellas: e tomando escarmiento --del mal que sufrieron de las voces de Calfurnia defendieron que ninguna muger non pudiesse razonar por otri (31).*

Las razones que se aducen para excluir a la mujer de los cargos públicos resultan un tanto infantiles desde nuestra perspectiva histórica: la mujer pierde el control, la --vergüenza, da voces, escandaliza a los oyentes, etc. Esto se podría consentir a una regatona, pero no tiene nada que ver con la imagen de la Justicia. La justicia terrena, reflejo --de la divina; jueces y abogados, a imagen y semejanza de --Dios, deben ser hombres; porque María es abogado de los hombres, pero la mujer terrena sigue siendo Eva. Es el espíritu que impregna los tiempos, el idealismo arquetípico. Para cada forma de la vida, para cada clase social o profesión, se elabora un ideal estético, religioso y moral con arreglo al cual ha de mostrarse el individuo (32). De ahí las penas im-

puestas por la ley a las mujeres que vistan en desacuerdo -- con lo regulado para su posición social o su oficio; hallamos disposiciones sobre colores, ornamentos, telas, tocas,..; cada mujer debe vestir, siempre con moderación y recato, lo que su estado (soltera, casada, viuda, barragana) y posición (noble, villana, prostituta) exijan. El simbolismo, siguiendo a Huizinga, es el órgano del pensamiento medieval. Se busca el valor de tipo, la norma distintiva, la rigurosa separación de los estados; se pretende evitar, deliberadamente, el equívoco, la confusión. Todo se organiza conforme a un esquema preestablecido; lo divino y lo terreno son reducibles a -- conceptos, a símbolos externos con valor demostrativo de la cualidad interna nunca individualizada, siempre inscrita en la generalidad; una generalidad como modelo vigente que tendrá reflejo externo en lo particular, en lo visiblemente manifiesto.

El oficio de la abogacía, los oficios públicos, responden a un tipo asimilado con lo clásico, son severamente -- masculinos. La mujer ha de responder también a un modelo (honestidad, recato); si omite el modelo establecido en sus acciones rompe el esquema medieval de funcionamiento. Se recurrir a la tradición (Calpurnia) (33) para justificar el modelo imperante, para poner las cosas en su sitio. La *marimacho* tiene su mejor expresión en el Arcipreste de Hita; la descripción de su voz merecería corresponder a Calpurnia.

*(La serrana que puede más que los hombres) La más -- grand fantasya, que yo ví en este siglo/ (...) /En el -- Apocalisi Sant Juan Evangelista/ non vido tal figura nin espantable vista/ (...) /Boz gorda e gangosa, a todo ome enteca;/ tardía como ronca, desdonada e hueca/ (34).*

La mujer que respete los cánones establecidos por -- los hombres (como diría Cristina de Pisan: *No son las mujeres las que han hecho estos libros* (35); la mujer *de buena fama* puede ser testigo en todos los pleitos, excepción hecha

de los testamentos.

*Mujer de buena fama puede ser testigo en todo pleyto, fueras ende en testamento (...) Más si contra la muger - fuesse dado juyzio de adulterio, o fuesse vil e de mala fama, non debe ser cabido en testimonio en ningund pleyto (36).*

Nos referíamos con anterioridad al papel que la mujer desempeña en la colectividad como aglutinante de los sentimientos de honor, honra e injuria (37). Sin embargo carece de los más elementales derechos de vecindad, como es el de velar por los intereses de la comunidad local. En este sentido, la volvemos a encontrar asimilada al conjunto jurídico - de los menores de edad, agravado el hecho, en este caso, por la condición de orfandad que los mismos deben de tener.

*Como cada ome puede vedar, que non fagan casa, nin edificio en las plazas, nin en los exidos de la villa. -- (...) Cada uno del pueblo lo puede vedar, que dexe de labrar aquella labor; fueras ende, si el que gelo vedasse fuesse huérfano menor de catorze años o si fuesse muger. Ca estos non lo podrían vedar, como quier que lo pueden fazer, quando alguna labor nueva fiziessen en lo suyo - (38).*

Otra de las restricciones a su capacidad jurídica se contempla en la ley VI del título XXVI, en la Partida IV, ya vista en el capítulo anterior, que incapacita a la mujer para heredar feudos.

La mujer carece de garantías legales y está impedida para responder por otro y para avalar cualquier tipo de movimiento pecuniario. Las razones esgrimidas para tal sanción - nos son sobradamente conocidas; salvedades aparte, (la mujer puede ser fisdor por otro en ocho casos), la ley se ampara - en la defensa de su honra y en el principio de separación de

sexos en lugares públicos para eximirla de tales tareas masculinas por antonomasia. Más adelante veremos cómo una mujer que se adentre en los baños públicos de hombres, consciente o no de ello, puede ser violada impunemente; la separación — ha de ser cumplida a rajatabla, la ley se encarga de ello.

*Otrosí dezimos, que muger nonguna non puede entrar fiador por otri. Ca non sería cosa guisada, que las mugeres andoviessen en pleyto, por fiadoras que fiziessen, aviendo a llegar a logares do se ayuntan muchos omes, a usar cosas que fuessen contra castidad, o contra buenas costumbres, que las mugeres deven guardar (39).*

*(...) pero razones y a, porque lo podría fazer. La primera es, quando fiasse alguno por razón de libertad -- (...) La segunda es, si fiasse a otri por razón de dote (...) La tercera es, quando la muger fuesse sabidora e — cierta, que non podía, nin debía entrar fiador si después lo fiziessse, renunciando de su grado, e desamparando el derecho que la ley les otrogó a las mugeres en esta razón. La cuarta razón es si alguna muger entra fiador por otri, e durasse en la fiadura fasta dos años -- (...) La quinta razón es, si la muger rescibiesse precio por la fiadura que fiziessse. La sexta es quando la muger se vistiesse vestiduras de varón engañosamente o fiziessse otro engaño cualquier porque le rescibiesse alguno — por fiador cuydando que era varón. Ca el derecho que han las mugeres en razón de las fiaduras, non les fue otorgado para ayudarse del en el engaño, más por la simplicidad e la flaqueza que han naturalmente. La setena razón sería quando la muger fiziessse fiadura por su fecho mismo (...) La octava razón es, quando la muger entra fiador por alguno, e acesciere después desso, que ha de heredar los bienes de aquel que fió (40).*

La sexta razón por la cual la mujer puede entrar a — ser fiador por otro, cuenta con una larga tradición históri-

ca y literaria. Mujeres que, vestidas de hombres, actúan como varones en el más varonil de los oficios, la guerra, forman parte ya de la leyenda: Juana de Arco, Juana de Flandes, Black Agnes, etc. A su lado, la picaresca cotidiana que Las Partidas nos muestra y de la cual las damas-guerreras se erigen como las más dignas y osadas representantes.

Otra vez aparecen explícitas, además, la simplicidad y flaqueza femeninas en virtud de las cuales la ley arbitra disposiciones protectoras de su inferioridad. Recordemos que es *de peor condición que el varón*; como dicen los Furs de Valencia aludiendo a una inferioridad natural -biológica- del sexo femenino: *Per qué la natura de la jembra es pus flaca - que aquella de l' hom* (41).

Observamos que los fueros de Valencia coinciden en los aspectos legislativos, en cuanto a restricciones jurídicas a la capacidad de obrar de la mujer, con Las Partidas. - Esto se debe, sin duda, a la fuerte influencia del Derecho Romano que ambas obras comparten. Máxime teniendo en cuenta que tradicionalmente los Furs han sido considerados como una copia directa del Código Justiniano, *nada pródigo* en libertades jurídicas para la mujer. Al igual que en Las Partidas, y siguiendo casi literalmente el Derecho Romano, en los Furs queda explicitado que las mujeres *no saben dret*, es decir, - ignoran el derecho, lo que en la práctica las exime de toda responsabilidad legal. La posible intervención de la mujer - en la esfera pública queda severamente limitada, al igual -- que en el derecho medieval castellano, en los Furs.

La mujer en los Furs:

- se halla inhabilitada para ejercer la función de juez. - Al igual que en el texto legislativo alfonsino, la condición femenina aparece considerada en el mismo nivel que los impedimentos motivados por deficiencias físicas o -- psíquicas, minoría de edad, condición servil o carencia de honor.



- no puede actuar como árbitro o compromisario en un litigio.
- se le veta la función de procurador o defecnsor, aduciendo que *ofici de homens es de reebre defensió o procura--ció d'altre, e no es offici de fembres*.
- no puede testificar en causa judicial ni en testamentos.
- se le niega la posibilidad de avalar o respaldar a otro, como se veta al menor de edad o vil persona.

La coincidencia entre ambos códigos legislativos llama la atención poderosamente (42). Puede ser debida a la --coincidencia de las fuentes que ambos códigos utilizan, en --especial al *Libri Feudorum*, manejado por los autores de Las Partidas y en algunos casos copiado textualmente. La P. IV, T. XXVI, LVI, *Sucesión en los feudos* que impide heredar a --las mujeres coincide, por ejemplo, con el Libri I, 8; I, 1 - - 2; I, 19; I, 6, 3 (43).

Por último, las mujeres no pueden ser clérigos:

*Muger ninguna non puede rescibir orden de clerezía, e si por aventura viniesse a tomarla, quando el Obispo fa--ze las ordenes, devenla desechar. E esto es, porque la -muger non puede predicar, maguer fuesse Abadesa, nin ben--dezir, nin descomulgar, nin absolver, nin dar penitencia, nin judgar, nin deve usar de ninguna orden de clérigo, -maguer sea buena e santa. Ca como quier que Santa María Madre de Cristo fue mejor, e más alta que todos los após--toles, non de quiso dar poder de absolver, más diólo a -ellos, porque eran varones* (44).

## 6. Conclusiones.

Podemos concluir, tras lo visto, que la condición jurídica de la mujer medieval es de franca inferioridad respecto al varón. Las Partidas, herederas de la tradición romana, perpetúan las restricciones a su capacidad de obrar (45). -- Inspiradas en el principio general de tutela del sexo, y partiendo de diferencias naturales, la obra legislativa del período alfonsino impide a la mujer ser juez, personero, clérigo, testigo en los testamentos, heredar feudos, etc. Establece asimismo la sumisión de la mujer al varón y la colectivización de la honra femenina, asimilada a la del tutor, padre o marido, que se convierten de este modo en los receptores -- de las ofensas que terceros realizaran a sus hijas o esposas.

Al margen de la condición jurídica y las limitaciones que impone a la mujer para el acceso a cargos públicos, la participación de ésta en la vida activa, principalmente -- en el terreno laboral es un supuesto probable a ratificar -- con la ampliación del estudio y de las fuentes. Regine Pernoud ha señalado (46) que el abanico de ocupaciones y profesiones a las que la mujer tenía acceso era mucho más amplio de lo que podríamos pensar. Lo cierto es que la normativa legal contempla, en la mayoría de los casos, al hombre. La mujer no suele aparecer aislada como tal, sino vinculada al sexo masculino (47).

## 7. Notas.

- (1) Véase con carácter general y a modo de glosa el estudio, recientemente publicado de M<sup>a</sup> ISABEL PEREZ DE TUDELA Y - VELASCO "Acerca de la condición de la mujer castellano-leonesa durante la Baja Edad Media", recogido en En la España Medieval IV, Universidad Complutense, Madrid, -- 1984, pags. 777-796.
- (2) P. IV, T. XXIII, L. II.
- (3) EDUARDO DE HINIJOSA, Obras II, Madrid, 1955, pag. 354.
- (4) P. VII, T. XXXIII, L. XII.
- (5) GARCIA-GALLO, "La evolución de la condición jurídica de la mujer" en Estudios de Historia del Derecho Privado, - Sevilla, 1982, pags. 145-177.
- (6) RAMOS Y BONET, Derecho Romano II. Ed. Derecho Privado, - Madrid, 1981, pag. 715.
- (7) TOMAS DE AQUINO, Summa Theologica, suplemento 39, pag. 3.
- (8) GEORGES DUBY, El caballero, la mujer y el cura, Ed. Taurus, Madrid, 1984, pag. 181.
- (9) MENENDEZ PELAEZ, Nueva visión del amor cortés, Oviedo, - 1980. Su lectura permite ampliar lo correspondiente al - amor cortés cuya extensión en este apartado excede los - objetivos del trabajo.
- (10) P. IV, T. XI, L. III.
- (11) y (12) P. VII, T. XI, L. II.

- (13) P. VII, T. XVII.
- (14) RAMOS Y BONET, op. cit. pag. 751.
- (15) HINOJOSA, op. cit. pag. 374.
- (16) P. III, T. IV, L. IV.
- (17) P. III, T. VI, L. IV.
- (18) P. III, T. VI, L. VI.
- (19) P. III, T. XVI, L. XV.
- (20) P. III, T. VIII, L. LVIII.
- (21) P. V, T. XII, L. II.
- (22) P. IV, T. XXVI, L. VI.
- (23) P. VI, T. I, L. IX.
- (24) P. I, T. VI, L. XL.
- (25) GARCIA GALLO, "La evolución de la condición jurídica de la mujer", OP. CIT.
- (26) Encontramos ejemplos en la obra de MOLLAT, M., y WOLFF, P. Uñas azules, Jacques y Crompi. Las revoluciones populares en Europa en los siglos XIV y XV.
- (27) P. II, T. XIX, L. III.
- (28) P. III, T. IV, L. IV.
- (29) P. III, T. V, L. V.

- (30) P. III, T. V, L. XII.
- (31) P. III, T. VI, L. VI.
- (32) Se recomienda la lectura de la obra de JOHAN HUIZINGA, El otoño de la Edad Media, Madrid, 1984.
- (33) Calpurnia, Calfurnia o Calfarnia. Referencia en el cita do artículo de GARCIA-GALLO.
- (34) ARCIPRESTE DE HITA, El Libro de Buen Amor, Ed. Espasa-Calpe, Madrid, 1967, pags. 55 y ss.
- (35) CHRISTINE DE PISAN, L'epistre au dieu d'amours II, pag. 14.
- (36) P. III, T. XVI, L. XVII.
- (37) Véase R. SERRA RUIZ, Honor, honra e injuria en el Derecho Medieval español, Murcia, 1969.
- (38) P. III, T. XXXII, L. III.
- (39) P. V, T. XII, L. II.
- (40) P. V, T. XII, L. III.
- (41) Furs, VI, XI, I.
- (42) LOPEZ ELUM y MATEU RODRIGO LIZONDO "La mujer en el Código de los Furs de Valencia", en Las mujeres medievales y su ámbito jurídico, E.U.A., Madrid, 1982.
- (43) ROMAN RIAZA, "Las Partidas y los libri feudorum", AHDE, X, Madrid, 1933, pags. 5-18.

- (44) P. I, T. VI, L. XL.
- (45) J.M. NIETO SORIA. "La mujer en el libro de los fueros - de Castiella. Aproximaciones a la condición sociojurídica de la mujer en Castilla en los siglos XI al XIII" en Las mujeres en las ciudades medievales, E.U.A., Madrid, 1984, pags. 75-86.
- (46) REGINE PERNOUD, La mujer en el tiempo de las Catedrales, Madrid, 1982, pag. 210.
- (47) J. HINOJOSA MONTALVO, "La mujer en las ordenanzas municipales en el reino de Valencia durante la Edad Media" en Las mujeres en las ciudades medievales, E.U.A., Madrid, 1984, pag. 52.

L A S   D O T E S

## LAS DOTES

### 1. Introducción.

Dentro del contexto de indefensión legal de la mujer, la dote aparece como un seguro de vida y constituye un instrumento decisivo para el ascenso social, dado que su mayor o menor cuantía condiciona el matrimonio. Las posibilidades de hacer un buen casamiento que permita aspirar a una viudez saneada, aumentan a medida que ascendemos en la escala social. Las condiciones de vida y existencia de una soltera dependían también de la dote asignada, ya que la institución dotal estipulaba ayuda económica a las mujeres con independencia de su estado civil (1).

Vetada su participación en las esferas del poder local, excluida de los cargos públicos y afectada por numerosas restricciones su actividad laboral, la mujer hallará en la dote el, a veces único, medio de supervivencial material.

Constituye, además, la posesión de una dote, la posibilidad de independencia personal en la viudez. No sujeta a tutela alguna, la recepción de los bienes aportados al matrimonio concede a la viuda independencia económica. Y será la convergencia de estas dos autonomías, la personal y la económica, la que permita su emancipación real y la adquisición de derechos singulares, tales como vecindad, recepción de parcelas en zonas de repoblación, etc. Relevando al difunto marido en la tienda, o asumiendo la dirección de los negocios del finado con plenos derechos, las viudas juegan un visible y destacado papel en el acontecer económico del mundo medieval. Pero una viuda, que, por cualquier razón no pueda recuperar los bienes aportados, o bien estos hayan sido mercados, sólo podrá aspirar al socorro de las instituciones establecidas al efecto -municipales, particulares o religiosas-. Deducimos así la importancia que la dote tiene para la mu



jer medieval, no sólo para el matrimonio, sino también, y -- quizás más, para la viudez.

Pero la dote no es, tan sólo, un seguro de vida; supone, además, una consideración especial durante el matrimonio. Aunque resulta obvio el papel secundario que la mujer - casada desempeña en la administración de los bienes familiares, la posesión de una dote sustanciosa cuya propiedad, aun que transferidos el uso y disfrute al marido, es exclusiva-- mente suya, le confiere un status de igualdad. Status que, a la par que mitiga su situación de desventaja, permite desmitificar la imagen de subordinación incondicionada que tradicionalmente se ha venido atribuyendo a la mujer casada de la época medieval. Imagen que contribuye a desvanecer el conocido hecho de que la economía doméstica suele estar bajo su mano, especialmente durante las ausencias, frecuentes por otro lado, del marido.

## 2. Dote y arras.

Se entiende generalmente por dote la porción de bienes que la mujer aporta al matrimonio, olvidando la homónima donación del cónyuge masculino, más conocida en el Medievo - como *arras* (2).

*El algo que da la muger al marido por razón de casamiento, es llamado dote: e es como manera de donación, - fecha con entendimiento de mantener e yuntar el matrimonio con ella (...) E lo que da el varón a la muger por - razón de casamiento es llamado en latín donatio propter nuptias; que quier tanto dezir como donación que da el - varón a la muger, por razón que casa con ella: e tal dicen arras (3).*

Existe, pues, una contraprestación en el acto dotal previo a la celebración del matrimonio: dote y arras son partes, en principio iguales, de un contrato económico que es - base fundamental del consorcio y del que podemos deducir:

- un principio de igualdad económica entre los cónyuges -- (en realidad entre las familias que van a emparentar) básico y previo al matrimonio.
- existencia de dos partes contratantes: oferente y receptora. En este punto aparece la primera diferencia. En -- principio los dos ofrecen, pero, como veremos más adelante, la donación del marido es más bien simbólica ya que se hace receptor de los bienes constituidos en dote aportados por la mujer y de los suyos propios, pudiendo disponer libremente en la práctica del usufructo del conjunto. El derecho al usufructo le está negado a la mujer dadas sus *escasas aptitudes y falta de juicio y buena ra--*zón.
- asimilación de los términos matrimonio y contrato, pasando a ocupar un segundo plano la concepción de matrimonio como vínculo sagrado o amoroso.

- desigualdad de la mujer ante el matrimonio. No podrán aspirar en paridad de condiciones a un matrimonio ventajoso la hija de un campesino y la hija de un comerciante, por ejemplo.
- la dote aparece como símbolo de rango social. El honor -- de una familia aumenta con la cuantía de la donación, determinada en primera instancia por la cantidad de bienes efectivos de la familia de la contayente.

El problema de la dote redunda en toda la sociedad y rebasa el círculo familiar. De ahí la preocupación que distintos organismos y entidades, públicos y privados, tendrán por dotar adecuadamente a las jóvenes núbiles. La importancia de la dote como regulador económico de la célula social más elemental, la familia, queda reflejada en la legislación; treinta y una leyes de la Cuarta Partida se ocupan, exclusivamente de las dotes.

Hay que tener en cuenta que la dote que la mujer -- aporta contribuye a los éxitos financieros del marido, y aunque esta inversión en principio no parece muy productiva para la mujer dado que la despoja de sus bienes, a largo plazo redundará en su beneficio. Considerando que la mujer medieval no puede aspirar a una posición social privilegiada por sus propios méritos sino que depende de la alcanzada por su padre o su marido, la dote, y con ella el matrimonio son los instrumentos a su alcance para encumbrarse y adquirir un status social del que intrínsecamente carece. Ya viuda, mantiene el status por si misma; aunque no puede olvidar que lo -- tiene gracias a la muerte del marido y que lo disfruta en su memoria, pudiendo perderlo si ultraja la misma con, pongamos por ejemplo, un segundo matrimonio de menor categoría.

La legislación sobre la dote es una muestra más de -- la protección, a veces tan *beneficiosa*, que la sociedad medieval pretende hacer extensiva a todas las mujeres.

### 3. Dotes adventitias y dotes profectitias.

Distinguen Las Partidas dos tipos de dotes:

*E aquella es dicha adventitia que da la muger por sí -- misma de lo suyo a su marido, o lo que da por ella su madre o algún otro pariente (...) Es llamada adventitia -- porque viene de las ganacias que fizo la muger por sí -- misma, o de donación que le dieron, que viene de otra -- parte que non es de los bienes del padre nin del abuelo nin de los otros parientes que suben por línea derecha -- onde ella asciende. La otra manera de dote es llamada -- profectitia, e dizenle así porque sale de los bienes del padre, o del abuelo, o de los parientes que suben por la línea derecha (4).*

Las dotes adventicias son, como su propio nombre indica, algo extraño, ocasional, accidental, y como tal, poco dignas de consideración dentro del bloque dotal a estudiar. Llegarían con ellas al matrimonio las viudas, prostitutas o huérfanas protegidas por alguna institución o particular benefactor y algún caso aislado de herencias, etc. Son estas dotes, sin embargo, las que mayores beneficios suponen a la mujer ya que:

*Si la dote fuesse adventitia e fuesse fecho divorcio -- bibiendo la fija, otrosí debe ser entregada a ella e non al padre maguer fuesse bivo (5).*

Y en caso de la muerte de la esposa revierte, al -- igual que la profecticia a los herederos de la muger, esto -- es a su familia, si no hubiera tenido descendencia durante -- el matrimonio. Tampoco vuelve a la familia si existe testa-- mento expreso de la mujer, donde dedique los bienes a otros fines o los legue al marido; esto es poco frecuente, y está más extendido cuanto más arriba en la escala social se esté.

Lo que constituye habitualmente la dote de una mujer son las donaciones; dentro de estas, las familiares son las más frecuentes. Los documentos que recogen operaciones de -- transacción -compra, venta, permuta- realizadas por mujeres a título personal, nos permiten decir que la mayoría de las propiedades registradas han sido conseguidas por herencia o donación. Las condiciones que suelen acompañar a estas donaciones suelen ir referidas al matrimonio, con el fin de asegurar a la moza soltera no dotada una posición honrosa a la hora del enlace.

*Si el testador que faze el testamento dicesse: mando a tal muger cient maravedíes e fágola mia heredera si casare con tal ome; si acaesciere que la muger se muera o -- aquel con quien la mandava casar ente que se cumpla la - condición, estonce non vale el establecimiento, o la manda que assí fuesse fecha. Más si aquel con quien la mandava casar, queriendo ella cumplir el mandamiento del -- testador e el otro non quisiesse, estonce será la muger heredera, o avrá tal manda e non se le embargará por esta razón. E si la muger non quisiere cumplir la condi-- ción non queriendo casar con aquel con quién le mandava el testador non avrá el heredamiento nin la manda (6).*

Participa la mujer en el reparto de los bienes paternos en igualdad con sus hermanos varones, excepto en casos restringidos, como es el heredamiento de feudos. Están - incapacitadas para la administración de territorios, ella y sus herederos; tienen preferencia total los varones y su linaje. Agotadas todas las posibilidades de que el heredero -- fuese varón, la ley contempla a la mujer, sin hermanos, ni - sobrinos, como receptora del feudo en usufructo hasta que el primogénito de sus hijos varones alcance la mayoría de edad. Caso de ser la única heredera y no tener descendencia, el -- feudo le sería devuelto al señor y la última palabra al respecto la tendrían los jueces locales.

*Los feudos son de tal manera, que los non pueden los -  
omes heredar, assí como los otros heredamientos. Ca ma--  
guer el vasallo que tenga feudo de señor, dexare fijos e  
fijas, quando muriera las fijas non heredarán cosa en el  
feudo, antes los varones, uno o dos, o quantos quier que  
sean más, lo heredan todo enteramente (...) E si por --  
aventuria fijos varones non dexasse, e oviesse nieta de  
algún su fijo, e non de fija, ellos lo deven heredar (7).*

La dote de la mujer recibe un tratamiento jurídico -  
diferencial en la legislación del siglo XIII. Los bienes do-  
tales aportados al matrimonio que el marido recibe por parte  
de la mujer, no son susceptibles de enajenación. Al marido -  
corresponde, estrictamente estipulado por ley, el derecho de  
usufructo y tenencia mientras durare el matrimonio. Su dis--  
frute queda limitado al no poder malversarlos ni desbaratar-  
los, ya que al disolverse el vínculo conyugal por muerte o -  
separación, deben ser restituidos íntegros a la viuda y, ca-  
so de fallecer ésta primero, a sus herederos o familiares --  
más próximos.

*Que las donaciones e las dotes que son fechas por ra--  
zón de casamiento deven ser en poder del marido para --  
guardarlas y aliñarlas (...). Pero con todo esto non pue--  
de el marido vender, nin enajenar, nin malmeter, mien--  
tras que durare el matrimonio la donación que él dió a -  
la muger nin la dote que rescebió della, porque si acaes  
ce que departa el matrimonio que finque a cada uno lo su  
yo para fazer dello lo que quisiesse (8).*

#### 4. Los bienes parafernales.

*Paraferna son llamados en griego todos los bienes e -- las cosas quier sean muebles o rayzes que retienen las mugeres para sí apartadamente, e non entran en cuento de dote: E todas estas cosas llamadas en griego paraferna, si las diere la muger al marido con entención que aya señorio dellas mientras durare el matrimonio averlo ha; -- bien assí como de las que da por dote. E si non las diere al marido señaladamente, nin fuere su intención que aya el señorio dellas, siempre finca la muger por señora dellas. Eso mismo sería quando fuessen en dubdas, si las diera al marido o non. E todas estas cosas que son dichas paraferna, han tal privilegio como dote; ca bien -- assí como todos los bienes del marido son obligados a la muger si el marido enagena o malmete la dote, assí son obligados por la paraferna a quién quier que passe (...). Ca luego quel marido recibe la dote o las otras cosas -- que son llamadas parafernas, son obligados por ende a la muger todos sus bienes (9).*

Existen, pues, unos bienes sobre los que no pesa ningún gravamen paternal ni marital, que están a libre disposición de la mujer casada o no. Estos bienes privativos de la mujer, tanto en el Derecho Romano (10) -bona extra dotem- como en el peninsular tras la recepción del anterior, pueden ser retenidos como independientes sin aportarlos al matrimonio, o bien pueden ser aportados para ayudar a sostener la familia, criterio este último que se generaliza durante la Alta Edad Media y que en el siglo XIII encontramos con variantes regionales (11). Lo normal es que, aunque queden en su propiedad, no pueda venderlos ni enajenarlos sin el consentimiento y la supervisión del marido y la administración, por lo general, suele ser conjunta, operándose con ellos en régimen de gananciales.

Si han sido aportados al matrimonio como dote y el - marido pretendiese enajenarlos, respondería con todos sus -- bienes. Garantía legal que preservaría a la mujer de arbitrariedades y contribuiría a asegurar su capital en previsión - de cualquier contingencia. Aunque, como bien decía Hinojosa, *la idea que informa el derecho en este período es la de la - debilidad ("fragilitas") y frivolidad ("levitas animi") del sexo femenino, que se traduce y refleja en las disposiciones encaminadas a prevenir y remediar el mal uso que la mujer pudiera hacer de sus bienes y a garantizar la conservación de estos (12)*, con lo cual este movimiento, que miraba el interés de la mujer, tuvo su contrapeso en la restricción que, a cambio, ejercía sobre su capacidad.

En el terreno patrimonial, la mujer casada dispone - con libertad de sus parafernales, lo que no sucede con la dote. Pero tenemos sobradas razones para creer que los parafernales, en el plano de análisis social, representan una ezcepción y, como tal, tienen escaso alcance económico. La muy pequeña atención que la legislación les dedica -Las Partidas - son una prueba fehaciente de ello- frente a los largos tratados sobre la dote, su carácter y sus privilegios, son un indicio inequívoco de ello.



## 5. Dote estimada e inestimada.

La dote de la mujer puede ser aumentada con los beneficios que, incluida en el régimen de gananciales, produzca durante el matrimonio. Inmersa en dicho régimen también puede ser disminuida, lo que resultaría perjudicial para la esposa, que en caso de separación o viudez se encontraría con los recursos menguados o incluso sin ellos. Esta reducción del capital aportado previamente al matrimonio (y al decir capital nos referimos a los bienes muebles o raíces y su -- apreciación y valoración monetaria) le perjudica en cuanto a una posible independencia económica a posteriori, especialmente en caso de viudez. Considerando estas desventajas, la legislación alfonsina ofrece una amplia casuística sobre las posibilidades de mejora o amenguamiento de la dote, y estableciendo claras delimitaciones respecto a quién pertenecen, al marido o a la mujer, los daños o el provecho que sufran las dotes, según fuesen estimadas o no.

Si al constituir la dote se fija su valor con estimación que cause venta, el marido adquiere sobre ella el dominio además del usufructo, pudiendo por tanto enajenarla. Su obligación en este caso es la de restituir el valor en que la dote fue apreciada. Para garantizar esta restitución, adquiere la mujer, por ley, una hipoteca general y tácita sobre los bienes del marido. Pero en el caso de dote inestimada, el marido adquiere la obligación de devolver no el valor de los bienes dotales, sino los bienes mismos y por eso Las Partidas prohíben al marido enajenarlos, aunque la mujer consintiese en la enajenación.

Consecuencia de adquirir el marido la propiedad de la dote estimada (con estimación que cause venta) es que las mejoras o menoscabos que tengan durante el matrimonio los -- bienes dotales, son de él, pues en todo caso cumple con entregar el precio. Pero cuando la dote es inestimada, sus me-

joras o menoscabos, son de la mujer.

*Acrecísda o menguada podría ser la dote. Si la dote -- que diesse la muger al marido fuesse apreciada, si se me jorare, o se pejorare después, al marido pertenesce el pro o el daño della; fueras ende si el mejoramiento o la pejora acaesciesse ante que las bodas oviessen fechas: -- ca estonce el daño o el pro sería de la muger. Esto es -- porque tal donación como ésta es fecha so condición que es tal: si el casamiento se cumple (...) maguer el marido sea tenedor de ella. Más si apresciada o estimada non fuesse la dote, quando la diesse la muger al marido, estonce pertenesce el daño, o el pro de la dote, a la muger (...) fueras ende los frutos, e la pro que viniesse por razón dellos, que lo deve aver el marido para mantener el casamiento. E si quando la muger establece la do te a su marido, lo fiziesse deste guisa, diziendo assí -- que dava unas cosas en dote, que las apresciava en 200 -- maravedíes; en tal manera que si el casamiento se partie sse, que fuesse en escogencia del marido de tornar las cosas; desta guisa establecida la dote, el pro o el daño que ende viniesse, sería de la muger, e non del marido, si el marido escoge en darle las cosas, quier fuessen em pejoradas o mejoradas (13).*

A continuación se observa el caso de que la dote esté constituida por un bien raíz, heredades, casas, etc. Se volverá a hacer patente la necesidad que la mujer tiene de efectuar una estimación en metálico de la dote, antes de su entrega al marido, como garantía de mayor seguridad en su recuperación tras la disolución del vínculo.

*Señalando la muger al marido su dote en casa, o en viña, o en otra heredad, apreciándola, si tuviera para sí la escogencia, de tomar lo que le da por dote, o aquello por que lo aprecia; si se partiesse el casamiento e non*

*otorgasse la escogencia al marido, el daño o el pro que y viniesse si fuera crescida o menguada, sería della, e non del marido (...) más que dava tal casa en dote, e -- apreciada en tantos maravedíes: e que esta apresciamiento fazía porque si se empejorasse la cosa que dava en dote que sopiessen quanta ara la pejoría, o razón de aquel aprecioamiento. E en esta manera, aún sería el pro, o el daño que y acesciesse de la muger e non del marido (14).*

La estimación de la dote se presenta como único medio legal de recuperar el efectivo de los bienes dotales. Se contempla una extensa casuística de estimación que no causa venta, es decir, una vez estimada la dote esta estimación -- ejerce sólo a título informativo, no obliga al marido a su -- devolución íntegra. El otro tipo de estimación, o aprecio-- ción que estipula previamente la devolución de la cantidad -- en que han sido estimados los bienes, no los bienes en sí, es, evidentemente, el método legal más eficaz que la mujer -- tiene para asegurar económicamente su aituación trás la par-- tición del matrimonio. Las Partidas se muestran favorables -- en todo momento a las dotes estimadas; el principio de tute-- la, en este caso tutela económica, del sexo, aparece nueva-- mente, referido a todo tipo de bienes susceptibles de ser dados en dote. Es el caso de las siervas que, dadas en dote, -- procrean o fallecen y a quién pertenece el daño o el benefi-- cio según haya sido estimado o no su valor.

*(...) que las mugeres dan siervas en dote a su marido, y la apreciase quando gela diere, e él prometiende del -- dar el aprecioamiento della, si el casamiento se partie-- sse por muerte, o por juyzio, que en tal caso como éste, el pro, o el daño que aviniere por razón de aquella sier-- va sea del marido. E aún si acesciesse, que la tal sier-- va oviesse fijos después que fuesse dada en dote, serían otrosí del marido. Más si por aventura recibiesse el marido sobre sí el peligro tan solamente del empejoramien--*

*to; en tal manera, maguer fuesse apreciada la sierva, no serían los fijos, o el fijo que nasciesse della, del marido, más de la muger. E si la muger non diesse la sierva apreciada al marido, pertenesce el pro, o el daño que viniessse por razón della, e será de la muger e non del marido (15).*

Con el mismo apremio a la estimación económica de lo dotado, se refieren Las Partidas a los ganados y cosas cuantificables que son dadas en dote.

*Ganados dan las mugeres en dote. E si por aventura -- quando establecen la dote en ellos non los aprescian, el pelegro que y aviniere será de la muger; e levará el marido los frutos dellos, para sostener el matrimonio mientras que durare; pero si acesciesse, que de los ganados -- que diere la muger en dote a su marido, mueren algunos, tenudo es el marido de tornar otros tantos, en lugar de aquellos que murieron, de aquellos fijos mismos que nacieron dellos. Más si estableciesse la muger en dote a su marido, cossa que se pudiesse contar: assí como en -- aver monedado, de qual manera quier que sea; o e cosa -- que se puede pesar, assí como oro, plata, o otro metal, o cera, o civera, o vino, o olio, todo el pro o el daño que aviniesse en estas cosas será del marido e non de la muger. E seto es porque desque gelas da la muger puédelas el marido vender, e fazer dellas lo que quisiera para servirse dellas, e mantener el matrimonio mientras durare. Más con todo esto, tenudo es de tornar a la muger otro tanto e a tal como aquello que dió en dote, si se partiere el matrimonio en vida, sin su culpa della o por muerte (16).*

Y, por último, de quién deben ser los árboles que se cortan o arrancan de alguna heredad dada en dote.

*Tajando el marido algunos árboles, de aquellos que non son costumbrados de tajar, que estuviessen en alguna heredad, que le oviesse dado en dote su muger que non fuesse apresciada, non los deve el marido aver más que la muger. Ca non puede tomar, nin contar por fruto el árbol, como quier que podría llevar el fruto del, ante quel cortasse. E esso mismo sería si tales árboles como éstos los arrancasse el viento, o los derribasse, o los tajasse -- otro alguno: Ca estonce de la muger deven ser e non del marido (17).*

## 6. Naturaleza de los bienes dotales.

La mujer acude al matrimonio con unos bienes que se conciben en razón del casamiento, con la función de mantener las cargas familiares, y que son llamados dote. En razón del mismo recibe del varón las arras, reliquia del ancestral contrato de compra de esposa. La *dos* del varón recuerda el ma--trimonio por compra en León y Portugal; en la época visigoda se llama *pretium* y el matrimonio *mercatio* (18). Dote y arras responden a la idea de que no hay ninguna transmisión de bienes gratuita (no podemos olvidar que el matrimonio medieval no es sólo la reglamentación de la relación sexual, sino también, y fundamentalmente, una institución económica, destinada a distribuir, pacíficamente, la propiedad (19). Esta idea, que se revela en el Launegild lombardo y que produce efectos jurídicos entre los visigodos bajo el nombre de *vicissitudo*, domina imperiosamente en la época que sigue a la invasión --árabe en León y Castilla, Portugal, Aragón y Navarra; y no --sólo en el matrimonio sino también en otros negocios jurídicos de los que formen parte las donaciones. La contradona--ción (arras en nuestro caso) consiste en caballos, vestidos, objetos de adorno, pieles, piedras preciosas, etc., en cantidad proporcional a la donación efectuada por la mujer (20). Las cantidades no son estimadas más que vagamente en Las Partidas.

*Quel establezca la dote, segund fuere la riqueza que --avía ella e la nobleza de aquel con quien la casa* (21).

La obligación de dotar y de establecer la cantidad a tal efecto, corresponde al padre de la muchacha, así como la de escoger al marido y arreglar un matrimonio conveniente, --no sólo para la hija, sino para todo el clan familiar (22). Es por esto por lo que podremos decir que el matrimonio se --halla fundado en la familia y no está en el matrimonio. La --naturaleza de los bienes dotales, al contrario que su canti--

dad, se halla prolijamente explicada. La postura ante la donación será distinta según esté referida a bienes muebles o raíces.

*Asignada o establecida puede ser la dote también en -- las cosas que son llamadas raíz, como en las que son dichas muebles, de qual natura quier que sean. Pero si la muger quisiesse dar dote a su marido de cosa que fuesse raíz; si ella fuesse menor de veintizínco años non lo -- puede fazer por sí, maguer oviesse guardador, a menos de lo fazer saber al juez de aquel logar, que gelo otorgue. Más si quisiesse dar la dote de las cosas muebles, puéde lo fazer con consentimiento de aquel que ha guarda della, e de sus cosas; e non ha porqué lo dezir al juez del logar (23).*

La familia de la mujer está encargada de su tutela y de la administración de sus bienes hasta que el matrimonio -- transfiere estos derechos al marido. A la muerte de este, -- los bienes donados por la esposa revierten a ella, y en la -- mayor parte de los casos, si no hay hijos y la esposa se ve obligada a volver al hogar paterno --lo que es frecuente dada la temprana edad a que se contraen nupcias--, a su familia. -- Será pues la parentela de la futura esposa la que asigne, la cantidad y naturaleza de los bienes dotales; la forma y tiempo de devolución de los mismos, varía según sean muebles o -- raíces.

*Desatado seyendo el matrimonio por alguna razón dere-- cha, luego que el divorcio sea fecho, deve ser entregada la dote a la muger, o a sus herederos, si fuesse cosa -- que fuesse raíz. Más si fuera la dote de cosa mueble, de ve ser entregada fasta un año desde el divorcio fue fecho. Esso mismo sería, si el matrimonio se partiesse por muerte. Ca deve ser entregada la dote, o la donación a -- aquel que la deve aver; si fuera cosa que fuera rayz, --*

*luego quel matrimonio se departa; e si fuera mueble la cosa, fasta un año; fueras ende, si la oviesse de entregar a los fijos, que non fuessen de edad; que la puede tener el apdre o la madre fasta que sean de edad. E esto se entiende que deve ser fecho, de guisa que gobierne -- los fijos e los críe; e que los non enagene nin malmeta la dote (24).*

Siguiendo con la naturaleza de los bienes susceptibles de ser dados en dote, también pueden conformarla las -- deudas. En este sentido la legislación se hace específica y casuística: nos referimos al caso concreto de la *delegatio*.

*(...) obligado seyendo algund debdor, a debdo que deva a alguna muger, si ella quisiere casar bien puede mandar aquel su debdor, que dé en dote a su marido aquello que devía a ella. E esta dote es llamada en latín delegatio. E en tal razón como esta ha deoartimento. Ca si el debdor fuesse padre, o abuelo, o bisabuelo, maguer fuesse -- negligente el marido, en no apremiar por juyzio a algunos de estos sobredichos, que pagassen la debda non sería del el peligro de la dote, si viniesse después a pobreza el que deviesse, da manera que non oviesse de que lo pagar; más sería el peligro de la muger. Ca si por -- tal razón como esta quisiera demandar la dote a su marido, mientras que fuera vibo, o después que fuer muerto, a su heredero porque non quiso constreñir por ella en juyzio alguno de los sobredichos, non deve ser oyda: porque los fijos, e los yernos, non deven apremiar a sus padres nin a sus suegros assí como a otros extraños. Más si la muger dotasse a su marido en la debda quel debdiessse -- otro debdor, que non fuesse de los parientes que de suso diximos, podría y acaescer departimento, en esta manera. Ca, o sería debdo de premía, o de voluntad, e si dixesse la muger al marido: Donovos en dote tantos maravedíes -- que me deve tal ome, e mandol que vos los dé; e el deb--*



dor prometiesse ciertamente de los dar; si el marido non demandasse tal dote como esta, de mientras que oviesse de que la pagar el que la devía; si después viniesse a pobreza, el marido es en el peligro della e es tenuto de dar a la muger, si el casamiento se partiere. E si dixesse la muger al marido: dovos por dote cient maravedies que me mando tal ome, e mando que vos los dé; e el debdor dixere al marido: yo vos daré aquello que devo a vuestra muger, non diziendo ciertamente quanto; e en tal manera es el peligro de la muger quanto en aquello que se pierde de la dote, e non del marido, maguer sea neglite en demandarla. Ca en tal razón como ésta, aunque la muger demandare tal debdo, non sería tenuto el debdor de darle más de aquello quel pudiesse (25).

## 7. El acto de la donación.

Las Partidas se detienen en el acto de la donación, -- previo e imprescindible para la firma del contrato matrimo-- nial, detallando minuciosamente el ritual y la parafernalia que acompaña a esta ceremonia pre-nupcial. La donación se -- efectua de hecho, o de palabra, un tiempo antes del matrimo-- nio y no es condición *sine qua non* para su realización. En -- una época, la medieval, en que los contratos matrimoniales -- revisten el carácter de pactos entre familias, los contrayen-- tes se obligan a temprana edad, incluso desde la cuna. Si te-- nemos en cuenta la elevada mortalidad infantil, la corta es-- peranza de vida, y la propia eventualidad de los pactos, fa-- miliares por conveniencia, no nos resulta extraño que la le-- gislación se extienda sobre el incumplimiento del pacto, por muerte u otras razones, y la repercusión que tal hecho tiene sobre lo donado y los donantes.

*(...) don que da el esposo a la esposa, o ella a él -- francamente sin condición, ante quel matrimonio sea cum-- plido por palabras de presente. (...) E como quier que -- tal don como este se diesse sin condición, pero siempre se entiende quel deve tornar aquel quel recibe, si por -- su culpa el matrimonio non se cumple. Más si por aventu-- ra acaesciesse que non se cumpliesse, muriendo ante algu-- no dellos; en tal caso como este ha departamento. Ca si se muriesse el esposo, que fizo el don, ante que besasse la esposa, deve ser tornada la cosa quel fue dada por -- donación como éste a sus herederos del finado. Más si la oviesse besado, non los deve tornar, salvo la mitad, e -- la otra mitad deve fincar a la esposa. E si acaesciesse que la esposa fiziesse don a su esposo, que es cosa que pocas vegadas aviene porque son las mugeres, naturalmen-- te cobdiciosas, e avariciosas; e si muriesse ella, ante quel matrimonio fuesse acabado entonce en tal caso como éste, quier sean besados o non deve tornar la cosa dada,*

*a los herederos de la esposa. E la razón porque se movieron los Sabios Antiguos en dar departido juyzio sobre estos donadíos es esta: Porque la desposada da el beso a su esposo, e non se entiende que lo reciba del. Otrosí, quando recibe el esposo el beso ha ende plazer, e es alegre, e la esposa finca avergonçada (26).*

El acto de la donación aparece en Las Partidas como - una mezcla de cláusulas morales y materiales. El texto alfonsino se caracteriza por conjugar, ante un mismo tema, las dos facetas, especialmente en las leyes referidas a la mujer. El dualismo conceptual aparece también a la hora de definir el - sexo femenino; a la par que preconizan y exaltan su castidad, traducida en pudor, consideran la codicia y la avaricia como defectos consustanciales de su naturaleza. Es el reflejo del concepto medieval de mujer, Eva y María, *sensus* dominando sobre *ratio*, defectos natos y virtudes sociales adquiridas.

Por otro lado, el beso adquiere el carácter de fórmula ritual. Convencional, externo y visible, exento de pasión y simbólico, trasciende la expresión amorosa que acostumbramos a interpretar. Asistimos en el amor, como en el honor, a las manifestaciones exteriores prevaleciendo sobre los sentimientos internos. La vida medieval asiste a una realidad, traducida a leyes, donde priman lo corporal, lo palpable, lo visual, como determinantes de la casuística.

## 8. Los donantes.

En cuanto a los donantes, aunque en principio son marido y mujer, pueden ser suplidos por miembros de las familias respectivas o por cualquier otro que actúe en su nombre. El padre tiene la obligación no sólo de casar sino también de dotar a las hijas, aunque estas tuvieran bienes propios. Donantes son, pues, las familias más que los contrayentes; esto queda sobradamente reflejado en las clases altas, más interesadas en efectuar uniones ventajosas que el *popolo minuto*, absorbido por la preocupación del sustento diario. Las donaciones, íntimamente ligadas a la categoría social y poder económico de los donantes, serán utilizadas, junto con el matrimonio, para ascender de estamento, consolidar vínculos nobiliarios o reales y engrandecer territorios. Los receptores de la legislación serán, fundamentalmente, las capas más altas del conglomerado social, verdaderos artífices, al fin y al cabo, de la misma.

*La muger la puede dar (la dote) por sí misma a su marido o otro cualquier que la dé desta manera en nombre de ella. E otros y ha, que son tenudos de las dar por premia, maguer non quieran; assí como el padre quando casa fija que tiene en su poder. Ca quier aya ella algo de los suyo, o de otra parte o non, tenudo es el padre de la casar e de la dotar. Otrosí el abuelo por parte de padre que oviese su nieta en poder, tenudo es de la dotar quando la casare, maguer non quiera; si ella non oviere de los suyo, de que puede dar la dote por sí. Pero si ella oviere de que la dar, non es tenudo el abuelo de la dotar, si non quisiere, de los suyo: (...) Esso mismo sería del bisabuelo que oviere visnieta en su poder (27).*

Según el Derecho Medieval de Castilla y León, la facultad de casar a las hijas era ejercida en común por ambos cónyuges (28). La posición legal de la madre respecto a la do

te de las hijas difiere sustancialmente, sin embargo, en Las Partidas. En principio no tiene obligación de dotar, aunque es libre de hacerlo, a título personal, según su caudal propio si es que tiene bienes parafernales. Esta opción que le exime de todo compromiso se invalida si la madre no es cristiana y la hija casadera sí.

*(...) assí como constreñir, nin apremiar, non deven a la madre, que dote a la fija, como quier que lo pueden fazer al padre (...) más puédele ella doatr de su voluntad, si quisiera. Pero si la madre fuesse judía, o hereja, o mora, puédenla apremiar que dote su fija, aquella que fuesse cristiana (29).*

Entroncando con la defensa a ultranza del cristianismo y la fé que, fiel a los preceptos de la Iglesia Cristiana, realiza el código alfonsino, en el orden matrimonial el abandono de la religión estatal supone la pérdida de la dote o de las arras, según sea la mujer o el marido el que reniegue, en beneficio del otro cónyuge. Pero por encima de esta condena moral y económica obra la defensa de los hijos legítimos, de la que nos ocuparemos en otro apartado. La protección de los hijos legítimos es una constante obsesiva de la legislación medieval en un claro intento de evitar la disolución de las costumbres, atajar la tan reiterada práctica de las relaciones extraconyugales, y, sobre todo, asegurar un reparto tan equitativo como legítimo y pacífico de las herencias, principalmente de las constituidas por bienes territoriales. El mantenimiento del patrimonio familiar y la conservación de la pureza de los linajes obliga a la toma de medidas preventivas ante el creciente número de bastardos.

*E por ende mandamos (...) que alguna muger de nuestra ley fuera casada e se tornare mora, o judía, o herege -- (...) que las dotes, e las arras, e todos quantos bienes de consuno ovieren ella a su marido a la sazón que tal ye*

*rro fiziere, que sean todos del marido: e esta pena, que diximos, que devía aver la muger, essa mesma dezimos que deve aver el marido si se tornare moro, o judío, o here--je: pero estos bienes a tales que gana el marido por el yerro que faze su muger, si fijos le fincaren de aquella muger mesma, ellos los deven heredar después de la muerte de su padre: e maguer oviesse fijos de otra muger, non deven de aver de estos bienes ninguna cosa. Eso mesmo dezimos, que deve ser en los bienes del, quando fiziere tal yerro como este (30).*

En este caso que acabamos de ver, la mujer y sus familiares pierden todo derecho sobre la dote; hay también otros tres casos, especificados en Las Partidas, en que la dote de la mujer queda en manos del marido: si comete adulterio, si entra en religión o si muere y hay un pacto tácito y expreso respecto a la herencia entre ambos cónyuges. Excepto en el caso de adulterio, que involucra solamente a la mujer, las disposiciones son equivalentes para ambos sexos. Son tres excepciones a la regla común de separación de bienes tras la ruptura del vínculo matrimonial; tres casos muy concretos que la legislación contempla en sus dos vertientes: matrimonio con hijos o sin ellos. Para cada uno de los casos la disposición varía.

*(Por cuales razones gana el marido la dote que le dió la mujer, o ella la donación que le hizo el marido en razón del casamiento) La una es por pleyto que ponen entre sí. La otra por yerro que faze la muger faziendo adulte--rio. La tercera por costumbre de la ganar la muger quando muere el marido o el marido quando muere la muger o si alguno entrare en orden. Se entiende ésto si non oviessen fijos de consuno. Si los oviesse estonce deven aver los fijos la propiedad de la donación o de la dote: e el pa--dre, o la madre, o el que fincare vibo, o el que non en--trare en orden, o que non fiziere adulterio, deve aver en*

*su vida el fruto della. Otrosí dezimos que finando el marido o la muger sin testamento e non dexando fijos, nin otros parientes que hereden lo suyo, que el otro que finca vibo gana la dote e los otros bienes que oviere el que muriere assí. Salvo en estos casos, siempre que se departa el matrimonio deve tornar la donación al marido e la dote a la muger (31).*

Excepto en los casos citados la ruptura del vínculo matrimonial supone la restitución de la dote a la mujer, en su integridad si no fue apreciada en el momento de la donación, o bien el valor que entonces se estimó que tenía.

*Aviendo tal embargo entre algunos que estuviessen casados que non fuere adulterio, porque oviessen departir el matrimonio en vida, deve ser entregada la dote a la muger. E esto se entiende si non fuere apreciada al tiempo que fue dada: Ca estonce seyendo apreciada deve aver la estimación della e non más (32).*

En diferente órbita de repartición entran los frutos de la dote de la mujer, ya que se estima que las ganancias -- que produce son del marido si este cumple los requisitos que su papel dentro del matrimonio exige. Este papel es el de mantenedor de la célula familiar, ya que el matrimonio es considerado como un embargo (y la mujer y los hijos una carga) por la ideología dominante. El trabajo cotidiano de la mujer en el círculo doméstico y la conservación del linaje, (que en -- primera instancia es de su exclusiva responsabilidad puesto -- que la cultura medieval ignora la esterilidad masculina), no son considerados como acreedores de ningún tipo de remuneración y no le dan a la mujer ningún privilegio ya que, si bien es la mujer la que asume el mando del hogar, legalmente el gobierno del mismo es tarea de varones, y así son considerados los frutos de la dote de la mujer retribución de las funcio-- nes del marido.

*La primera quel matrimonio sea fecho. La segunda es que sea en tenencia de la dote. La tercera que sufra el embargo del matrimonio, governando a sí mismo, e a su muger, e a sus fijos, e a la otra compañía que ovieren: e aviendo estas tres cosas deve aver los frutos de la dote que le diera su muger, quier sea estimada o non, e tales ganancias deven ser del (33).*

Quando la separación de personas y de bienes se hace efectiva en vida de ambos cónyuges, pertenecen al marido los frutos que la dote de la mujer haya producido en el último - año de matrimonio.

*(...) deve tomar el marido tanta parte de los frutos de la dote del postrimero año, quantos meses, e quantas semanas duró el matrimonio en aquel año; e todos los otros deven fincar en salvo a la muger, e a sus herederos si ella finasse, sacadas las despensas de aquel año, que fizo el marido en labrar la cosa que le era dada en dote. E este año se deve començar a contar desde el día en que se cumplió por palabras de presente e fue entregada la dote al marido; quando acaesciesse, que en aquel mismo año que -- fuesse fecho el casamiento se departiesse. E la parte sobredicha entiende también de los frutos que fuessen cogidos el día del divorcio, como los que fincassen por coger adelante en esse mismo año (34).*

Esta ley que sostiene económicamente al marido un año después del divorcio nos recuerda, por la importancia que para el mantenimiento de la familia y en concreto del marido -- concede a la dote de la mujer, un precepto del fuero de Lla--nes que establece la exención temporal de los deberes cívico militares al cónyuge masculino trás el fallecimiento de su mujer: *El que perdió la muger ese año non vaya en fonsado nin - peche fonsadera (35).*



Juan Ignacio Ruíz de la Peña que ha estudiado los ordenamientos jurídicos de la Asturias medieval en los siglos - XIII y XIV (36) halla en este punto una valoración positiva - de la mujer en el círculo doméstico. Evidentemente, la función económica de la mujer en la familia rebasa el estricto - aporte monetario que supone la dote. Sus actividades nos hablan de una posición de igualdad con el varón en la vida económica celular y, trascendiendo el marco primario de la familia, en la economía general del medievo. La desaparición de la mujer supone la ruptura del equilibrio doméstico y de ahí el eximente que le supone al marido la muerte de su esposa.

Los frutos que la dote produce antes de la boda deben servir para acrecentarla y quedan libres de todo empeño para la mujer tras la separación, lo que no ocurre con aquello que la dote produce durante el matrimonio, que hemos visto como - queda en poder del marido.

*Disfrutan los esposos a las vegadas ante las bodas, las dotes que les dan las esposas: e los frutos que de esta manera resciben, non los ganan ellos más acrescen la dote; porque deven ser ayuntados a ella, e contados con ella. E como quier que después que han fecho las bodas, deven ser en poder del marido los frutos tales como estos, en uno con la dote, e los deve disfrutar para sostener el matrimonio, con todo esso, si se departiere el casamiento, a salvo fincan a la muger. Pero si el esposo gobernasse e diesse de vestir, ante de las bodas, a su esposa, los frutos que rescibiesse de la dote en aquella sazón non deven de ser contados con ella, nin demandados al esposo. E esto es de igualdad. E podría acaescer que sería assí, quando alguno se desposare con alguna que non fuere de edad, e la oviesse de atender fasta que lo fuesse (37).*

Que el futuro marido tuviese que cuidar de una prometida menor de edad hasta que ésta alcanzara la edad de con--

traer matrimonio, no es un hecho infrecuente en el Medievo. - Los desposorios, generalmente por conveniencia, podían realizarse desde la más temprana edad; la mujer se consideraba capacitada para contraer matrimonio al alcanzar la pubertad, a los doce años, y desde los siete podía ya comprometerse. Lo normal era (nos estamos refiriendo a los nobles y a los ricos ya que de las clases populares la información que nos ha llegado a través del tiempo es mínima, y, por otro lado, la legislación es hecha por y para ellos) que la prometida, a veces desde la más tierna infancia, fuera a vivir a casa de su futuro marido y se criara con él hasta que pudiera pasar de la virginidad a la maternidad legítima mediante el matrimonio, clave del edificio social feudal e instrumento de pacíficas alianzas (38).

Al efectuarse la consumación del matrimonio o nupcias, la mujer entra en poder del marido y con ella la dote. La jerarquización dentro del matrimonio, la subordinación legal de la mujer al marido y el hecho de que éste usufructe la dote - que le ha sido entregada por la mujer en su propio beneficio, hacen prácticamente imposibles las aspiraciones de recuperar la dote si no concurre alguno de los casos citados, pocos, como hemos visto, y muy concretos. Pero hay una cláusula más -- que protege a la mujer contra las malversaciones que un cónyuge incapaz puede realizar con lo que no deja de ser su seguro de vida, la dote. La impunidad del marido, por lo menos -- legalmente, queda atajada y aunque no consta que puede ser -- ella la administradora de sus bienes (en régimen comunal, de gananciales, durante el matrimonio), la ley le permite elegir un hombre de confianza que vele por sus intereses y por los -- de la familia, es decir, un apoderado.

Esta protección de los intereses de la mujer no implica el reconocimiento de una capacidad de actuación independiente respecto del varón y legalmente reconocida, aunque hemos comprobado que en la realidad proliferan tales situacio--

nes. En principio ya se hace observable que la mujer está al corriente de los negocios de su marido, es decir, que el registro de los movimientos de entradas y salidas del dinero pasa por sus manos. Supervisión de hecho, que no de derecho, -- que implica un control efectivo por su parte y nos aleja de -- la imagen de ignorancia e incapacidad que quiere hacerse re--presentativa del sexo femenino en la Edad Media.

*Baratador o destruídor seyendo el marido de lo que oviere de manera que entendiesse la muger que venía el marido a pobreza por su culpa; assí como si fuesse jugador, o -- oviesse en sí otras malas costumbres, porque destruyesse lo suyo locamente; si temiera la muger que le desgastare o malmetiera su dote, puédele demandar en juyzio, quel en tregue della, o quel dé recabdo, que le non engene; o que la meta en mano de alguno que la guarde, e que con ella -- derechamente, e de las ganancias guisadas e honestas que les dé dellas onde bivan. (...) Más si el marido fuesse -- de buena provisión, en aliñar, e endereçar lo que oviesse, e non malmetiesse lo suyo locamente segund que es sobredicho, maguer viniesse a pobreza por alguna ocasión, nol podría la muger demandar la dote mientras que durasse el matrimonio. E en tal razón como ésta se entiende lo que dize el derecho: que la muger que mete su cuerpo en poder -- de su marido, que non deve desapoderar de la dote quel -- dió (39).*

## 9. Conclusiones.

Llegados a este punto consideramos que resulta pertinente establecer unas conclusiones que resuman, en la medida de lo posible, la compleja casuística dotal tratada en este apartado.

La dote se nos aparece en última instancia como un seguro de vida. Establecido un tanto por hija según el patrimonio familiar y la condición de áquel con quién se casa, es el instrumento más importante que posee la mujer para ejercer algún tipo de influencia social. Paradójicamente, a la par que le confiere prestigio personal y le garantiza la superviven--cia económica en la viudez, la inmoviliza durante el matrimonio; la independencia económica la obtiene el marido mediante el usufructo de los gananciales. Ello significa no sólo la imposibilidad de acceder a sus propios recursos (incluso a los parafernales si han entrado en régimen de dote), sino también la pérdida de sus derechos jurídicos. En este sentido la necesidad histórica de control sobre la dote corre paralela a la incapacidad real para administrar la misma y define, por tanto, una condición jurídica de inferioridad.

La dote es la aportación de un conjunto de bienes, --muebles o inmuebles, que la mujer hace al matrimonio y que se desgajan del patrimonio familiar. Obligado el padre a dotarla si casa con su consentimiento, la mujer se transfiere, junto con la dote, a la tutela del marido. La aportación de la dote configura la parte económica de un contrato de compraventa --que tiene, por otro lado, significación sexual; el matrimonio es, pues, instrumento de raparto de riquezas y de hembras, pilar base del edificio social y económico feudal. La dote, usufructuada y administrada libremente por el marido, no excluye garantías para la esposa; garantías materiales que compensan las diferencias establecidas en esta época en razón del sexo.

El matrimonio se nos presenta como un acuerdo de mutuo consentimiento entre las familias de ambos cónyuges y se realiza con las cláusulas formales de un contrato, en el que la dote aparece como un seguro de mantenimiento durante el matrimonio y una garantía para la viudez. Necesariamente ostensible y público, cargado de ceremonias arraigadas en la más honda tradición, el matrimonio yuncea lo espiritual y lo material. Por él se regulariza no sólo la continuación de la especie, sino también la transmisión de la riqueza. La codificación que lo rige bandea, pues, de lo profano a lo religioso, de lo estrictamente material al ritual sagrado. La costumbre era establecer una escritura pública a la hora de acordarse el matrimonio (40). En ella las partes (padres o tutores de los contrayentes) registraban la cuantía de los bienes con que los desposados acudían al matrimonio.

Una vez constituida la familia los bienes que conforman el patrimonio familiar son poseídos, explotados y usufructuados por el marido; aunque la comunidad familiar no incluye sólo a los dos esposos e hijos, sino también a otras personas ligadas por vínculos cercanos o lejanos de parentesco y a extraños, entre los que contamos a los siervos y a sus hijos. Similar a un estado de características autárquicas, la comunidad doméstica se constituye en unidad económica básica de la sociedad medieval (sociedad de cultura rudimentaria con predominio del sector agrícola). Siendo sobre todo una asociación para la producción y el consumo en común, su carácter *familiar* pierde así la esencialidad subrogado por el carácter de institución económica (41).

Los gastos de la familia normalmente se sufragaban con la dote de la mujer aunque nominalmente el patrimonio familiar alude al cabeza de familia, al varón. El marido administra por sí mismo los bienes de la comunidad; dispone libremente de los muebles y rentas y de los gananciales inmuebles. La disposición de los gananciales no queda limitada en ningún as

pecto por la esposa; no ocurre así con sus bienes propios o -- parafernales de los que el marido no puede disponer sin su -- consentimiento. Las Partidas conceden a la mujer su adminis-- tración, si no han sido entregados como dote.

Incapacitada para la administración de los bienes de la comunidad matrimonial, que recae en el marido, la mujer -- queda supeditada paralelamente a sus decisiones, como antes -- lo estuvo a las de su padre o tutores.

La transferencia al marido de determinados derechos -- de la esposa restringe la capacidad jurídica de la mujer casada en el orden patrimonial. Encontramos claras limitaciones a su libertad de actuación, no sólo económica sino también, y a consecuencia de esta última restricción, procesal.

La pervivencia del patrimonio de la mujer queda a merced del criterio acertado o erróneo de su marido; en virtud -- de ello se hace de rigor la intervención y observancia de la mujer en razón de los derechos que asistirán a su viudedad. -- Las propias instituciones tratarán de impedir que la mujer -- quede sin recursos, lo que sin embargo se hace hecho frecuente y constatable: son numerosísimos los casos en que el marido malgasta dote y patrimonio ante la resignación forzosa de la mujer. En general existe una voluntad en costumbres y fueros locales, a la que no podían rehuir Las Partidas en el sentido de la obligatoriedad de la restitución de la dote a la -- viuda. Salvo caso de adulterio o abandono del domicilio conyugal, la dote debe ser restituida íntegra a la mujer que pierde a su esposo. Por el adulterio (sobreentendido como femenino) la casada pierde sus derechos sobre la dote que pasa a -- ser confiscada por su marido. Se hace tan frecuente como irreprochable (la ley ha desequilibrado la balanza en favor del -- varón) dentro del contexto, la acusación de infidelidad conyugal con propósito de lucro. Las diferencias en el castigo de los delitos sexuales nos hablan de situaciones jurídicas favora

recedoras al hombre, entroncadas con toda una luenga y distante tradición que se perpetuará, reforzada en el Renacimiento, hasta nuestros días.

Las delicadas situaciones que la tenencia de la dote por el marido y su restitución a la viuda por parte de los parientes del mismo plantean, son objeto de minuciosa regulación en el campo jurídico legislativo medieval. La recepción del Derecho Romano que se asienta sobre el sustrato germánico precedente, introduce en el sistema de bienes de la sociedad conyugal castellana la inalienabilidad de la dote, la hipoteca legal sobre los bienes del marido para asegurarla y las incapacidades impuestas a la mujer para su administración.

La práctica relativa a la división de las ganancias - por mitad entre marido y mujer sin relación a la diversa cuantía de sus aportaciones fue derecho común en la Castilla del siglo XII. Puede hacerse observable su inaparición en los fueros pero no hay ninguno que contemple disposiciones en sentido contrario: al no ser códigos completos su silencio se explica porque suponen como derecho común el visigótico escrito precedente o el consuetudinario. Las Partidas aunque lo presuponen vigente (P. IV, T. XI, L. XXIV) a la par que respetan - el derecho local que tal estipula, lo ignoran legislativamente ya que no consideran como gananciales los productos de la dote y arras, sino propiedad del marido.

Lo cierto es que esta doctrina, carente de la universalidad que en principio se quiso para ella, no rigió jamás; tal vez por tratarse Las Partidas de un derecho culto y generalmente no vivido, sin conexión con la realidad social de su tiempo, ni, en casos como éste, con los textos castellanos anteriores no coetáneos: el Fuero Real y las Leyes del Estilo - se pronuncian en sentido contrario.

10. Notas.

- (1) EQUIP BROIDA "La viudez ¿triste o feliz estado?" en Las - mujeres en las ciudades medievales, E.U.A. Madrid, 1984, págs. 27-41.
- (2) Sobre este tema veáse con carácter general a M.I. PEREZ - DE TUDELA Y VELASCO, La mujer castellano-leonesa durante la Alta Edad Media, Fundación Juan March, Madrid, 1983.
- (3) P. IV, T. XI, L. I.
- (4) P. IV, T. XI, L. II.
- (5) P. IV, T. XI, L. XXX.
- (6) P. VI, T. IV, L. XIV.
- (7) Se contempla aquí un supuesto de herencia por representación. P. IV, T. XXVI, L. VI.
- (8) P. IV, T. XI, L. VII.
- (9) P. IV, T. XI, L. XVII.
- (10) RAMOS Y BONET, Derecho Romano II, Madrid, 1981, pág. 730.
- (11) GARCIA GALLO, "La evolución.....", pág. 157.
- (12) HINOJOSA, Obras II, Madrid, 1955, pág. 350.
- (13) P. IV, T. XI, L. XVIII.
- (14) P. IV, T. XI, L. XIX.
- (15) P. IV, T. XI, L. XX.



- (16) P. IV, T. XI, L. XXI.
- (17) P. IV, T. XI, L. XXVII.
- (18) HINOJOSA, El elemento germánico en el Derecho español, - Madrid, 1915, pág. 19.
- (19) EDWARD WESTERMARCK, Historia del matrimonio, Madrid, -- 1932, pág. 8.
- (20) HINOJOSA, El elemento germánico....., pág. 33.
- (21) P. IV, T. XI, L. IX.
- (22) JACQUES HEERS, El clan familiar en la Edad Media, Barcelona, 1978.
- (23) P. IV, T. XI, L. XIV.
- (24) P. IV, T. XI, L. XXXI.
- (25) P. IV, T. XI, L. XV.
- (26) P. IV, T. XI, L. III.
- (27) P. IV, T. XI, L. VIII.
- (28) HINOJOSA, Estudios sobre la historia del Derecho español, Madrid, 1903, pág. 103.
- (29) P. IV, T. XI, L. IX.
- (30) P. VII, T. XXV, L. VI.
- (31) P. IV, T. XI, L. XXIII.

- (32) P. IV, T. XI, L. XXVI.
- (33) P. IV, T. XI, L. XXV.
- (34) P. IV, T. XI, L. XXVI.
- (35) F. de Llanes, pág. 63.
- (36) J. I. RUIZ DE LA PEÑA "La condición de la mujer a través de los ordenamientos jurídicos de la Asturias medieval - (siglos XII al XIV)", Las mujeres en las ciudades medievales, Madrid, 1984, págs. 59-74.
- (37) P. IV, T. XI, L. XXVIII.
- (38) GEORGES DUBY, El caballero, la mujer y el cura. Madrid, 1984, págs. 19-20.
- (39) P. IV, T. XI, L. XXIX.
- (40) GEORGES DUBY, Op. cit. pág. 120.
- (41) HINOJOSA "La comunidad doméstica en España durante la -- Edad Media" en Obras II.

L A M U J E R S O L T E R A

## LA MUJER SOLTERA

### 1. Introducción.

La mujer soltera no es objeto de legislación específica en Las Partidas. En general, y dado que no tiene la mujer personalidad jurídica ni status social sino en función del matrimonio, resulta difícil encontrar cualquier tipo de documentación que se refiera expresamente a la soltería femenina. Daremos, pues, unas ideas generales de carácter ilustrativo, acudiendo para ello a la escasa bibliografía existente sobre el tema y a otras fuentes (fueros, literatura medieval, etc...) como complemento de Las Partidas.

Si se extienden Las Partidas, sin embargo, sobre la mujer (generalmente soltera) que ejerce la prostitución o la barraganía, aspectos ambos que recogeremos en este trabajo.

Excluiremos, por otro lado, las consideraciones sobre la necesidad de la dote para la mujer soltera por haber sido ya tratado el tema anteriormente. El haber sido abordado el problema dotal aparte se debe a la importancia que consideramos que tiene, y que ha quedado ya sobradamente reflejada.

En cuanto al principio de indefensión del sexo y la tutela, no serán tampoco tratados aquí, por extender su radio de acción a todos los estados civiles de la mujer (soltera, casada o viuda). Haremos mención de ellos, como la hemos hecho hasta ahora, ya que son principio jurídico que determina toda la legislación.

## 2. La educación.

En el mundo medieval, la cultura es patrimonio de -- las altas jerarquías eclesíasticas y civiles. El acceso a -- ella se halla vetado para el *popolo minuto*, sin que medien -- distinciones de sexo. Así pues, sólo las aristócratas y reli\_giosas tienen acceso a ella, recibiénola las primeras en -- función de su rango y las segundas a raíz de su ingreso en -- el centro monástico. En este sentido podemos decir que la mu\_jer participa del escaso mercado cultural que la Edad Media ofrece en igualdad con el varón resultando, como después ve--remos, más beneficiada que él en algunos casos.

De la educación de los *laboratores* poco o nada sabe--mos. En igualdad con el varón, las mujeres de las clases ba--jas recibirían una educación, principalmente religiosa, oral. Los enseñantes serían, fuera del círculo familiar, el bajo -- clero y toda la corte de ordenes mendicantes que pululan, en\_tre sermones, anatemas y advocaciones divinas e infernales, por las villas medievales. Presumiblemente de bajo (o nulo) nivel cultural, contribuirían con sus enseñanzas entre lo -- místico, lo pagano y lo religioso a confundir aún más las ya confusas y arraigadas creencias del hombre simple. Con tan -- elevado porcentaje de analfabetos, la difusión de las ideas necesita un transmisor eficaz y fácilmente receptible por la audiencia: la pintura, esa pintura tan simbólica como real, de abigarrado colorido y fuerte carga expresionista, que lle\_na las paredes y los lugares de culto de misteriosos conteni\_dos tan cercanos al heterogéneo público que diariamente las contempla, será el lenguaje medieval y sustituirá, con cre--ces, a la escritura. Y la mujer, sujeto y objeto de las re--presentaciones, no quedará excluida, en ningún caso, de su -- efectivo alcance (1).

La educación que la mujer del pueblo reciba en la fa\_milia en nada difiere de la que se da al varón: educación pa\_ra la supervivencia.

Si difiere del hombre la educación que la mujer de los altos estamentos recibe; y es aquí donde tendrá mayores ventajas que él para acceder a la cultura. Las damas de alta cuna se pretende que sean cultas y refinadas, el hombre debe aspirar a ser un buen caballero y la cultura es una ínfima parte de la educación que con tal fin recibe. Las damas deben combinar el recato con la frivolidad (el amor cortés impone sus reglas), tener ciertas habilidades -juegos, caza- y estar capacitadas para administrar la hacienda y defender el patrimonio durante las frecuentes ausencias de sus maridos. Su aprendizaje recorre así un largo y variopinto camino que va, desde coser y bordar, hasta recitar textos y poemas en latín, tocar algún instrumento, cantar, etc. Sin olvidar que deben saber mantener en orden a los siervos y cuidar de la educación de los hijos (2).

Otra salida para la dama noble o acomodada era la religión. Para su ingreso en una orden se precisaba una dote, aunque también tenemos el caso de mujeres pobres y campesinas acogidas a los monasterios, dentro de los cuales realizan las tareas más penosas y a las que salva de la condición plenamente servil el hecho de recibir, a cambio de su labor, un mínimo de educación (3).

Pero hablamos de una sociedad campesina e inculta -- por excelencia. Hemos mencionado más arriba una educación para la supervivencia. A la mujer común se la educa, además de para el trabajo, para el matrimonio. Desde pequeña tendrá -- claro que el fin que persigue es el de encontrar un buen marido, con buena posición económica, al que debe agradar y -- dar hijos, ya que ambos requisitos la supondrán la seguridad mientras dure el matrimonio. En este sentido la educación se orienta a la fundación y mantenimiento de un hogar (incluyendo faenas agrícolas si nos referimos al medio campesino) y a la perpetuación de la especie. La procreación y numerosa descendencia se ven alentadas por la tradición y la religión y, sobre todo, por la necesidad de mano de obra, base del --

sistema productivo y sustento de las estructuras socio-económicas, en un momento histórico en que *guerras, hambres y pestes* mermaban periódicamente los efectivos de población.

¿Hemos de considerar lo xepuesto como un modelo educativo discriminatorio?. No debemos partir, para su enjuiciamiento, de nuestros presupuestos actuales. El respeto a la especificidad de las distintas sociedades y épocas, que ya preconizaba la escuela de los Annales, nos inclina a dar una -- respuesta negativa a la pregunta planteada. Porque si bien -- la mujer recibe un cierto tipo de educación, es también verdad que el varón recibe otro, no menos sexista que el anterior. La presumible discriminación de la mujer respecto del varón, es, al fin y al cabo, la misma que experimenta el vasallo respecto del señor, el campesino del burgués, el clérigo del obispo, el pobre del rico o del noble. Es, pues, en -- última instancia, un problema *de clase* antes que de sexo. -- Las continuas proscripciones que las leyes civiles y eclesiásticas hacen a la mujer nos permiten vislumbrar, por antonomasia, cual sería su posición real en la sociedad, y responden, más que a esta, a los deseos de instaurar y mantener el pretendido orden divino, del que serían reflejo las jerarquías civiles. La dominación del macho sobre la hembra, que se arguye constituida en el Paraíso y reflejada en las Sagradas Escrituras, no deja de ser una superestructura ideológica nacida de arriba, que no encontrará reflejo en las estructuras sociales hasta el auge del espíritu burgués. Y no es -- otra cosa que la parte de un todo que las clases dominantes pretenden imponer: la jerarquización de la sociedad en su beneficio con la sumisión de los dominados que conlleva. Para ello no dudarán en fundamentar en el *ordo divino* sus intereses de clase. Y esto lo entendieron muy bien las mujeres medievales, cuando se levantaron, con sus compañeros masculinos, del letargo y, ante la precariedad de la situación, fueron activas partícipes de las agitaciones campesinas que llenaron el final del Medievo. Hasta la Revolución Industrial -- no volveremos a encontrar a la mujer participando activamen-

te en revueltas sociales. Y no debemos olvidar que es precisamente en el siglo XIX (finales del XVIII en Inglaterra) -- cuando la mujer vuelve a incorporarse al sector productivo, curiosamente también en el sector textil (el trabajo en fábricas y minas es ligeramente posterior) (4). Las causas de la protesta femenina en la era insdustrial coinciden con las de la Edad Media: diferencias salariales a igual rendimiento, en el campo y en la ciudad, y malas condiciones de vida de las clases bajas, en general, impulsarán a la mujer a participar en las revueltas (que a veces adquirirán dimensiones de revolución) de la época.

Entendemos, pues, que en la Edad Media existe, al -- contrario de lo que suele creerse, a nivel del saber y de la enseñanza, una relativa pero cierta igualdad. Podemos poner algunos ejemplos ilustrativos: Le Roy Ladurie escribe refiriéndose a un pueblo de los Pirineos orientales: *El discurso femenino por lo tanto está, en este período (años 1.294- -- 1.324), tan cargado de sentido y de seriedad como el discurso masculino* (5); de hecho las campesinas de esta época hablan tanto de resurrección como de recetas de cocina. El propio Finke no duda en escribir: *Basta con recorrer los manuscritos de diferentes bibliotecas, escritos y redactados por canonigas de diferentes fundaciones del siglo XI. Estas mujeres conocían a Ovidio, Horacio, Virgilio... Con facilidad -- componían versos latinos para un amigo docto* (6). A pesar -- del antifeminismo del alto clero y del empeño de reservar la clericatura celosamente para los varones, las mujeres tuvieron acceso a la cultura eclesiástica. Recordemos las protestas expresadas ante ese monopolio por las abadesas de Las -- Huelgas de Burgos y la de Palencia en el siglo XIII, antes -- de seguir manteniendo el tópico de la mujer medieval inculta, sumisa al varón y relegada de la vida social y cultural. Ahí tenemos a Cristina de Pisan y su *ciudad de las damas*, una de las voces más claramente feministas del Medievo. A Eloísa, -- que conoció a Abelardo cuando iba a seguir su clase de teología, y que conocía el latín, el griego y el hebreo. Y advir-



tamos la gran participación de mujeres en los movimientos heréticos que agitan la Europa Medieval de los siglos XI al XV, en total igualdad con el varón, quizá porque representaban -- una promoción de la mujer a nivel religioso e ideológico negada por el catolicismo. Recordemos que la clausura total -- que la Iglesia pretende imponer a las órdenes monásticas femeninas de la Edad Media, y que perdura hasta nuestros días, es típica de los siglos XVI y XVII, y no logró imponerse hasta finales del siglo XV, a pesar de los respetidos esfuerzos que por ello hizo la jerarquía eclesiástica.

Serán la filosofía oficial de la Iglesia y el fenómeno burgués los que harán del Renacimiento un período oscuro para la mujer, ayudados por la Contrarreforma católica y las teorías de Lutero y Calvino. El Renacimiento consagrará el -- triunfo del ideal masculino heredado de la Antigüedad y man-tenido durante la Edad Media a nivel de superestructura jurídica (Las Partidas dan buena cuenta de ello) e ideológico -- (7).

### 3. Atributos jurídicos.

Sujeta y dependiente del poder paterno la *fija de vecino* (según el derecho local medieval), manceba núbil o en -cabellos (8), la soltera se diferencia de la casada y de la viuda por su apariencia externa. No olvidemos que la Edad Media es la época donde más valor adquiere el símbolo, donde -- prima la exterioridad *par excellence*. Así como la barba en -- el varón es signo de virilidad y ostentación, de la soltera es su cabello *tendido*, signo de integridad, virginidad y estado civil; por tal atributo y atavío se la reconoce en todos los cuerpos legales. Aparece también en la legislación -- con el nombre de *manceba*, derivado del latín *mancipia*; la -- emancipación presupone la desvinculación de cualquier tutela.

Por ser distintivo de las doncellas, es grave delito tocar con violencia o tirar del cabello de la mujer (Fueros de Calatayud, Castrotorafe, Fresno, Encisa y Daroca) como lo es tirar de la barba del hombre (9).

El aspecto externo que a lo largo de la historia tuvo por objetivo marcar no sólo diferencias de condición sino también de grado y estamento entre los individuos, adquiere una importancia vital en el Medievo y, concretamente, en el caso de la mujer: la soltera, la casada y la viuda, la prostituta y la barragana, se diferencian entre sí al primer golpe de vista. La riqueza y color de tocados y atuendos diferencian *status* sociales. Estas distinciones convienen a las clases altas; el choque se producirá con la ascensión de la burguesía, cuando pretenda imitar con dinero el lujo que la nobleza detenta por rango. Pero esto es otra historia.

La mal llamada *edad oscura* se caracteriza por una -- gran claridad. Así como los vestidos y el aspecto externo de finen a una persona como perteneciente a un grupo determinado, también la ciudad se halla acotada en parcelas (hoy día la toponimia y el nomenclator nos permiten reconstruir algu--

nas villas medievales y su estructuración). Las Partidas nos dan cuenta indirecta de ello:

*Muger virgen o otra cualquier que fuesse de buena fama si se vistiesse pannos de aquellos que usan vestir las - malas mugeres; o se pusiesse en las casas, o en los lugares, do tales mugeres moran, o se acogen; si algund ome la ficiere estonce deshonra de palabra o de fecho. o travasse della, non puede ella demandar que le fagan enmienda como a muger virgen que deshonrran. Esto es, porque - ella fue en grand culpa vistiendo pannos que non le convienen, o posandose en lugar deshonrado o malo, que las buenas mugeres non deven yr (10).*

Por último decir que las penas por injuria y deshonra son mayores, en los fueros locales, para los hombres que para las mujeres que hayan cometido el acto delictivo; y, - entre estas últimas, menores para las solteras que para las demás (con la salvedad de las prostitutas que se hallan en una situación permanente de deshonor y reciben, por ello, - penas iguales a las de los varones).

#### 4. Conclusiones.

La mujer soltera se halla sometida a la tutela parental careciendo, por tanto, de personalidad jurídica propia. Por ella responden los familiares varones; si careciera de padre, el abuelo o hermano mayor asumirán las funciones tutelares (11).

La soltera se diferencia de las casadas y de las viudas, además de por la apariencia externa (cabello suelto) -- por la distinta consideración penal que merecen los ultrajes cometidos contra su persona. También las multas y castigos -- son menores para los delitos cometidos si la autora es una -- mujer soltera.

En cuanto a la educación, recordar que las diferencias, marcadas por razón de sexo, benefician en última instancia a la mujer ya que el ideal caballeresco concede mínima importancia al aprendizaje de doctrinas humanísticas (12).

5. Notas.

- (1) JOHAN HUIZINGA, El otoño de la Edad Media, Ed. Alianza, Madrid, 1984.
- (2) EILEEN POWER, Mujeres medievales, Ed. Encuentro, Madrid, 1979, págs. 95-98.
- (3) Ibidem, págs. 99-100.
- (4) T.S. ASHTON, La Revolución Industrial, F.C.E., Madrid, - 1979.
- (5) E. LE ROY LADURIE, Montaillon, village occitan, 1294-1324 pág. 383.
- (6) E. FINKE, La mujer en la Edad Media, pág. 53.
- (7) Hemos seguido las líneas generales de la tesis de ADELIN RUCQUI, Historia de un tópico: la mujer en la Edad Media.
- (8) R. SERRA RUIZ, Honor, honra e injuria en el Derecho medieval español, Murcia, 1969.
- (9) Ibidem.
- (10) P. VII, T. IX, L. XVIII.
- (11) Con carácter general el libro de A. MERCHAN ALVAREZ, La tutela de los menores en Castilla hasta fines del siglo XV, P.U.S., Sevilla, 1976.
- (12) Referente a educación y costumbres, a título ilustrativo citar a A.M. LUCAS, Women in the middle ages. Religion, Marriage and Letters, Harvester Press, Brighton, 1983.

L A M U J E R C A S A D A

## LA MUJER CASADA

### 1. Introducción.

En este apartado trataremos todo lo que concierne a la mujer casada: su status jurídico, diferente al de las solteras y al de las viudas; el matrimonio como institución civil; el acto previo a la consumación del mismo, los desposorios o esponsales; el régimen económico del matrimonio, los bienes gananciales; la relación materno-filial y la filiación legítima e ilegítima; el adulterio, etc.

Con el matrimonio la mujer no sólo cambia de status, sino que entra en un engranaje legal virtualmente distinto - del de la soltera o la viuda en razón del contrato matrimonial. El matrimonio supone para la mujer la adquisición de - unas obligaciones económicas, conyugales y materno-filiales, y de unos derechos no tan claramente definidos, en la legislación, como las anteriores. Supone, por otro lado, el cambio de una tutela parental a una tutela marital, producido - por la creación de un nuevo círculo familiar y la salida de la mujer de la órbita del poder paterno.

La condición jurídica de la *mujer legítima* o *mujer de bendición* queda configurada, en última instancia, por las exigencias que acompañan al matrimonio. Sus relaciones con - el entorno familiar creado *ex novo*, están ampliamente contemplados en Las Partidas, desde los pasos previos a la celebración del acto matrimonial, hasta la ruptura del vínculo por muerte o separación de los cónyuges, pasando por la obligación de procrear. Prolijamente detallados los pasos que ha - de seguir la *pareja de bendición* para llevar una correcta vida conyugal, se legislan también todos aquellos casos especiales que embargan el matrimonio, en los que nos detendremos especialmente dada su curiosidad y minuciosa relación.

La condición jurídica de inferioridad de la mujer --

respecto al varón, la vemos agravada, si cabe, en el seno -- del matrimonio; el precepto rector de la legislación matrimo\_nial es la superioridad masculina. Las Partidas enlazan en -- este punto con los argumentos eclesiásticos de raíz bíblica, apareciendo la creación del mundo y del hombre como base jus\_tificativa de tal superioridad, y principio de la división -- sexual de funciones, que asigna a la mujer la tarea de la re\_producción.

*Honrras sennaladas dió nuestro señor Díos al ome sobre las otras criaturas que El fizó: Primeramente en fazerle a su imagen y semejanza (...) Otrossí le honró mucho en que todas las criaturas que él habia fechas le dió para su servicio: et sin todo esto lo hobo fecho otra grand honra, que hizo muger quel diesse por compañera, en que ficiesse linage (1).*



## 2. Los desposorios.

*Llamado es desposorio, el prometimiento que fazen los homes por palabra, quando quieren casar. E tomo este nome de una palabra que es llamada en latín spondeo (en romance prometer). E esto es porque los Antiguos ovieron - por costumbre de prometer cada uno a la muger con quien se quería ayuntar, que casaría con ella. E tal prometimiento se faze también, no seyendo delante, aquellos que se desposan como si lo fuesen (2).*

Dos eran los actos constitutivos del matrimonio según el derecho de León y Castilla en la Edad Media, concorde en este punto con el derecho germánico (3): los esponsales y el casamiento o matrimonio en sentido estricto. Esta concepción dual aparece claramente reflejada en *El poema de Mio Cid*, cuando se concierta la boda entre las hijas del Cid y los infantes de Carrión. Los esponsales son, en primer lugar, una promesa verbal de matrimonio, generalmente realizada ante testigos y que no obliga a la presencia física de los contrayentes, que pueden ser sustituidos en el acto promisorio por sus padres, parientes directos o un Personero (procurador en las Cortes castellanas) o mandadero (que presta servicios de mensajero y correo, generalmente adscrito a algún señor al que debe prestaciones tributarias). De hecho la mayoría de los esponsales se realizan por conveniencia entre familias, siendo normal que los novios nunca se hubieran visto, a pesar de consentir, o fueran menores de edad e incapaces - por tanto de pronunciarse (nos estamos refiriendo siempre a las capas altas de la población, sujeto y objeto de la legislación, al fin y al cabo; el matrimonio entre miembros del - pueblo llano habría sido un acto más natural y directo).

El ritual de los esponsales es contemplado detenidamente en Las Partidas; básicamente son dos los tipos de desposorio: por palabras de presente, que obliga y es inmediato, y por palabras de futuro, promesa a largo plazo que exige, -

además del consentimiento mutuo, entrega de algún objeto -- (arras parciales o anillo de compromiso) o bien juramento sobre la cruz o los Evangelios. La entrega de la dote y las -- arras es un acto complementario que antecede inmediatamente al matrimonio. La entrega material que acompaña a la entrega dialoguística convierte a los esponsales de futuro en un compromiso dicótomos. El hecho de jurar sobre un objeto religioso se enmarca en la más pura tradición medieval: la sacralización de todos los actos civiles y profanos.

*Desposorios se fazen en dos maneras. La una de ellas - se faze por palabras, que muestra el tiempo que es por - venir. La otra por palabras que demuestra el tiempo que es presente (4).*

En una primera lectura se siente la tentación de asimlar los desposorios por palabras de presente al matrimonio. No son, sin embargo, lo mismo aunque hay casos en que tienen idéntica validez al consumado mediante la unión carnal. Es - un intento más de defender a ultranza la monogamia y la célula familiar como fundamento de la estructura social.

*Diferencia, nin departamento ninguno non ha, para ser el matrimonio valedero, entre aquel que se faze por palabras de presente, e el otro que es acabado, ayuntándose carnalmente el marido con la muger (5).*

Hay casos, por el contrario, muy específicos, en que las palabras de presente no son equivalente sino de *desposas*-*jas*. Esto sucede tanto cuando no se tiene consentimiento paterno por uno u otro lado, como cuando son dichas entre menores de edad. En el primer caso se nos muestra en toda su extensión el principio de tutela y poder paternos tanto sobre ellos como sobre ellas, resultando su voluntad decisoria, en última instancia, para el buen fin del compromiso. En último término (aunque la legislación registre la libertad de la mujer para desposar voluntariamente (6) la elección de marido

queda sujeta al *buen juyzio del padre*, que puede llegar al -  
desheredamiento y confiscación de los bienes dotales de sus  
hijas, *maguer que non la puede apremiar*, si estas no otorga-  
sen su beneplácito a los desposorios que él concertó, *porque*  
*non le agradeisce a su padre el bien quel fizo, e fázele pe--*  
*sar, non le obedesciendo* (7). Legalmente es más poderoso el  
*pesar* paterno que la voluntad decisoria filial. Es de desta-  
car que se considera como un bien (constitutivo de herencia  
como la dote y el ajuar) el acto parental de elección de mari-  
do. Cabe señalar que estos amplios poderes decisorios y eje-  
cutivos de que goza el padre, afectan por igual a los solte-  
ros que a las solteras (8). La importancia que el cumplimien-  
to de las promesas (la palabra de honor) tiene dentro de los  
parámetros medievales queda sobradamente manifiesta en Las -  
Partidas (9), que contemplan como la muerte de la joven pro-  
metida en matrimonio obliga al padre a dar cualquiera otra -  
de sus hijas antes de romper el pacto, aunque no quiera.

Otro caso que hacía equivaler las palabras de presen-  
te a desposajas, era el que fueran hechas entre menores de -  
edad. La conversión de estas desposajas en matrimonio, una -  
vez alcanzada la mayoría de edad, reviste dos formas igual-  
mente válidas: la manifiesta y la silenciosa, o política de  
los hechos consumados. La literatura y crónicas de la época  
(10) nos plasman con naturalidad el hecho de que una niña, -  
prometida desde su más tierna infancia a un varón, vaya a mo-  
rar a la residencia paterna de éste, criándose a su lado has-  
ta alcanzar la edad pertinente que le permita consolidar la  
unión acordada previamente. La crianza bajo el mismo techo -  
no implica la separación sexual, antes bien facilita y, en -  
cierta medida, consolida el matrimonio, ya que éste se hace  
efectivo en el momento en que se establezcan relaciones se-  
xuales entre los dos jóvenes comprometidos.

*Palabras dizen los omes, de presente en sus desposajas*  
*que como quier que asemejan de matrimonio no son sino --*  
*desposajas. E esto sería como si dixesse el varón: yo te*

*rescibo por mi muger si pluguiere a mi padre: e esso mesmo sería si la muger lo dixesse al varón. E por esta razón es desposaja e non casamiento, (...) non valdría el pleyto que ficiesse si el otro no lo otorga. Otrosí quando acesciesse que algunos non oviessen hedad complida para casar (...) non sería porebde casamiento, mas desposorios. Pero si estos atales durasen en esta voluntad fasta que oviessen hedad complida, non lo contradiziendo alguno dellos, non sería tan solamente desposajas, mas matrimonio: quier consintiesse manifestamente o callando. E callando se entiende que consentirían, quando morassen de so uno, o quando rescibiessen dones el uno del otro, o se acostumbrassen a ver el uno del otro en sus casas, o si yoguiesse con ella como varón con muger (11).*

¿Cuál es la edad legalmente permitida para contraer compromiso matrimonial? ¿Y la edad lícita para consumarlo?, nos preguntaríamos a continuación. Nos llama la atención la precocidad en ambos casos, especialmente en el primero, y no tanto por lo temprano (7 años indistintamente) sino por la madurez que da implícita y explícita. En el segundo caso, para consumir la unión se fijan los 14 años para el varón y -- los 12 para la mujer, aunque no tienen carácter rígido, ya que el único requisito que se exige es que ambos tengan desarrollada su capacidad sexual y sean, por tanto, capaces de reproducirse, fin último y primero del matrimonio. La edad de 7 años también es simbólica, ya que los compromisos pueden hacerse en la cuna, y aunque la legislación los invalida si no son ratificados por los prometidos al alcanzar los 7 años, podemos presumir su real efectividad.

*Desposarse pueden, también los varones como las mugeres desde ovieren siete años, porque estonce comiençan a ver entendimiento e son de edad, que les plaze las desposajas. E si ante desta edad se desposassen algunos o fiziessen el desposorio sus parientes en nome dellos, seyendo amos, o uno dellos, menor de siete años, non val--*

*dría ninguna cosa de lo que fiziessen; fueras ende, si -  
desque pasassen esta edad les pluguiesse lo que avien fe-  
cho, e lo consisntiessen (...) Más para el casamiento fa-  
zer ha menester que el varón sea de edad de catorze años  
e la muger de doze. E si ante deste tiempo se casassen -  
algunos, non sería casamiento, más desposajas; fueras en-  
de, si fuessen tan cercanos a la hedad, que fuessen ya -  
guisados para poderse ayuntar carnalmente. Ca la sabidu-  
ría, e el poder, que han para ésto fazer, cumple la men-  
gua de la hedad (12).*

Pero, evidentemente, un compromiso se puede romper. Será ésto lo que intenten los juristas erigiendo como jueces con poder conminatorio y civil en su ámbito territorial a -- los obispos, representantes de la Iglesia como persona jurí- dica con atribuciones, en última instancia, judiciales y eje- cutivas sobre los asuntos terrenales. Aparece, pues, la Igle- sia como brazo ejecutivo del poder legislativo --si es lícito hacer en esta época tal separación de poderes-- en materias -- de orden moral y defensora de unos principios inherentes a -- su doctrina, que la legislación hace suyos. Estamos ante un estado confesional en el que la Iglesia católica desempeña -- (como ha venido desempeñando intermitente a lo largo de la -- historia hasta nuestros días) un papel que no es otro que el de brazo ideológico del poder establecido. En tal papel que no es otro que el de brazo ideológico del poder establecido. En tal sentido será juez supremo y defensora a ultranza de -- la ideología dominante.

Excepto en nueve casos (13) el desposorio obliga al matrimonio. Son los siguientes:

- si alguno entra en Orden de Religión antes de la unión -- carnal. El otro, en este caso, queda libre de todo com-- promiso.
- si uno de los desaparece. El otro debe esperar tres años, trás los cuales se anulan los desposorios.
- si alguno se hace gafo, contrahecho, pierde la vista o -- un miembro, etc.

- si se descubre algún grado de parentesco entre ellos.
- si alguno de los fornicia con otro.
- si el desposorio fue por palabras de futuro.
- si raptan a la prometida. Aunque la devuelvan, el vínculo deja de existir.
- si los esponsales se realizaron entre menores de edad.

Excepto en los casos primero y sexto, la disolución del vínculo esponsalicio necesita juicio y consentimiento -- eclesiásticos.

El orden moral sexual y social exige (en virtud del abuso que el hombre hace de su fuerza en el rapto) que se -- reafirme el pacto conyugal, que se realice pacíficamente el reparto y adquisición de mujeres y, por tanto, que se exal-- ten los ritos civiles y profanos, mediante los que se conclu-- ye la operación: las formalidades de los esponsales. El *desposatio* latino es, pues, el primer acto, signo de la unión - espiritual entre los prometidos (o mejor, entre sus respecti-- vos padres). Las bodas serán el símbolo de la unión carnal, de lo material (14).

### 3. La institución matrimonial.

*Honrras señaladas dió nuestro Señor Dios al ome (...) fizo muger, que le diesse por compañera, en que fiziesse linage; e estableció el casamiento dellos en el Parayso; e puso ley ordenadamente entre ellos, que assí como eran de cuerpos departidos segund natura, que fuesen uno, -- quanto en amor, de manera, que non se pudiessen departir, guardando lealtad uno a otro; e otrossí, que de aquella amistad saliesse linage de que el mundo fuesse poblado e él loado y servido (...) es uno de los más nobles, e más honrados de los Siete Sacramentos de la Sancta Eglesia. E porende deve ser honrrado, e guardado, como aquel que es el primero, e que fue fecho, e ordenado por Dios mismo en el Parayso, que es como su casa señalada (15).*

*Acordaronse los Santos Padres, e tuvieron que era bien, de desviar el peligro mayor por el menos (...) el Apóstol Sanr Pablo estableció en la nueva ley, que los omes pueden casar más de una vez. E ésto fizo por desviar el pecado de fornizio: porque tenía que menor mal era casar, que fazer tan grand pecado (16).*

En el prólogo a la Cuarta Partida aparecen enumerados los pilares que sustentan la institución matrimonial, según la concepción cristiana que es asumida y defendida por Las Partidas: superioridad del varón y sometimiento (no esclavitud, en esto se sigue a Santo Tomás) a él de la mujer; indisolubilidad del matrimonio y reproducción de la especie como fin inherente al mismo; su constitución inicial como sacramento y, por tanto, su sujeción al poder eclesiástico.

Debido a la *condición humana* el matrimonio, sacramento repetible, cualitativamente es un mal menor. Toda la Edad Medial se halla impregnada de un sentimiento que se llega a hacer obsesivo: el mal proviene del sexo; de aquí las prohibiciones y numerosas prescripciones de la Iglesia y sus re--

presentantes al respecto. El matrimonio es una concesión que se hace al varón en razón de su impudicia e incontinencia -- (*más vale casarse que abrasarse*): el hombre debe tomar mujer para no pecar. Forzosamente fornicador, el pecado mortal que el acto sexual supone cuando se realiza sin afán procreador, se torna venial si media el matrimonio.

Siguiendo a San Jerónimo (*el hombre que ama demasiado a su mujer es adúltero*) el marido comete pecado de adulterio si ama a su mujer con excesivo calor, a la par que hace de -- ella una prostituta. Evidentemente se llega a caer en un excesivo rigorismo si se sigue la pauta marcada por la Iglesia en la materia precisa del matrimonio legítimo. En este sentido -- se pronuncian Las Partidas en la ley que excusa al hombre de pecar mortalmente (sólo en algunos casos y dependiendo de cómo y con que fin se realiza el acto sexual) cuando yace con -- su mujer legítima.

*Cuando se ayuntan con intención de fazer fijos non caen en pecado ninguno, antes fazen lo que deven como Dios manda. La otra es quando se ayuntan el uno dellos al otro -- non porque lo haya de voluntad de lo fazer, mas porque el otro lo demanda, en esta manera otrosí no han pecado ninguno. La tercera razón es, quando le venze la carne, e ha sabor de lo fazer: e tiene por mejor de se allegar a aquella con quién es casado, que de fazer fornicio en otra -- parte, e esto faze pecado venial, porque se movió a fazer lo con cobdicia más de la carne que non de fazer fijos. -- La quarta razón es quando se trabajasse el varón por su -- maldad, porque lo pueda más fazer, comiendo letuarios calientes, o faziendo otras cosas: en esta manera peca mortalmente, ca muy desaguisada cosa faze, al que usa de su muger tan locamente como fería de otra mala, trabajándose de fazer lo que la natura non le da (17).*

El matrimonio se nos muestra como un remedio creado -- para combatir el pecado de lujuria y se halla justificado por la reproducción de la especie y la continuación del linaje, --



axioma defendido por San Jerónimo: *No debe haber matrimonio -- por causa de lujuria sino por deseo de progenitura.*

De los pros que vienen del casamiento el segundo es -- linaje (*E linage es facer fijos para crescer derechamente el linage de los omes* (18)).

Así pues, la sexualidad, a pesar de la pretendida espiritualidad que debe tener la unión conyugal y de la connotación pecaminosa que tiene para los hombres del medievo, con--serva un lugar de privilegio en la escala de valores, ya que la inobservancia de los instintos naturales llevaría al hom--bre a su autoextinción como especie. El papel que la mujer -- juega, como madre, es lo que define por extensión, según los juristas alfonsinos, al matrimonio.

*Matris et munium son palabras del Latín, de que tomó -- nombre matrimonio que quier dezir tanto en romanze como -- oficio de madre. E la razón porque al casamiento llaman -- matrimonio y non patrimonio es ésta* (19).

Otro pro que venía del matrimonio era el de ser sacramento (*El sacramento es que nunca se deven partir en su vida. P. IV, T. II, L. III*). El matrimonio, como hecho sacramental, signo de lo sagrado, sobrevive a la separación en vida de los cuerpos. Es el único de los sacramentos que no fue instituido por Jesucristo, sino solamente restaurado por él. Existía en el Paraíso (Prólogo a la Cuarta Partida) y fue el primero, anterior al pecado original. Como el bautismo, purifica y lim--pia del pecado de la fornicación; como sacramento se coloca -- al lado de las cosas santas. Tiene la unión conyugal el significado simbólico de la metáfora cristiana que asigna a la -- Iglesia el papel de esposa de Cristo. Entre ambos cónyuges se establece un vínculo que no es de igualdad, similar al que -- une a Cristo y a la Iglesia, al creador con lo creado. Lo masculino predomina sobre lo femenino.

Podemos encontrar también, analogías entre el contra-

to matrimonial y el contrato vasallático. Como éste une a dos seres iguales (en principio) en naturaleza pero desiguales en poder. Se manifiesta esta diferencia en el servicio (previas compensaciones) que el vasallo ha de prestar a su señor, que la mujer ha de prestar a su marido. En el Medievo todo está - jerarquizado, el matrimonio no será una excepción. Por él se establece la jerarquía primitiva, la relación primaria: la dominación de la carne por el espíritu, la *ratio* dominando al *sensus* (20). Eva, la mujer, representará la parte débil de la naturaleza humana, irracional, sensitiva, que debe ser doblegada por la razón. Al hombre, el elemento *fuerte* de la naturaleza, corresponde ser el artífice de este sometimiento que la mujer ha de aceptar con resignación. Pedro y Pablo repiten a las mujeres: *Sed sumisas* (21). Y San Pablo: *Las mujeres están sometidas a su marido como al Señor. El marido es el jefe de su mujer como Cristo es el jefe de la Iglesia. El marido debe amar a su mujer como Cristo amó a la Iglesia.* Y las leyes terrenales, siguiendo el modelo divino de la cristiandad, establecen que el marido y la mujer deben quedar unidos hasta la muerte como Cristo y la Iglesia.

*Matrimonio es ayuntamiento de marido e de muger, fecho con tal entención de bevir siempre en uno, e de non se de partir, guardando lealtad cada uno de ellos al otro* (22).

*E la primera pro que viene del casamiento es fe. E fe -- es lealtad que deven guardarse el uno al otro hasta la -- muerte* (23).

*Non se puede desatar* (24).

Lo que realmente determina la existencia del matrimo--nio es la unión de las familias, de los clanes más que de las personas (recordemos que no había impedimento para sustituir a la desposada, si se moría, por una de sus hermanas). El matrimonio ofrece dos caras, una vuelta hacia la moral sexual y otra hacia la moral social. En esta última radica la importanta

cia del pacto conyugal, que vincula más a familias que a indi  
viduos. Hablar del matrimonio es hablar del fundamento de to-  
da formación social, pero hablar de sociedad feudal nos lleva  
irremisiblemente a hablar del matrimonio, base de las relacione  
s de parentesco y pieza clave de la estructura social (25).

#### 4. Embargos del matrimonio. El adulterio.

*Acordarónse los Santos Padres, e tuvieron que era bien, de desviar el peligro mayor por el menor: assí como fizo Moysen en la vieja ley, que consintió (como quier quel pe só) que fuesse dada a la muger carta de quitación, quando la quisiessen departir de su marido, a que llaman en Latín, llibellum repudii: e esto fizo por desviar el omocidio. Ca tuvo, que menor peligro era departirse de su marido que de matarla (26).*

La cesación del matrimonio, aparte del caso de muerte de uno de los cónyuges, puede tener lugar, de hecho hasta el siglo XII, por el repudio de la mujer hecho unilateralmente -- por el marido. En ningún caso puede la mujer repudiar. Esto, posiblemente, explica la enorme diferencia en algunas partes de la pena del marido que abandona a su mujer (una Monedilla) y la de la mujer que abandona al marido (300 sueldos, pena -- igual a la del homicidio) (27). Al triunfar el principio de -- indisolubilidad del matrimonio, que la Iglesia había afirmado desde el primer momento, desaparece esta inferioridad de la -- mujer casada. En Las Partidas esta presunta igualdad jurídico -- legal aparece, con carácter novedoso y rectificativo de le -- yes anteriores, referida al adulterio. (En subrayado discontinuo)

*Adulterio es yerro que ome face a sabiendas, yaciendo -- con muger casada o desposada con otro. Tomo este nombre -- del latín alterius et thorus que quier dezir como ome que va, o fue al lecho de otro; por quanto la mujer es conta -- da por lecho del marido con quien es ayuntada, e non el -- della. E porende dixeron los Sabios Antiguos que maguer -- el ome casado yoguiesse con otra muger que oviesse marido, que non lo puede acusar su muger ante el juez seglar por esta razón. como quier que cada uno del pueblo (a quien -- non es defendido por las leyes deste nuestro libro) lo -- puede facer. E esto tuvieron por derecho por muchas razo --*

nes. La primera porque del adulterio que faze el varón -- con otra muger non nace daño, nin deshonrra, a la suya. -- La otra, porque del adulterio que faze su muger con otro, finca el marido deshonrrado, recibiendo la muger a otro -- en su lecho; e demás, porque del adulterio della puede ve  
nir al marido gran daño. Ca si se empreñase de aquel con quien fizo el adulterio vernía el fijo extraño heredero -- en uno con los sus fijos, lo que non avernía a la muger -- del adulterio que el marido fiziesse con otra: e porende, pues que los daños e las deshonrras, no son yguales, guisada cosa es, que el marido haya esta mejoría, e pueda -- acusar a su muger del adulterio, si lo ficiere, e ella -- non a él; e esto fue establesido por las leyes antiguas, como quier que segund el juyzio de Santa Iglesia non se--  
ría así (28).

El adulterio, a diferencia de textos legislativos anteriores (29) es en Las Partidas condenable en ambos cónyuges. La Iglesia contribuyó, en este sentido, al equiparamiento legal de los sexos con su doctrina igualitaria. La mayoría de -- las leyes particulares sobre el adulterio, sin embargo, van -- referidas genericamente a la mujer, y sólo se incluye al va--  
rón en las referidas a cuestiones jurídicas formales: *De las otras defensiones que puede poner ante si el varón o la muger, que fuessen acusados de adulterio, contra los que los acussan* (30); *Como deve yr el Judgador adelante en el pleyto de la acu--*  
*sación de adulterio, después que fuere començado*(31); *Que pe--*  
*na meresce el ome, o la muger, que faze adulterio, e como se pueden perder la dote e las arras, e como se pueden cobrar --*  
*(32); Ante quién deve ser fecha la acusación de adulterio e en que manera* (33).

Los redactores de Las Partidas se encontraron siempre ante dos orientaciones distintas que era necesario armonizar. Tarea nada fácil, como lo demuestra el hecho de que este in--  
tento haya provocado siempre dudas y vacilaciones en las -- obras de los canonistas, inspiradoras, al fin y al cabo, de --

gran compilación legislativa alfonsina. El derecho consuetudinario, heredero en parte del visigodo, y el derecho romano-cánonico, dividido por las diferentes posturas interpretativas de las cabezas visibles de la Iglesia, primarán alternativamente en Las Partidas y clara muestra de ello es la legislación sobre el adulterio. Al lado de las leyes citadas, inequívocamente progresistas e igualitarias, aparecen otras que mantienen la distinción entre los sexos y prolongan la discriminación: *Quién puede acusar a la muger de adulterio teniéndola el marido en su casa* (34) ; *Cómo puede ser acusada la muger de adulterio, después que fuere partida de su marido por juyzio de Santa Yglesia* (35); leyes en las que de nuevo la mujer deshonrada es sujeto de afrenta colectiva, rebasando, tanto - la denuncia como la venganza, el círculo familiar.

Las Partidas hacen perdurar, por otro lado, las normas que imponían la muerte de los adúlteros: *Como el padre -- que fallase algund ome yaziendo con su fija, que fuesse casada, los deve matar a ambos o non a ninguno* (36). La muerte de uno sólo es considerada homicidio, la de los dos simple venganza de la ofensa; esta premisa, norma en las fuentes jurídicas medievales y precedente de las situaciones literarias de honra de los siglos XVI y XVII (37), es recogida en Las Partidas como sentencia de *los Sabios Antiguos* y remodelada en su contenido esencial: se considera homicidio en ambos casos. Se añade algo nuevo, además: el castigo del homicida. La pena, - cuya variación va de la *condena para siempre a las labores -- del Rey* al destierro -por un máximo de cinco años-, varía según la condición jurídica del ofendido (*ome vil, yqual, o de más honrra*) respecto del adúltero muerto. La pertenencia del homicida a un rango o estamento superior, reduce la pena al - mínimo, o la anula; si es a la inversa, es decir, el homicida de inferior condición, la pena llega a trabajos forzados.

La condición jurídica del ofensor y el ofendido, prima sobre la consideración penal del acto, ya que Las Partidas contemplan bajo el título *Como un ome puede matar a otro que*

*fallase yaziendo con su muger, cómo el marido puede matar impunemente al causante de su deshonra (38) excepto si éste -- fuesse su señor, o ome que lo oviesse fecho libre, o si fuesse home honrrado, o de grand lugar; en estos casos lo debe -- llevar ante el Judgador del logar y éste deve dar pena de -- adulterio. Al contrario que el padre, que podía tomar la justicia por su mano, el marido está incapacitado legalmente en Las Partidas para matar a su mujer más deve fazer afuerta de ome buenos e meterla en mano del Judgador, que faga della la justicia que la ley manda.*

Para Hinijosa (39) el sistema de penas de derecho público, sustituye a la venganza de la sangre desde mediados -- del siglo XII y principalmente del XIII en León y Castilla, -- como consecuencia del desenvolvimiento del poder público y resultado del esfuerzo de los reyes. El poder público se esforzó en sustituir la venganza de la sangre por el Derecho Penal del Estado. La imposición oficial de penas corporales (para -- el adúltero la muerte; la mujer, en cambio, *deve ser castigada e ferida públicamente con açotes, e puesta, e encerrada en algún monasterio de Dueñas* (40), además de materiales; *e demás de esto deve parder la dote e las arras que le fueron dadas* (41) en correspondencia con la gravedad del delito, tenía por objeto apagar la sed de venganza de la parte ofendida y -- facilitar la sustitución del derecho de tomarse la justicia -- por su mano, en este respecto, por la jurisdicción del Estado.

Haremos a continuación, siguiendo a Gacto Fernández -- (42) una relación breve de las distintas penas y sanciones -- que los ordenamientos jurídicos medievales imponen a las adúlteras, en comparación con Las Partidas. Al contrario del -- incesto, por ejemplo, las adúlteras si han resultado expresa y reiteradamente condenadas por gran número de fuentes jurídicas incluidas aquellas que por su brevedad no acogen entre -- sus preceptos más que las normas mínimas imprescindibles para mantener la convivencia; es posible que a ello contribuyera -- no tanto el deseo de defender al matrimonio en cuanto sacra--

mento, intención que si aparece claramente formulada en normativas tardías como Las Partidas, como la necesidad de prohi--bir con penas graves aquellas situaciones que, con facilidad, podían promover alteraciones o desencadenar violencias. No sería, pues, una razón de moralidad, sino pura y simple utili--dad, de mantenimiento del orden social externo. Las penas con que se castigó este delito alcanzaron desigual intensidad según las zonas y el momento histórico, pero como nota común -- destaca el diferente tratamiento y rigor que recibe en fun--ción del sexo: el adulterio del marido recibe tratamiento más benévolo ya que su conducta no provocaba problemas relaciona--dos con la *conmixtio sanguinis* (43).

En la región catalana, los Usatges (44) establecen la multa que debe satisfacer la mujer del payés que comete adulterio; la costumbre de otorgar al marido una compensación económica a cargo del patrimonio de la esposa infiel se contem--pla ya en la normativa del siglo X. En Aragón (45) el castigo de la adúltera consiste en la pérdida de las arras; un precepto distinto (46) contempla el caso de que fuera sorprendida -- in fraganti, y entonces únicamente se mencionan los azotes o la multa de sesenta sueldos y pérdida de los vestidos. Esta -- última sanción la veremos repetida en muchos lugares, simbólicamente infamante y relacionada con la exposición pública de los delincuentes desnudos. En Jaca (47) la sanción con que se castiga a las adúlteras es también la pérdida de la dote.

Con un castigo mucho más riguroso, aplicando la pena capital, se combatió en otras partes el adulterio de la esposa. Es el caso del Fuero de Llanes (48); de Miranda de Ebro -- (49) o de Coria (50). En Plasencia (51) se faculta al marido para que mate a ambos o sólo a uno, pero asume la responsabi--lidad ordinaria del homicida si hace justicia en un momento -- posterior. En Usagre (52) y Cuenca (53) bajo la misma condi--ción de sorprenderlos in fraganti puede darles muerte, pero -- incurre en sanción si mata sólo al cómplice. En Estella (54) el marido puede matar al culpable si lo sorprende de noche --



con su mujer; cuando ésta fuera hallada por un extraño cometiéndolo el delito de día, deben ser entregados al señor o al merino. El Fuero de Ayala (55) establece también la pena de muerte para los adúlteros, además de una pena pecuniaria para el cómplice de la mujer, que debe satisfacer al señor.

Tanto el Fuero Real como el Ordenamiento de Alcalá dejaron al arbitrio del esposo ultrajado la pena con que se quisiera castigar la infidelidad; en el primer código (56) cuando el marido no ejercitaba esta facultad los delincuentes quedaban sometidos a él. La ley de Alcalá (57) le permitía acusar al marido, ante el juez a uno o a los dos culpables, y en el caso de probarse el hecho, áquel entregaba el reo con sus bienes al marido ofendido. Las Leyes de Toro (58) no castigan la muerte de los adúlteros cuando se haga *justamente y los tome in flagranti delicto*.

En Las Partidas, un sistema procesal-penal minuciosamente regulado sanciona el adulterio de la mujer casada, con una serie de disposiciones que resultan más severas para el cómplice que para ella misma, como hemos visto en este trabajo. Cuando sospecha el engaño y no puede probarlo, ha de prevenir solemnemente al presunto culpable, conminándole a no dirigirla más la palabra a su esposa; si hace caso omiso de la advertencia, puede acusarle ante los tribunales e incluso darle muerte.

*Pero cosas y ha señaladas, en que el pleyto criminal se prueva por sospechas, maguer non se averigue por otras -- pruevas. E esto sería cuando alguno que oviesse sospecha de otro, que le faze, o quiere fazer tuerto de su muger, e lo afrontare tres veces, por escritura que sea fecha -- por mano de Escrivano público, e ante testigos, diziéndole, que se quite del pleyto della, e castigando aún a su muger, que se guarde de fablar con tal ome. Ca si después desso lo fallasse con ella en su casa, o en la de la muger, o en la del otro, que quiere fazerle deshonorra;*

*o en huerto, o en casa apartada fuera de la Villa, o de --  
los arravales; puédelo matar sin pena ninguna (...) si --  
los fallasse hablando apartadamente en la Iglesia (...) --  
puede el marido prenderlos a amos a dos e darlos al Mayo-  
ral de la Iglesia o a los Clérigos (...) fasta que venga  
el Judgador (...) e el Judgador puede, e develes dar pena  
de adulterio; maguer otra prueva, o otro averiguamiento --  
non diesse contra ellos (59).*

El procedimiento se reitera en la Séptima Partida --  
(60).

El castigo para el delito probado era riguroso: la --  
muerte para el cómplice y penas corporales, económicas y de --  
privación de la libertad para la mujer, como ya hemos visto --  
(61). Esta pena se agrava si el adulterio lo realiza con un --  
siervo; esto justifica plenamente lo que decíamos respecto a --  
que el mayor mal que suponía el adulterio, y que justificaba --  
su rigurosa penalización, no era el delito moral en sí sino --  
la mezcla de las sangres y el problema jurídico-legal de la --  
filiación ilegítima.

*Pero si la muger casada fuesse provado que fiziesse --  
adulterio con su siervo, non deve aver la pena sobredicha,  
más deven ser quemados ambos a dos porende (62).*

Pero no sólo el adulterio deshace el matrimonio. Son --  
varios los casos (entre ellos el *equivoco*, que tanto juego da --  
rá a la literatura de los siglos posteriores) que invalidan --  
automáticamente el matrimonio, una vez realizado, o que impi- --  
den su celebración, indistintamente. Las Partidas, a priori, --  
contemplan catorce:

- El equivoco o engaño producido por sustitución de las per-  
sonas (*cuydando el varón que le dan una muger e danle --  
otra en lugar de aquella. Esso mesmo sería si la muger --  
cuydasse casar con un ome e casasse con otro*). No debe --  
confundirse con el *error de calidad* (*como si dixesse que-*

*ra fijo y era pobre ... dicesse que era virgen maguer non lo fuesse*) que no anula los esponsales en ningún momento ya que *tal yerro como este no es de la persona* (63).

- El matrimonio de libres con siervos, que se anula siempre que media el desconocimiento por parte de los primeros de la condición de los segundos (64).
- Los votos solemnes que alguno de los cónyuges hubiese hecho para entrar en una orden religiosa enteriamente a la realización de los esponsales (65).
- Parentesco o *cuñadía* hasta cuarto grado (66).
- El parentesco espiritual entre los compadres o entre padrinos y ahijados (67).
- La adopción o *porfijamiento* (68).
- El incesto (69).
- El homicidio *sín razón* de la primera mujer invalida las segundas nupcias (70).
- El rapto de la novia (71).
- El secuestro de los hijos con intención de acusar de negligencia a la mujer legítima y poder anular el matrimonio con vistas a uno posterior (72).
- La unión con judíos, moros o herejes. La ley ilegítima -- los esponsales entre cristianos y personas que profesen -- cualquier otra religión (73).
- El uso de la fuerza (74).
- La utilización del miedo o las amenazas (75).
- La imposibilidad física de procrear y reproducirse en -- cualquiera de ambos cónyuges. Las Partidas contemplan como específicos los siguientes casos al respecto: Frigidez masculina e impotencia del varón (76); *estrechez de natura* o *natura cerrada* en las mujeres (77); castración producida antes del matrimonio, si la pérdida del miembro se -- produce una vez consumado el matrimonio, éste no se anula (78); hechizos o maleficios producidos antes o después -- del matrimonio que impidan su consumación carnal (79), en este caso se debe dar un palzo de tres años trás los cuales, si se prueba ante testigos la impotencia, el matrimonio se departe.

## 5. La condición jurídica de la mujer casada.

*E aún ha otra fuerça el casamiento (...) que maguer la muger fuesse de vil linage, si casare con rey dévenla llamar reina, si con conde, condessa; e aún después de muerto su marido, la llaman así si non casare con otro de menor guisa. Ca las honrras e las dignidades de los maridos han las mugeres por razón dellos (80).*

La mujer casada, en Las Partidas, se halla excluída - del poder político y del poder económico. Por una parte se le niega el acceso a cargos públicos y por la otra sólo excepcionalmente los bienes que constituyen la base económica de las familias residen en manos femeninas, lo que priva a la mujer del poder social y del poder de decisión que a causa de los mismos se ejerce.

Su situación personal en la familia no es de equiparación al marido. La ética cristiana hacía de éste *caput mulieris et dominus in domo* (81), único responsable de la satisfacción de las necesidades del grupo familiar y administrador, - para ello, con amplios poderes, de la mayor parte de los bienes de la mujer, es decir, la dote de ésta. El marido, a cambio, comunica a la mujer su condición social y honores y le impone su domicilio también a efectos procesales.

La realidad legal nos muestra a la mujer casada incapacitada para actuar en primera persona. Las disposiciones legales que se dan sobre la mujer tienden a proteger a la familia en dos aspectos: el honor y el patrimonio. El honor será privativo del varón y será él quien lo transmita a la mujer. En cuanto al aspecto económico, la familia se constituye en una unidad a efectos fiscales, siendo el cabeza de familia el administrador del patrimonio familiar. Prevalece, aunque obscurecido por las disposiciones que pretenden evitar fraudes, el privilegio femenino de independencia económica: no sólo -- los parafernales permanecen en poder de la mujer sino que a --

su muerte los bienes aportados como dote al matrimonio revierten a su familia de origen y no al cónyuge que queda vivo, -- salvo voluntad expresa (82).

En el mundo romano existía un riguroso sistema pa--  
triarcal conforme al cual la familia del marido es la que prevalece y la mujer al casarse se integra en ella, abandonando la suya. Al introducirse el Derecho Romano en España se en--  
cuentran ya desvirtuadas estas fórmulas y perderán su carác--  
ter primigenio con la ayuda de la tradición y la influencia --  
de la legislación germánica. Así pues, lejos de integrarse la  
mujer en el círculo familiar del marido, el matrimonio supon--  
drá la constitución de un nuevo grupo familiar, autónomo, en  
el que si bien continuará prevaleciendo la autoridad del marido,  
la mujer mantendrá una cierta independencia y continuará  
teniendo relaciones con la familia paterna suya. La unión su--  
pondrá así un consorcio entre el hombre y la mujer.

Hemos visto como en virtud del matrimonio la mujer se  
hace partícipe de la condición del marido. Esto se observa --  
desde los tiempos romanos, en que la mujer obtiene la ciudadanía  
a la vez que su marido; en los medievales, cuando la mu--  
jer infanzona que se casa con hidalgo renuncia a la hidalguía  
(83) y de modo constante hasta nuestros días. También los tí--  
tulos y honores del marido, al igual que la carta de vecindad  
son compartidos por la mujer.

El marido, como *caput* o cabeza de familia, actúa re--  
presentando siempre a ésta. En este sentido, lo hecho por la  
mujer o los hijos que viven en la casa, se le imputa a él y --  
responde por ello. Por el contrario, la mujer no responde de  
los actos del marido (*por yerro quel padre fiziere non pueden  
rescebir pena nin escarmiento los fijos, nin los otros parientes,  
nin la muger por el marido* (84).

El marido, en Las Partidas, ve desaparecer el poder --  
de corrección que poseía sobre la mujer, teóricamente muy am--

plio en fueros y normativas jurídicas altomedievales, como es el eximente de pena al marido en caso de que al castigar a la mujer le produjera la muerte.

Debe observarse, para valorar el significado real de esta descripción incompleta de la condición jurídica de la mujer casada en Las Partidas, que las circunstancias y normativas que la posponen o limitan no tienen relación con su estado de casada, sino que derivan de su propia condición de persona del sexo femenino.

## 6. Régimen económico del matrimonio.

Los bienes que conforman cualquier sistema económico matrimonial se pueden encuadrar dentro de alguno de los siguientes grupos:

- Bienes privativos de cada uno de ellos, llamados parafernales, heredados o adquiridos antes o después de la celebración del matrimonio.
- Bienes aportados por cada uno de los cónyuges, o por -- otras personas en su nombre, en razón del matrimonio, y -- que pueden ser:
  - Donaciones del marido a la mujer (propter nuptias o -- arras)
  - Donaciones de la mujer al marido (dote)
- Bienes tenidos en común, o ganancias de consuno, que funcionan mediante el régimen de gananciales, y que al disolverse el matrimonio se dividen entre el cónyuge supérstite y los herederos del fallecido.

Los regímenes económicos (85) bajo los cuales pueden organizarse los bienes del matrimonio son los siguientes:

- Régimen de *gananciales* (86)
- Régimen de *unidad* (87)
- Régimen de *mitad* (88)
- Régimen de *separación* (89).

La familia es una unidad económica. La posición de la mujer casada en cuanto a los bienes difiere según su naturaleza y territorio. En este sentido, y conjugando las dos premisas anteriores, Las Partidas establecen que los conciertos hechos por el marido y la mujer, antes o después del matrimonio, respecto a los bienes, conforme a la ley o costumbre del lugar en que se los otorgaron mutuamente, se tuvieran por válidos aunque trasladasen después su domicilio o falleciesen en sitios en los que rigieran normas diferentes. Con esta actitud ambigua ante el régimen económico del matrimonio, Las Partidas reconocen la existencia de normativas de ámbito local -

que operan con valor de derecho por encima de la pretendida --  
unidad y universalidad del código alfonsino.

*Contece que ponen pleyto entre sí, que quando muriere --  
el uno, que herede el otro la donación o el arra que da --  
el uno al otro por razón de casamiento, o por fazer su --  
conveniencia en que manera hayan lo que ganaren de consu--  
no. E después que son casados acesce que van a morar a --  
otra tierra en que usan costumbre contraria a aquel pley--  
to (...). E dezimos que vale e non deve ser embargado por  
la costumbre contraria de la tierra do fueron a morar --  
(...) ca la costumbre de la tierra do fizieron el casa--  
miento deve valer, quanto en las dotes, e en las arras, e  
en las ganacias, e non la de aquel lugar do se cambiaron  
(90).*

La forma normal de disolución de la comunidad heredi--  
taria es la partición de la herencia indivisa. La división de  
bienes tiene por objeto atribuir a cada coheredero una parte  
concreta y determinada de los bienes en herencia. Las Parti--  
das definen la partición como *departimiento que fazen los --  
omes entre sí, de las cosas que han comunalmente por herencia,  
o por otra razón* (91). Puede ocurrir que la partición no sea  
necesaria, bien porque todos los bienes hayan sido invertidos  
en el pago de deudas, bien porque se hayan reunido en un sólo  
sujeto todos los derechos sobre la herencia.

Disuelto el matrimonio por la muerte de uno de los --  
cónyuges, el sobreviviente viene obligado a partir los bienes  
adquiridos durante el matrimonio con los herederos, hijos o --  
parientes, del premuerto o bien a restituir los bienes que és  
te aportó para ayudar a llevar las cargas matrimoniales. El --  
estudio de la partición ha de hacerse en relación con el ré--  
gimen económico bajo el cual se constituye el matrimonio (92).  
En el derecho medieval el régimen económico más desarrollado  
es la comunidad de bienes entre marido y mujer y la división  
de los mismos se lleva a cabo por partes iguales entre el cón



yuge sobreviviente y los herederos del finado. En Las Partidas, a pesar de que el régimen económico matrimonial se basa en la dote y en la donación propter nuptias y de que disuelto el matrimonio cada cónyuge aparta para sí o para sus herederos lo suyo libre de todo gravamen, se admite la posibilidad de que a través del pacto o acuerdo los cónyuges establezcan la partición de los bienes adquiridos durante el matrimonio - (93).

Para precisar la partición entre el cónyuge superviviente y los herederos del muerto conviene tener en cuenta que -- ciertos bienes muebles, normalmente objetos de uso personal, se excluyen de la partición en beneficio del cónyuge sobreviviente para su *mejora* (sic). En el derecho castellano-leonés el varón recibe antes de la partición el caballo, las armas, los vestidos y el lecho matrimonial; la mujer los vestidos, -- el lecho, las joyas y una bestia. En Las Partidas, concretamente, se dispone que la mujer entregue a los herederos del -- marido los vestidos que de éste hubiera recibido (94).

La comunidad de bienes puede cesar bien por el acuerdo de los coherederos o bien por obra de la autoridad judicial. Cuando el acuerdo entre los coherederos para dividir -- los bienes no prospera, cualquiera de ellos está facultado para solicitar del Juez que se realice la partición. Tanto en -- Las Partidas como en el derecho catalán, ningún coheredero -- puede ser obligado a permanecer en la situación de comunidad, puesto que *cada uno de los herederos que ha de heredar los -- bienes del finado, puede demandar a los otros que los partan entre sí* (95).

El derecho medieval considera bienes indivisibles los siervos, las bestias, el horno, el molino, el lagar, los árboles y los castillos. En general reciben ese tratamiento aquellos bienes que no se pueden partir sin menoscabar su valor o naturaleza (*alguna cosa de consuno que non se pueda partir -- sin daño*). Dos regulaciones aparecen en el derecho medieval -- en relación con esta clase de bienes cuyo disfrute correspon-

de en común a todos los herederos. Una, más antigua, deja vi-  
gente la comunidad sobre estos bienes y establece un sistema  
de rentas para su aprovechamiento. Otra, más moderna, e indi-  
vidualista, propia de las fuentes que ya han recibido el Dere-  
cho Romano-canónico, tiende a la disolución de la comunidad -  
(96). Las Partidas, concordantes con el segundo caso, facul-  
tan al juez para adjudicar a uno de los coherederos aquellas  
cosas cuya partición significaría una pérdida de su valor, ha-  
ciendo desaparecer así el arrendamiento de las mismas (97).

Prueba de la existencia de una comunidad de bienes es  
el hecho de que la sustracción o malversación de una parte de  
los mismos por la mujer o los hijos o nietos, no es considera-  
do hurto, ni denunciante al juez como tal. El castigo a estos  
delitos que no rebasan el ámbito familiar queda al albedrío -  
del *maior potestas*, es decir, padre, abuelo o marido (98).

Los bienes que la mujer aporta al matrimonio en cali-  
dad de dote, pueden ser vendidos por el marido, pero esto no  
implica que el usufructo de los mismos sea ilimitado: si la -  
venta se produce sin consentimiento de la mujer (carta de ven-  
ta y renuncia ante escribano público y testigos), ésta puede  
demandarlos al comprador, que pierde todos los derechos adqui-  
ridos sobre ellos. Las Partidas regulan la terminología, for-  
mato y características de la llamada *Carta de consentimiento*  
(99).

Encontramos, por último, legislada la forma en que la  
mujer puede efectuar donaciones o limosnas: de lo suyo, sin  
consentimiento del marido; de lo del marido, si no produce --  
mengua en ello, con o sin su aceptación. El texto reitera la  
subordinación de la mujer al marido en el matrimonio, y las -  
distintas modalidades de posesión que tienen los mismos sobre  
los bienes que componen la comunidad.

*Casada seyendo la muger, non deve fazer limosna sin vo-  
luntad de su marido, nin puede prometer romería, nin ayu-*

no, nin castidad con él, contra su voluntad; e maguer el marido gelo otorgasse de cominço, si después le mandasse que lo non ficiesse, byen puede yr la muger contra lo que prometió; e esto es, porque el marido es como señor e cabeça de la muger: pero si ella oviere algunas cosas suyas apartadamente como cabdal, que non sean en poder del marido, ni lo aliñe él, bien puede del dar por Dios, sin su mandado. Otrosí aquello que es en poder del marido, assí como pan e vino e las otras cosas que han los omes en sus casas para sus despensas, de aquellas que ha la muger en guarda, segund la costumbre de la tierra, bien puede la muger fazer dellas merced mesuradamente a los pobres, segund oviere la riqueza non menguando en lo que han de cumplir (100).

7. La relación materno-filial. El problema de la filiación --  
ilegítima.

*Matris, et munium son palabras de latín, de que tomó no me matrimonio, que quier tanto dezir en romanze como oficio de madre. E la razón porque al Casamiento llaman matrimonio y no patrimonio es ésta. Porque la madre sufre -- mayores trabajos con los fijos que el padre. Ca como -- quier quel padre los engendra, la madre sufre muy grand -- embargo con ellos, de mientras que los trae; e sufre muy grandes dolores quando han de nascer; e después que son -- nascidos, ha muy grand trabajo en criar a ellos mismos -- por sí. E demás desto, porque los fijos mientras son pequeños, mayor menester han de la ayuda de la madre que -- del padre (101).*

La legislación alfonsina, al ocuparse de la mujer como madre, se refiere únicamente al problema de la legitimidad o ilegitimidad de los hijos, en cuanto futuros receptores del consorcio familiar hereditario. La Cuarta Partida en un precepto (102) estipula la duración del embarazo *segund ley e segund natura* lo hace, más que con fines científicos, con fines legitimadores: Hasta diez meses después de la muerte de su marido, los hijos que la mujer traiga al mundo son legítimos, -- *sólo que ella biviessse con su marido a la sazón que finó*. Si el niño nace un día del onceavo mes después de la muerte del padre, no será contado como hijo.

Durante el período de embarazo post-mortem del cónyuge, las medidas que los herederos del finado han de tomar con la mujer son excepcionales, y extremas en el caso de que éste muera ab intestato, ya que *quando algund ome muere sin testamento, e dera su muger que es preñada, non deven los parientes del finado tomar la herencia fasta que sean ciertos si es assí, o non (...)* ante deven esperar, fasta que la muger encaesca. E estonce, si el fijo o la fija nasciere bivo, el -- *avrà la heredad, e los bienes del padre* (103).

Los parientes *más propincos* del difunto, es decir, -- los herederos en caso de que no haya descendencia, deben cuidar de la veracidad del embarazo, *porque en los grandes heredamientos que fincan después de la muerte de los omes ricos, podría acaescer, que se trabajarían las mugeres de fazer engaño en los partos, mostrando fijos agenos, diziendo que eran suyos.* Con el fin de que el non nato sea considerado legítimo heredero de los bienes de su padre, los parientes de éste están capacitados, en la defensa de sus intereses, para recluir a la embarazada en casa de *alguna buena dueña, e honesta, en que more fasta que para.* Se pueden o se deben tomar, además -- las siguientes medidas: Debe la mujer notificar su embarazo a los parientes susodichos dos veces por mes y avisar treinta -- días antes del parto, además de ser examinada por cinco *buenas mugeres que le caten el vientre.* La casa *do oviere a parir,* no puede tener más que una entrada, con guardianes (un -- total de hasta diez vigilantes entre hombres y mujeres libres y siervos) que examinen a todo el que salga o entre; las *luces* (tres lámparas por lo menos) permanentemente encendidas, y la mujer vigilada y acompañada por otras en cada uno de los movimientos, según se acerca el día del parto. La razón que -- se esgrime por la que *deven catar aquellas que la guardan toda la casa, do quier que entrare, o el logar do se quisiere bañar* no es otra que el temor a que *sea dentro otra muger que fuere preñada, o algund niño escondido, o otra cosa alguna, -- en que pudiessen rescebir engaño* (104).

La mujer embarazada es protegida por la ley en razón de su descendencia. Por un lado no puede ser atormentada ni -- ajusticiada *fasta que sea parida,* aunque haya recibido la pena capital como condena por algún delito, ya que *si el fijo, -- que es nascido, non deve rescebir pena por el yerro del padre, mucho menos la meresce el que está en el vientre, por el yerro de su madre* (105).

Con el mismo afán protector, la mujer *preñada que come o beve yervas a sabiendas o otra cosa qualquier, con que --*

*echasse de sí la criatura, o se fiziesse con puños en el vientre, o con otra cosa, con intención de perder la criatur, e -- se perdiessse porende si era ya biva en el vientre, quando -- ella esto fiziere, deve morir por ello.* El mismo castigo reciben tanto el que la obligue a abortar no queriendo ella, como el marido que hiere a su mujer, sabiendo que está embarazada, y haciéndole perder la criatura (106).

La pena de muerte por homicidio, tanto para los casos citados como para cualquier otro parricidio o delito de sangre, es la misma: *que sea açoitado publicamente ante todos; e de si lo metan en un saco de cuero e que encierren con él un can, e un gallo, e una culebra, e un ximio; e después que fuera en el saco con estas cuatro bestias, cosan la boca del saco e lancenlos en la mar o en el río que fuera más cerca de -- aquel lugar de acaesciere* (107).

Durante el matrimonio la autoridad de la mujer queda anulada por la del marido, de tal modo que carece de ella sobre los hijos. La patria potestad la ejerce el padre, y al -- cargo de la madre corren exclusivamente los gastos y cuidados de la lactancia y crianza hasta los tres años. A partir de esta edad los hijos pasan a la *guarda* del padre. Si el matrimonio se separa *por alguna razón derecha*, aquel por cuya culpa -- se partió, es *tenudo de dar lo suyo, de que crien los fijos, si fuere rico, quier sean mayores de tres años, o menores; e el otro que no fue en culpa, los deve criar, e aver en guarda.* Si es la madre la que accede a la tutela, unas postreras nupcias anularían los derechos adquiridos sobre los hijos, cosa que no sucede si es el padre el que se erige como tutor tras la separación (108).

Si el cónyuge sobre el que recaen las funciones de -- mantenimiento, es pobre, queda excusado de ellas y le corresponden al otro junto con las de tutela física. Si ambos son -- insolventes, los hijos quedarán al cargo de los abuelos o familiares pudientes, por la línea materna o paterna indistinta<sub>mente</sub> (109).

A la muerte del padre, la mujer ejerce la patria potestad sobre los hijos, bajo unas condiciones expresas, cuyo incumplimiento supone el nombramiento de un tutor que la releve de sus funciones. Por ejemplo, *non puede aver sus fijos en guarda, si se casare después de la muerte del padre dellos, y aún más, si el Juez fallare, que alguna cosa deve dar la madre a los moços, por razón de sus bienes que tovo en guarda, fincan porende obligados también los bienes della, como los de aquel que casó con ella* (110).

Por lo general la mujer *no puede ser dada por guardador de huérfanos e de sus bienes*, salvo que sea madre o abuela, que entonces *tal muger, si prometiére en mano del Rey o del Juez del lugar do son los huérfanos, que demientra que -- los moços toviere en guarda non casara; e otrosí, si renunciara la defensión que el derecho otorga a las mugeres, que non se pueden obligar por otri*, bien puede ser guardadora de sus hijos o nietos (111).

La madre puede, si testa, establecer tutor en el testamento a los hijos que deja como herederos (112).

Pero los verdaderos problemas se suscitan con la filiación ilegítima, producida por uniones sexuales ilegítimas (adulterio, uniones sexuales entre religiosos o con religiosas, y uniones sexuales entre consanguíneos y afines (113). Las Partidas clasifican a los ilegítimos en *naturales* (hijos tenidos con barraganas), *fornezinos* (los hijos de las prostitutas), e *incestuosi* (los habidos con parientes hasta el cuarto grado, con cuñadas o afines, o con mujeres religiosas). Las obligaciones paternas de crianza, tutela, etc., para con estos *atales que no son dignos de ser llamados fijos porque son engendrados en grand pecado* (114), difieren sustancialmente de las obligadas a los legítimos.

*Engendran los omes fijos en sus mugeres, legítimos, e a las vegadas, en otras, que lo non son. E en criar estos --*

*fijos ha departamento. Ca los fijos que nascen de las mugeres, que han los omes de bendición, también los parientes que suben por la liña derecha del padre como de la madre, son tenudos de los criar. Esso mismo es, de los que nascen de las mugeres, que tienen los omes por amigas manifestamente en lugar de mugeres; non aviendo entre -- ellos embargo de parentesco, o de Orden de Religión, o -- de casamiento. Más los que nascen de las otras mugeres, -- assí como de adulterio o de incesto, o de otro fornicio, los parientes quw suben por la liña derecha de partes del padre, no son tenudos de lso criar, si non quisieren; fueras ende si lo fizieren por su mesura, moviéndose naturalmente a criarlos e a fazerles alguna merced, assí como farían a otros estraños, porque non mueran. Más los parientes que suben por liña derecha de partes de la madre, también ella como ellos tenudos son de los criar, si ovieren riqueza con lo que puedan fazer. E esto es por esta razón: porque la madre siempre es cierta del fijo que nasce de--lla, que es suyo; lo que non es el padre, de los que nascen de tales mugeres (115).*



## 8. Conclusiones.

El matrimonio en la Edad Media estaba constituido -- por dos actos: los esponsales y el matrimonio o casamiento -- ensentido estricto. Los desposorios se realizaban a edades -- muy tempranas y más que el consentimiento de los contrayen-- tes jugaba el papel decisivo la familia. El matrimonio, con-- trato consensual, requiere un ritual doble, profano o mate-- rial y religioso. Definido como oficio de madre, la perpetua-- ción del linaje es su fin intrínseco. En cuanto a la moral -- sexual, la ley condena la unión carnal dentro del marco con-- yugal si no es movida por afán de progeneritura; la moral so-- cial, por otro lado, es la clave del matrimonio ya que permi-- te vincular familias y unir patrimonios con lo que se evita la disolución de los grandes señoríos territoriales, y se -- unifica el poder. La importancia de un matrimonio legal, ce-- lebrado con toda su parafernalia y fruto de un consenso so-- cial por extensión del familiar, impide que se rompa la paz con el rapto y asegura una eficaz y justa distribución del -- contingente femenino, tan cotizado en una época que se carac-- teriza por la escasez de brazos.

Las Partidas introducen novedades respecto al trata-- miento del adulterio al dar tratamiento de igualdad, en prin-- cipio, al masculino y al femenino. Esta condena del adulte-- rio masculino, novedosa respecto a la legislación precedente, no pasará de sanción moral, pero su introducción supone la -- manifestación visible de un cambio estructural: la mujer par-- ticipa en considerables proporciones en la vida activa, (re-- cordemos que su incorporación a la vida laboral viene dada -- en momentos de crisis pre-expansiva y que esto es común a to-- das las épocas). Una presunta igualdad de hecho, de alguna -- forma debió resquebrajar los esquemas imperantes. Los casti-- gos, de todos modos, y aunque bastante suavizados respecto a los fueros locales, mantienen para las adúlteras el rigor -- tradicional.

La mujer casada, en Las Partidas, es objeto de legislación específica en virtud de su estado. No goza, sin embargo, de independencia personal y su status viene dado por el del marido, pudiendo mantenerlo en la viudez (títulos nobiliarios) si no vuelve a casar o bien, si casa, que no sea -- con uno de inferior condición.

En cuanto al régimen económico del matrimonio, es el marido el que usufructa los bienes de ambos (dote y arras) -- libremente, pero, y esto es una cláusula que favorece los intereses de la mujer, sin poder malversar no distraer la parte que ella aportó al matrimonio. La mujer, por su parte, goza de entera libertad para disponer de sus bienes propios -- (parafernales) y aportarlos o no al régimen de comunidad de bienes del matrimonio.

Por último, la legislación se ocupa de la filiación y de su legitimidad o no en cuanto lesionen los intereses de la comunidad impidiendo un justo reparto de las herencias. -- Recordemos que a la muerte de los cónyuges "ab intestato", -- caso de no haber descendencia, dote y arras revierten a los parientes de los finados; la duda sobre la filiación de los descendientes provocaría serios conflictos de incalculables e imprevisibles alcances.

9. Notas.

- (1) Prólogo a la Cuarta Partida.
- (2) P. IV, T. I, L. I.
- (3) HINOJOSA, Estudios sobre la historia del Derecho español, Madrid, 1903.
- (4) P. IV, T. I, L. II.
- (5) P. IV, T. I, L. IV.
- (6) P. IV, T. I, L. X.
- (7) P. IV, T. I, L. X.
- (8) R. GIBERT "El consentimiento familiar en el matrimonio según el derecho medieval español" A.H.D.E. XVIII (1947), - págs. 706-761.
- (9) P. IV, T. I, L. XI.
- (10) Encontramos ejemplos, entre otros varios, en la "Crónica de Juan I del año 1388 referente al matrimonio concertado entre el futuro Enrique I y Catalina de Lancaster Crónica de los Reyes de Castilla, Biblioteca de Autores españoles, Madrid, 1953; y en "Crónica de Dº Pedro (Pedro I) del año 1350" donde se consuma la boda entre el futuro Enrique II y Dª Juana el mismo día del prometimiento.
- (11) P. IV, T. I, L. III.
- (12) P. IV, T. I, L. VI.
- (13) P. IV, T. I, L. VIII.

- (14) GEORGES DUBY, El caballero, la mujer y el cura, Ed. Taurus, Madrid, 1982, pág. 31.
- (15) Prólogo a la Cuarta Partida.
- (16) P. IV, T. XII, Prólogo.
- (17) P. IV, T. I, L. IX.
- (18) P. IV, T. II, L. III.
- (19) P. IV, T. II, L. II.
- (20) GEORGES DUBY, op. cit. pág. 181.
- (21) Pedro 1. III, 1; Efescos V, 21; Colonenses III, 18.
- (22) P. IV, T. II, L. I.
- (23) P. IV, T. II, L. III.
- (24) P. IV, T. II, L. VII.
- (25) E. MONTANOS FERRIN, La familia en la Alta Edad Media española, Pamplona, 1980, págs. 19-20.
- (26) P. IV, T. XII, Prólogo.
- (27) GARCIA GALLO, "La evolución....", Pág. 156.
- (28) P. VII, T. XVII, L. I.
- (29) SERRA RUIZ, Honor, honra e injuria en el Derecho medieval español, Murcia, 1969.
- (30) P. VII, T. XVII, L. VIII y L. IX.
- (31) P. VII, T. XVII, L. X.

- (32) P. VII, T. XVII, L. XV.
- (33) P. IV, T. IX, L. II.
- (34) P. VII, T. XVII, L. III.
- (35) P. VII, T. XVII, L. III.
- (36) P. VII, T. XVII, L. XIV.
- (37) SERRA RUIZ, op. cit., pág. 17.
- (38) P. VII, T. XVII, L. XIII.
- (39) HINOJOSA, El elemento germánico en el Derecho español, -  
Madrid, 1915, págs. 67 y 68.
- (40) y (41) P. VII, T. XVII, L. XV.
- (42) E. GACTO FERNANDEZ, "La filiación ilegítima en la Historia del Derecho español", A.H.D.E. XLI, Madrid, 1971, --  
págs, 907-917.
- (43) P. VII, T. XVII, L. I.
- (44) Usatges, 110.
- (45) Fuero de Aragón, 23.
- (46) Idem., 308.
- (47) Fuero de Jaca, 1, 154.
- (48) Fuero de Llanes, 14.
- (49) Fuero de Miranda de Ebro, 34.
- (50) Fuero de Coria, 59.

- ✓
- (51) Fuero de Plasencia, 68.
  - (52) Fuero de Usagre, 66.
  - (53) Fuero de Cuenca, 11, 28.
  - (54) Fuero de Estella, 21.
  - (55) Fuero de Ayala, 19.
  - (56) Fuero Real, 4, 7, 1.
  - (57) Ordenamiento de Alcalá, 21, 1.
  - (58) Leyes de Toro, 80.
  - (59) P. III, T. XIV, L. XII.
  - (60) P. VII, T. XVII, L. XII.
  - (61) P. VII, T. XVII, L. XV.
  - (62) P. VII, T. XVII, L. XV.
  - (63) P. IV, T. II, L. X.
  - (64) P. IV, T. II, L. XI. y P. IV, T. V, L. IV.
  - (65) P. IV, T. II, L. XI.
  - (66) P. IV, T. II, L. XII.
  - (67) P. IV, T. II, L. XII y P. IV, T. VII, L. IV y L. VI.
  - (68) P. IV, T. II, L. XII, y P. IV, T. VII, L. VII y L. VIII.
  - (69) P. IV, T. II, L. XIII.

- (70) P. IV, T. II, L. XIV.
- (71) P. IV, T. II, L. XIV.
- (72) P. IV, T. II, L. XIV.
- (73) P. IV, T. II, L. XV.
- (74) P. IV, T. II, L. XV.
- (75) P. IV, T. II, L. XV.
- (76) P. IV, T. VIII, L. I y L. II.
- (77) P. IV, T. VIII, L. II y L. III.
- (78) P. IV, T. VIII, L. IV.
- (79) P. IV, T. VIII, L. VI y L. VII.
- (80) P. IV, T. II, L. VII.
- (81) DELGADO ECHEVERRIA, El régimen matrimonial, Madrid, 1974, págs. 47-48.
- (82) P. IV, T. XI, L. XXX y L. XXXI.
- (83) P. IV, T. XXII, L. V.
- (84) P. VII, T. III, L. IX.
- (85) J. MARTINEZ GIJON, "El régimen económico del matrimonio", A. H. D. E., XXIX, Madrid, 1959, pág. 94.
- (86) Fueros de Cuenca, Béjar, Zorita de los Canes, Plasencia, Teruel-Albarracín, Alcalá de Henares, Brihuega, Fuentes de la Alcarría, Soria, Coria, Cáceres y Usagre.

- (87) Fueros de Cuenca, Béjar, Zorita de los Canes, Plasencia, Teruel-Albarracín y Soria.
- (88) Fueros de Daroca, Alcalá de Henares, Coria y Cáceres-Usagre.
- (89) Fueros de Cuenca, Béjar, Zorita de los Canes, Plasencia, Teruel-Albarracín y Soria.
- (90) P. IV, T. XI, L. XXIV.
- (91) P. VI, T. XV, L. I.
- (92) J. MARTINEZ GIJON, "La comunidad hereditaria y la partición de la herencia", A.H.D.E., XXVII-XXVIII, Madrid, -- 1957-58, págs. 221-303.
- (93) P. IV, T. XI, L. VII y L. XXIII. También en P. IV, T. -- XII, L. XXIV.
- (94) P. IV, T. XI, L. XXIII.
- (95) P. VI, T. XV, L. II.
- (96) F. ARVIZU GALARRAGA, La disposición mortis-causa en el Derecho español de la Alta Edad Media, E.U.N.S.A. Pamplona, 1977. La profundización en el tema exige remontarse a los antecedentes, para ello este libro es fundamental.
- (97) P. VI, T. XV, L. X.
- (98) P. VII, T. XIV, L. IV.
- (99) P. III, T. XVIII, L. LVIII.
- (100) P. I, T. XXIII, L. XII.
- (101) P. IV, T. II, L. II.



- (102) P. IV, T. XXIII, L. IV.
- (103) P. VI, T. VI, L. XVI.
- ~ (104) P. VI, T. VI, L. XVII.
- (105) P. VII, T. XXXI, L. XI.
- (106) P. VII, T. VIII, L. VIII.
- ~ (107) P. VI, T. VIII, L. XII.
- (108) P. IV, T. XIX, L. III.
- (109) P. IV, T. XIX, L. IV.
- (110) P. VI, T. XVI, L. V.
- (111) P. VI, T. XVI, L. IV.
- (112) P. VI, T. XVI, L. VI.
- (113) GACTO FERNANDEZ, op. cit.
- (114) P. IV, T. XVII, L. II.
- ~ (115) P. IV, T. XIX, L. V.

L A S   V I U D A S

## LAS VIUDAS

### 1. Introducción.

La viuda gozó en todo tiempo (1) de independencia personal análoga a la de la mujer no sujeta a la autoridad del -- marido o del padre. No estando sujeta a tutela, económicamente goza de los mismos derechos que la mujer no sujeta a la autoridad familiar. La existencia de un capital, la dote, que -- revierte tras la separación de bienes a sus manos, le da, a -- la par, una cierta independencia económica. Sucesora, en mu-- chas ocasiones, en los negocios del marido, asume, con plenas garantías de capacidad y eficacia, la dirección de los mismos. Puede mantener, por otro lado, la casa y el núcleo familiar -- creado con el matrimonio, o bien reintegrarse al domicilio paterno. En ninguno de los dos casos pierde los derechos y pri-- vilegios de condición adquiridos a través del marido.

La viuda, en el Derecho recogido en Las Partidas, -- mientras no se casa y salvo legado expreso, sólo recibe en -- usufructo de la herencia del marido una cuota igual a la que corresponde a cada uno de los hijos legítimos del matrimonio. La sucesión ab intestato al cónyuge muerto sólo se produce en defecto de descendientes, ascendientes, hermanos e hijos de -- hermanos.

La mujer viuda parece disfrutar, en principio de una situación muy aceptable: dueña de su propio destino, respaldada económicamente por la posesión de determinados bienes estipulada por la ley, y posibilitada legalmente para ser tutor -- de sus hijos y administrar sus bienes, goza, además, de ciertas ventajas a causa de la *indefensión* en que se encuentra -- (2). Con todo, y a pesar de su situación favorable de emanci-- pación en comparación con las solteras o casadas, su status -- nos parece deprimido si lo comparamos con el del hombre en -- igual situación y ante materias tan delicadas como es la tutela de los hijos. Hemos visto en el capítulo anterior, como la

ley estipula que la viuda se haga cargo de la custodia de personas y bienes de sus hijos, entanto en cuanto se abstenga de contraer nuevo matrimonio. Es indiscutible que en el ánimo de los legisladores ha pesado el evidente sometimiento de la mujer casada al marido, que alcanzaría a los hijos en caso de -mantenerse bajo la custodia materna trás los nuevos esponsa--les. El hombre, por el contrario, no pierde no gana capacidad jurídica con el matrimonio y es por eso por lo que la existencia de una madrastra no es óbice para que los hijos y sus bienes permanezcan bajo la jurisdicción del padre trás la muerte de la madre legítima, mediante o no nuevas nupcias.

## 2. La capacidad jurídica de la viuda. (3)

Algunos derechos locales de la Edad Media estipulan - que a nivel personal, y desde el punto de vista de su condición de novia, la mujer viuda no reciba las mismas arras o donación ante nuptias (*propter nuptias* en Las Partidas) que la soltera, sino una cantidad notoriamente inferior, fijada casi siempre en la mitad de lo que corresponde a la última, e incluso que no reciba objetos en especies o que su boda no se celebre con la misma ostentación que la de la mujer soltera - (5).

Tal discriminación entre solteras y viudas no aparece en Las Partidas, aunque según Gacto Fernández (6), tampoco debe entenderse como síntoma de inferioridad jurídica, ya que - exceptuando la aportación del marido, los restantes preceptos no distinguen entre mujer soltera y viuda. Si distinguen las normativas jurídicas, y entre ellas Las Partidas, viudas y solteras frente a casadas, tal vez teniendo en cuenta las alteraciones de paz que pueden derivarse de ciertos delitos contra el honor, mayores evidentemente si se cometen contra el - segundo grupo.

En Las Partidas solteras y viudas se hallan equiparadas a las religiosas, y los tres grupos se hallan protegidos por la ley frente a la seducción con engaño. Las casadas no aparecen englobadas en este precepto debido a que este delito es considerado adulterio en su caso, y merecedor, como ya hemos visto, de legislación específica.

*Gravemente yerran los omes que se trabajan de corromper las mugeres religiosas (...) Otrosí dezimos que fazen -- gran maldad aquellos que sonsacan con engaño, o falago, o de otra manera, las mugeres vírgenes, o las biudas, que -- son de buena fama, e biven honestamente; e mayormente -- quando son huéspedes en casa de sus padres, o dellas (...) e non se puede escusar, el que yoguiere con alguna muger*

*destas, que non fizo muy gran yerro maguer diga que lo fizio con su plazer della non le faziendo fuerça. Ca segund dizen los Sabios Antiguos, como en manera de fuerça es, - sonsacar e falagar las mugeres sobredichas, con prometimientos vanos, faziendoles fazer maldad de sus cuerpos; e aquellos que traen esta manera más yerran que si lo fiziesen por fuerça (7).*

Si el delito ya no es seducción, sino rapto o violación por fuerza, con armas o sin ellas, las casadas son equiparadas a los tres grupos anteriores. El receptor de la deshonra (que veíamos que era agravada si se violaba el pacto de hospitalidad) y la extensión de la ofensa, sobrepasan a la propia mujer violentada y a sus parientes, alcanzando a Dios y al señor de la tierra donde residen o de quién son vasallos.

*Forçar, o robar muger virgen, o casada, o religiosa, o biuda que biva honestamente en su casa, es yerro e maldad muy grande por dos razones. La primera, porque la fuerça es fecha sobre personas que biven honestamente e a servicio de Dios, e a buena estança del mundo. La segunda es, que fazen muy gran deshonrra a los parientes de la muger forçada, e muy gran atrevimeinto contra el Señor, forçandola en desprecio del señor de la tierra do es fecho -- (...) e esta fuerça se puede fazer de dos maneras; la -- primera con armas, la segunda sin ellas (8).*

El castigo por el delito de seducción es idéntico sea cometido contra religiosas, solteras o viudas, y varía únicamente en razón de la condición del artífice de la ofensa.

*Que si aquel que lo fiziere fuere ome honrrado puede -- perder la meytad de todos sus bienes, e deven ser de la - Cámara del Rey. E si fuere ome vil deve ser açotado públicamente e desterrado en alguna ysla por cinco años. Pero si fuesse siervo o sirviente de casa, aquel que sosacare o corrompiere alguna de las mugeres sobredichas deve ser quemado porende (9).*

En caso de rapto o violación probada en juicio, la pena es capital, indiferentemente de la condición del agresor y alcanza no sólo a éste sino a los cómplices. Cabe el caso de que la mujer raptada o forzada accediese gustosa después al casamiento. Las penas serán monetarias y la diferencia estribará únicamente en si media o no consentimiento familiar.

*Robando algùn ome alguna miger biuda de buena fama, o virgen, o casada o religiosa, o yaziendo con alguna dellas por fuerça, si le fuere provado en juyzio deve morir porende; e de más deven ser todos sus bienes de la muger que assó oviesse rabada, o forçada. Fueras ende, si después desso ella de su gardo casasse con el que la robó, o forçó no habiendo otro marido. Ca estonce los bienes del forçador deven ser del padre, e de la madre de la muger forçada, si ellos non consintiessen (...) Ca si provado les fuesse que avían consentido en ello, estonce deven ser todos los bienes del forçador de la Cámara de Rey -- (10).*

Para ninguno de los tres delitos vistos (seducción, violación, rapto) existe castigo penal, si la ofendida o raptada fuera *muger vil o de mala fama*.

Pero en lo que más se detienen Las Partidas al legislar sobre las viudas, es en el tema de las segundas nupcias. La mujer, para volver a casarse debe esperar un plazo de luto, un año, concretamente. La infracción de esta norma constituida laica al margen de la Iglesia, hace caer sobre la mujer no sólo penas morales, sino también materiales.

*Librada, e quita es la muger del ligamento del matrimonio después de la muerte de su marido. E porende non tovo por bien Santa Eglesia, que le fuesse puesta pena, si casara quando quisiera, después que el marido fuesse muerto (...) Pero el Fuero de los Legos defendióle que non case fasta un año, e ponéles pena a las que antes se casan. E la pena es ésta: que es después de mala fama, e deve per-*

*der las arras, e la donación que le fizo el marido finado, e las otras cosas que la oviessen dexado en el testamento; e devenlas aver los fijos que fincaren dél; e si fijos -- non dexare, los parientes que ovieren de heredar lo suyo (11).*

La privación de los bienes que le hubiera transmitido su cónyuge difunto, la habíamos encontrado ya en la norma gótica que exigía a la viuda, para conservarlos, llevar una vida honesta o, en caso de contraer nuevas nupcias, que estas -- no fueran deshonorrosas, calificativo que sin duda podría aplicarse a las celebradas dentro del primer año de viudedad (12).

Hay una razón por la que la viuda queda eximida de -- las penas materiales si casa durante el *tempus lugendi*, y es *que con otorgamiento del rey casare antes de que se cumpla un año*. Quizá la obtención del permiso esté condicionada a la -- prueba de que no se halle la mujer embarazada, ya que la *causa tollendi dubium* es la inspiradora de tales normativas.

*E defienden las leyes a las mugeres que non casen ante deste tiempo, por dos razones: La una porque non dubden -- los omes, si aviniere que encaesce ella en esse mismo año, de qual de los maridos, del muerto, o del bivo, es el fijo, o la fija que nasciere della. La otra es, porque el -- marido segundo non haya sospecha contra ella porque tan -- ayna quiso casar (13).*

La razón de la sanción que recae sobre toda mujer viuda que ose casarse en el plazo prohibido es el caos y las alteraciones de paz que la filiación ilegítima acarrea consigo, y que inducen a los redactores de Las Partidas a adoptar tan severa y extrema postura: el desheredamiento. Pero aún hay -- más: si casa durante el período de luto forzose, no solamente pierde sus bienes y los heredados del finado, sino que *no la puede ningún ome extraño establecer por heredera, nin otro -- que fuesse su pariente del quarto grado en adelante*.



Si la viuda posee caudal propio (a la dote aportada - al matrimonio que revierte a sus manos trás la separación *mortis causa*, hay que sumar los parafernales si los hubiere) que le permita vivir *honestamente*, no puede demandar nada de los bienes del finado a sus herederos. Pero también puede darse - el caso de que acceda al estado de viudez carente de recursos. Las Partidas, inspirándose en la indefensión de las viudas y el principio general de tutela del sexo disponen la protección de la mujer pobre *si casasse sin dote, e non ha de que bevir* a la muerte del marido.

*... si el marido non dexasse a tal muger, en que pudiesse bien e honestamente bevir, nin ella lo oviesse de lo suyo, que puede heredar fasta la quarta parte de los bienes dél, maguer aya fijos: pero esta quarta parte non deve montar más de cient libras de oro, quanto quier que -- sea grande la herencia del finado (14).*

### 3. Conclusiones.

Si desde la perspectiva estrictamente jurídica la diferencia de las viudas con las solteras o casadas es nimia -- (las diferencias se establecen para las casadas en cuanto que participan del *status* del marido, las discriminaciones generales que se hacen a la mujer en la ley son siempre en razón -- del sexo, no del estado civil), de hecho la mujer viuda goza de mayor consideración y peso social que las otras dos. Aunque se le presuponga algún tipo de tutela su emancipación e independencia económica son indiscutibles. La viudez no reporta inferioridad jurídica más que en un determinado supuesto: el de que la mujer quisiera contraer un nuevo matrimonio. En el ámbito penal y en otros ámbitos la viuda en cuanto sujeto pasivo queda amparada por la ley con igual eficacia que las solteras o casadas. En el ámbito procesal y en base a una presunta indefensión, unida a la debilidad íntinseca que caracteriza jurídicamente al sexo femenino, la mujer viuda está amparada por la autoridad, que interviene de oficio en los asuntos en que ella sea parte.

Lo normal es que a la muerte del marido reviertan a la mujer los bienes que como dote aportó al matrimonio, lo -- que unido a los parafernales le daría un pecunio que le permitiría obtener la independencia económica. Las Partidas, dentro del principio de indefensión del sexo contemplan el caso de la viudedad indigente obligando a los parientes del finado a la manutención de la viuda si ella no tuviere medios de vida ni parientes cercanos y pudientes.

En cuanto a la tutela de los hijos menores, solamente decir que, en principio, Las Partidas no recogen diferencias en razón del sexo del cónyuge supérstite. esto es, las competencias son iguales para el viudo que para la viuda. Se introduce, en cambio, un matiz propio del derecho Romano: el requisito exigido a la viuda de no contraer nuevas nupcias mientras dure el período de tutela de los pequeños. Caso de no ha

ber hijos el período de luto obligado durante el cual no puede volver a casar es de un año.

#### 4. Notas.

- (1) GARCIA GALLO, "La evolución..... pág. 159.
- (2) EQUIP BROIDA, "La viudez ¿triste o feliz estado?" en Las mujeres en las ciudades medievales, E.U.A., Madrid, 1984, págs. 27-42.
- (3) M. I. PEREZ DE TUDELA, "La condición de la viuda en el medievo castellano-leonés" en Las mujeres en las ciudades - medievales, E.U.A., Madrid, 1984, págs. 87-102.
- (4) Fuero de Molina de Aragón, por ejemplo.
- (5) Fuero de Molina de Aragón 11 y 25; Fuero de Guadalajara - 34; Fuero de Alfambra 39; Fuero de Madrid 115; Formulario 54 y 55; Fuero de Cuenca 189 y 190; Fuero L. de Teruel -- 302 y 303; Fuero Real de Teruel 415; Fuero de Baeza 170 y 171; Fuero de Béjar 210 y 211; Fuero de Zorita 172 y 173; Fuero de Plasencia 634 y Fuero de Soria 288.
- (6) E. GACTO FERNANDEZ, La condición jurídica del cónyuge viudo en el Derecho visigótico y en los Fueros de León y Castilla, Ed. P.U.S. Sevilla, 1975, págs. 17-18.
- (7) P. VII, T. XIX, L. I.
- (8) P. VII, T. XX, L. I.
- (9) P. VII, T. XIX, L. II.
- (10) P. VII, T. XX, L. III.
- (11) P. IV, T. XII, L. III.
- (12) GACTO FERNANDEZ, op. cit., pág. 26.

(13) P. VI, T. III, L. V.

(14) P. VI, T. XIII, L. VII.

L A S   M A R G I N A D A S

## LAS MARGINADAS

### 1. Introducción.

En la sociedad medieval hay grupos o individuos que podemos considerar como marginados por el tratamiento especial que reciben, no sólo en la legislación, sino también en las ordenanzas municipales, fueros locales y en general en la vida cotidiana. Eludiendo la polémica respecto a la mujer como clase marginada en sí y para sí, dentro del colectivo femenino hay grupos de mujeres que merecen mención aparte: las prostitutas, las judías, las esclavas y las barraganas. Sobre estos cuatro grupos centraremos nuestra atención, aunque no son los únicos ni los más numerosos.

Citaremos, aunque su estudio no nos incumbe hoy, algunos de los otros grupos, verdaderas minorías marginales dentro de la gran mayoría de los desheredados. Son los mendigos, los disminuídos físicos y psíquicos, los enfermos (especialmente apestados y leprosos), los delincuentes (generalmente pobres de solemnidad, aunque también los hay de oficio), los heréticos, los llamados brujos, los gafes, los malatos... Un sinfín de personajes, hombres y mujeres, que llenan los caminos y las villas y campos de la Edad Media. El enorme interés que a nuestros ojos despiertan, cuantitativa y cualitativamente hablando, les hace merecedores de un estudio detallado, exhaustivo y específico. No podemos ni queremos tratar en tan reducido espacio tan prolijo tema; eso sí, dejar constancia de su presencia y de su paso, tan firmemente impreso, por la Historia, a la par que denunciar la ignorancia de que fueron objeto por parte de la Historiografía tradicional.

## 2. Las prostitutas.(1)

*Más assaber es que aquella es puta pública que con V varones o con más será provada o será manifestada (2).*

*Fallándola por pesquisas los alcaldes que de 2 a 3 la fodieron (3).*

*Muger puta, que se da a muchos (4).*

*Muger baldonada, que se da a todos (5).*

La prostitución es anterior, por supuesto, al Medievo. Las prostitutas encontraron su lugar en esa sociedad que no excluyó a nadie de su seno: locos y cuerdos, enfermos y sanos, cristianos ortodoxos y heréticos... Si para todos hubo un sitio en la heterogeneidad medieval, no podía faltar uno para el oficio más viejo del mundo.

La prostitución medieval se encuentra en calles o casas especializadas, en albergues y tabernas y alrededor de -- los baños públicos (heredados de las termas romanas y los baños árabes). También se hallan las meretrices en la legislación.

¿Cuál es la condición jurídica que tienen en Las Partidas? En primer lugar encontramos la defensa de sus intereses económicos en cuanto entendidos como salario profesional. Se considera que el yerro está en el acto, punible en sí, pero esto no implica que no ha de tener remuneración, castigando la ley al presunto fornicador en caso de impago ya que para ella su propio oficio es su castigo, ante los ojos de la legislación. Implícitamente se reconoce, no sólo su existencia, sino sus derechos y se asegura, hasta cierto punto, su protección. ¿Extensión legal del principio de tutela del sexo? Presumiblemente fuera este el *hálito* inspirador.



*Esso mismo sería si alguno dicesse dineros a alguna mala mujer para yoguer con ella. Ca después geló oviesse dado, non gelos podría demandar, porque la torpedad vino de su parte solamente; por ende non los deve cobrar. Ca, como quier que la mala muger faze gran yerro en yazer con los omes, non faze mal en tomar lo quel dan. E porende en recibirlo non viene la torpedad de parte della (6).*

Cuatro siglos más tarde, Sor Juana Inés de la Cruz es cribiría (7):

*¿O cuál es más de culpar,  
aunque cualquiera mal haga  
la que peca por la paga  
o el que paga por pecar?*

La *mujer baldonada* encuentra equiparación legal con la *mujer honrrada* en razón de la religión que profesa. El -- cristianismo aglutina elementos de cualquier naturaleza y con dición. Este igualitarismo se manifiesta ante un hecho supraconvencional: la presencia del invasor, del enemigo de la fé cristiana, del moro, en la sociedad española de la época. Las prostitutas, al igual que las demás mujeres, indiferentemente de su profesión, son contempladas como esposas de Cristo en -- razón del bautismo, y en virtud de ello serán castigadas con idéntica pena las que yacen con el infiel, sean honestas o -- deshonestas. La ley pone, curiosamente, pena de muerte a los judíos que mantienen relaciones con cristianas y a los cris-- tianos que cometen adulterio con mujeres casadas. Esto será -- tratado en otro apartado, simplemente hacer mención de ello a título ilustrativo.

*Ca si los cristianos que facen adulterio con las muge-- res casadas merescen por ende muerte, mucho más la merescen los judíos que yacen con las cristianas, que son espiritualmente esposas de Nuestro señor Jesucristo por razón de la fé et del babtismo que recibieron en nombre dél. Et*

*la cristiana que tal yerro ficiere como este, tenemos por bien que non finque sin pena; et por ende mandamos que si fuere virgen, o casada, o vibda o muger maldonada que se da a todos, que haya aquella pena que diximos que deve -- aver la cristiana que yoguiere con moro (8).*

Que las prostitutas tenían sus lugares reservados en las ciudades (a veces barrios enteros) es conocido por todos los medievalistas. Contemplada en todos los fueros, la prostitución en las villas medievales estaba perfectamente legalizada y controlada (por motivos de higiene y salud pública antes que morales), aunque también se practicaba al margen de la -- ley. Por orden real y para evitar que se extendiese por toda la ciudad, se reservaba un lugar determinado destinado a burdel; esto fué un hecho generalizado en toda Europa (9).

Las Cortes de Monzón (10) recogen un precedente en -- 1363, establecido por Alfonso III en una pragmática dirigida al Veguer de Barcelona y ordenan que las mujeres viles que públicamente difaman su cuerpo, no osen permanecer en las calles de la ciudad, villa o lugar en que acostumbran a estar -- las personas honestas, debiendo ser echadas de allí y aún de sus casas propias.

Las Partidas, como veíamos, aceptan como un hecho pre establecido o incuestionable la existencia de lupanares y zonas urbanas especialmente reservadas para las prostitutas, -- así como su peculiar y distintivo ropaje.

Todas estas medidas nunca pretendieron erradicar la -- prostitución que, antes bien, fue considerada como un *mal necesario*. Lo que se intentaba era aislarla en unas calles o -- plazas determinadas, a veces construidas ex-profeso, generalmente alejadas del centro vital de la villa y, habitualmente, amuralladas y con una o dos puertas de entrada y salida vigiladas. Periódicamente estos barrios y lugares de lenocinio re cibían la visita de las autoridades para controlar su nivel --

sanitario y evitar la propagación de enfermedades infecto-contagiosas entre la población. Frecuentemente aparecen, durante los siglos XIII, XIV y XV, bandos con prescripciones de medidas higiénicas y expulsiones, bajo severas penas de los alcahuetes-as y mujeres públicas que estuviesen fuera del recinto o los locales destinados a ellos.

Las mujeres honradas que frecuenten los lugares destiniados a las públicas incurren en pena grave y son objeto de fuertes sanciones, que llegan a la impunidad del agresor en caso de violación u otra ofensa. El derecho urbano, desde el punto de vista criminal, es tan riguroso como el civil. Se aplica la ley del talión en un intento de reprimir los delitos por el terror y mantener la seguridad aplicando una disciplina rigurosa. Toda transgresión de lo establecido conlleva un castigo proporcional al delito en *aquellas aglomeraciones de hombres de todas las procedencias que son las ciudades*, como las definiría Pirenne. Para él, esta paz urbana es un derecho de excepción y por él la ciudad se halla en *estado de sitio permanente* (12). No se permitirá a las prostitutas, dentro de este contexto, ser factor de alteración del orden público; su *modus vivendi* y *locus operandi* son tan sagrados e inviolables como un lugar de culto. Todo bien delimitado, a cada uno su papel: la mujer que ande por los mismos lugares que una prostituta o se vista como ellas ha de ser tratada como tal.

Aparte de la reclusión y el confinamiento, de la diferenciación en el vestido y de sus miserias, observamos también la existencia de alcahuetes, esto es, hombres que viven de las ganancias que el comercio de cuerpos femeninos les da.

*Leno en latín, tanto quier dezir en romance como alcahuete: e tal como este quier tenga sus siervas, o otras mugeres libres en su casa, faziendoles fazer maldad de sus cuerpos por dineros quier ende en otra manera, soscando mugeres para otro, es enfamado* (13).

### 3. Las siervas.

La condición servil es un factor de diferenciación social por contraposición a la libre. En principio la noción de libre y no-libre guarda, en la Edad Media, una gran importancia, como muestran las graves restricciones que paralizan al hombre privado de la libertad. Entre los siervos y la autoridad superior se superponía la de aquel de quién dependiesen -- desde el punto de vista económico, su patrono, que era también su señor. Tenían respecto a él unos deberes, extensivos a los miembros de la familia (esposa e hijos) y le debían obediencia y fidelidad.

Las penas establecidas en los fueros son muy severas para los vasallos que golpeasen, hiriesen o matasen a su señor; en cambio, a veces el dueño que maltrataba a uno de sus servidores (o servidoras, extensible en este caso a la violación) no siquiera tenía que pagar una multa.

Los esclavos (y esclavas) no pueden testimoniar ante un tribunal, ni disponer libremente de su peculio; carecen de personalidad jurídica, por lo que es su dueño quien debe responder por los delitos que sus siervos cometan o percibir la indemnización por el homicidio o atentado perpetrado en sus personas. Ya fueran rurales (casatos en Castilla) o personales, ocupados en las faenas domésticas, la condición de todos los siervos fue la misma: se les estimaba como cosas susceptibles de ser enajenados y transmitidos hereditariamente (14).

A finales del siglo XIII la servidumbre no existía -- más que en su forma doméstica. Los esclavos eran principalmente musulmanes y las grandes conquistas de la primera mitad de siglo, así como la represión que siguió a los alzamientos de los moros andaluces y murcianos, aumentaron su número. En cuanto a los siervos rurales, no quedaban sino algunos vestigios: los casatos o casati se habían fundido con la masa de los solariegos (15). Los esclavos que quedaban no tenían en --

en la sociedad castellana un lugar comparable al que ocupaban en los Estados de la Corona de Aragón. Procedían de la costa africana (moros y negros), de las Canarias y de Granada en débil proporción y estaban empleados en menesteres domésticos - (16).

Durante la Baja Edad Media el número de esclavas es - mayor que el número de esclavos (17) según se deduce de los - contratos de compra-venta. Normalmente eran sirvientas domé-  
sticas y también, en alguna ocasión, ayudantes de artesanos; - objetos de lujo en los palacios y en muchas ocasiones concubi-  
nas de sus dueños (18).

La servidumbre constituía, siempre y en cualquier de los casos, una tara hereditaria que implicaba para quien la - sufría una incapacidad general para disponer de si mismo y de sus bienes; como corolario implicaba la posibilidad de venderlo o legarlo, con o sin progenitura, con o sin su tenencia. - Los hijos de las siervas pueden ser empeñados antes de su na-  
cimiento, ya que en origen son considerados como un objeto --  
más, al igual que sus padres. En este sentido se expresan Las  
Partidas:

*Empeñar se puede toda cosa, quier sea nascida o por nas-  
cer, assí como el parto de la sierva, e el fruto de los -  
ganados, e de las heredades (19).*

Hay, no obstante, un tipo de siervos que no forman --  
parte activa del conjunto de bienes y son tratados por la ley  
con especial consideración. Son aquellos (generalmente uno o  
dos por familia) que se hallan vinculados al dueño o a la due-  
ña de manera especial, bien por estar directamente a su servi-  
cio o por criar a sus hijos, que es el caso de las ayas y las  
nodrizas. Este grupo, reducido dentro del conjunto, no está -  
obligado en caso de embargo de bienes y no es susceptible de  
empeño.

*A peños obligando alguno todos sus bienes, cosas y a se*

*ñaladas que no serían por ende obligadas. E son estas --  
(...) los criados, e siervo, o sierva que toviere señalada-  
mente para servirle, e guardarle e criarle sus fijos --  
(20).*

Las siervas pueden acceder a la libertad mediante el matrimonio con un hombre libre o con su señor, aunque este es el raro de los casos, ya que el concubinato está permitido -- (aunque desaconsejado) por la ley, mientras que una unión desigual está mal considerada por la sociedad. El matrimonio de los siervos, de cualquier manera, necesita del conocimiento y consentimiento del dueño puesto que éste es, para ellos, la -- primera y única autoridad, en el orden judicial y ejecutivo. La sumisión al dueño a la hora de elegir un esposo, llevaba -- consigo la prohibición de contraer matrimonio fuera del seño-  
río; prohibición que rea levantada al arbitrio del señor y me  
diante el apgo a éste de una compensación pecuniaria (la gabe-  
la que en Castilla se llama *ossa* o *huesas*, equivalente a la --  
tasa de *formariage* francesa) (21).

*Casando siervo alguno con muger libre, sabiéndolo su se-  
ñor, e non contradiziendolo, fazesse el siervo libre por  
ende. Esso mismo dezimos que sería, si casasse la sierva  
con ome libre. E aún dezimos, que si el señor se casasse  
con su sierva, que sería la sierva libre por ende (22).*

Adquieren las siervas libertad, también, en caso de --  
que su señor las ponga a ejercer la prostitución. Con ello ad  
quieren el status de libertas automáticamente, y son ampara--  
das por la ley, perdiendo su dueño todos los derechos que le  
correspondían sobre sus personas.

*Poniendo alguno sus siervas en la putería públicamente,  
o en casa alguna, o en otro lugar cualquier, que se die--  
ssen a los omes por dineros; establescemos, que por tal --  
enemiga como esta, que las manda fazer, que pierda el se-  
ñor las siervas, e sean ellas porende libres. E mandamos,*

*que los que lo judgaren por nos en el lugar do esto acaes  
ciesse, que las amparen, que las non puede tornar en ser-  
vidumbre jamás, aquel que era su señor, nin aya ningund -  
derecho en ellas (23).*

#### 4. Las judías.

Apenas había ciudad ni burgo entre el Cantábrico, el Mediterráneo y el Atlántico donde no viviesen por lo menos -- unas cuantas familias judías. Los judíos se habían quedado en las regiones reconquistadas a partir del siglo XI donde eran numerosos, y se diseminaron por la parte septentrional del -- reino. Vivían en comunidades autónomas, bajo la autoridad de magistrados de su propia religión que aplicaban el derecho ra bínico; eran las juderías. En la vida cotidiana eran constantes las relaciones entre ellos y los cristianos: muy a menudo, ni siquiera estaban acantonados en calles aisladas o barrios cerrados (24).

Los judíos, que a raíz de la conquista musulmana ha-- bían permanecido en tierras de Al-Andalus, comienzan a pasar a territorio cristiano a medida que crecen las posibilidades económicas de los núcleos norteños. A partir de las persecu-- ciones de que, durante el siglo XII, fueron objeto por parte de almorávides y sobre todo almohades, las comunidades judías empiezan a proliferar en los núcleos urbanos cristianos, fundamentalmente en los que predominaba el comercio, su activi-- dad fundamental. En el siglo XIII, con la incorporación de te rritorios levantinos y, sobre todo, andaluces aumentó conside rablemente el número de judíos residentes en los reinos cris-- tianos. Su número total debió de ser, aproximadamente, a fi-- nes del siglo XIII, de unos 200.000 en la Corona de Castilla, donde representaban entonces un 5 por 100 de la población -- (25).

La condición jurídica de los judíos, equiparada en un principio a la de los cristianos, se fue erosionando con el -- tiempo, a pesar del apoyo de que gozaron por parte de los re-- yes, a causa de la animadversión popular cristiana, estimula-- da eruditamente por el recuerdo de su traición en la *pérdida de España* y su colaboración en la muerte de Cristo y alimenta-- da a nivel más inmediato por la envidia que suscitaba su ri--



queza y la opresión que ajercían a través de sus préstamos -- usurarios (26).

El profundo antisemitismo de la Iglesia y de los medios populares se haría más vivo en la segunda mitad del siglo XIV debido a la agudización de las dificultades económicas. Durante los siglos XIV y XV se producirá la violenta ruptura del sistema de tolerancia entre las distintas comunidades étnico-religiosas que vivían en la península; el enfrentamiento de pobres contra ricos, real motivación que la produjo, será lo que explique la intensidad de este movimiento antijudío, mucho más hondo que antimudejar.

Las medidas discriminatorias contra los judíos (reclusión en las juderías, distintivos en la ropa, etc) tienen algunos aspectos interesantes en lo que se refiere a las mujeres de esta comunidad. Las Partidas establecen la total separación de esta comunidad étnico-religiosa, prohibiéndoles la vida en común con los cristianos.

*Defendemos que ningund judío non se osado de tener cristiano nin cristiana para servirse dellos en su casa (...)  
Otrosí defendemos que cristiano nin cristiana non convienden a ningund judío nin judía, nin reciba otrosí convite dellos (27).*

Los judíos que mantienen relaciones sexuales con cristianas reciben la misma pena que los moros en tal caso (28). Las condenas varían según el estado civil de la mujer. La legislación alfonsina no contempla el caso contrario, del cristiano que yace con mujer judía, presumiblemente por carecer ésta de condición jurídica equiparable a la de la mujer cristiana. El acto sexual con judías, por el hecho de estar consideradas como mujeres públicas, no es merecedor de castigo. Si es el caso contrario, las penas llegan en caso de reincidencia, a la muerte.

*Si el Moro (o Judío) yoguiere con la Christiana virgen*

*mandamos que lo apdedreen por ello; e ella por la primera vegada que lo fiziere, pierda la meytad de los bienes e herédelos el padre, o la madre, o el avuelo, si los ovierre, si non ayalos el rey. E por la segunda, pierda todo lo que ovierre, e herédénlo los herederos sobredichos, si los ovierre; e si non los ovierre el rey e ella muera por ello. E esso mesmo dezimos e mandamos de la biuda que esto fiziere. E si yoguiere con Christiana casada, sea apederado por ello; e ella sea puesta en poder de su marido, que la queme, o la suelte o faga della lo que quisiere; e so yoguiere con mujer baldonada que se da a todos, por la primera vegada açotenlos de so uno por la Villa; e por la segunda vegada mueran por ello (29).*

## 5. Las barraganas.

Barraganía en la Edad Media es la comunidad de vida - entre un hombre y una mujer, solteros, que era reconocida por el Derecho como digna de protección. Las barraganas son definidas por Las Partidas como *aquellas otras mugeres que tienen los omes, que non son de bendiciones.*

*Barraganas defiende Santa Eglesia, que non tenga ningún cristiano, porque biven con ellas en pecado mortal. Pero los Sabios Antiguos que fizieron las leyes consintieron-- las que algunos las pudiesen aver sin pena temporal: porque tovieron que era menos mal, de aver una, que muchas. E porque los fijos que nasciesen dellas fuessen más ciertos (30).*

El origen de la barraganía es dudoso; quizá provenga del concubinato latino, del Friedelehe germánico o del derecho matrimonial islámico. En el Derecho romano se llamó concubinato a una forma de comunidad conyugal permanente, aunque - de condición jurídica inferior al matrimonio. Las leyes romanas lo autorizaban y lo reconocían (a partir de Augusto) como forma de unión legítima de hombre y mujer y base de una comunidad mutua de vida (éste es el sentido que tiene en Las Partidas). Sin embargo, la concubina no disfrutaba de la consideración de mujer casada, puesto que en el concubinato falta el *consensus nuptialis*; tampoco recibía el nombre de *uxor*, ni compartía jurídicamente el rango y posición social del marido, es decir, carecía del *honor matrimonii*. Los hijos eran llamados *liberi naturales*.

Con la aparición del cristianismo, el concubinato fue considerado como inmoral, variando su regulación. Constantino lo persiguió con sanciones y trató de estimular a los concubinos al matrimonio, que llevaría como efecto la legitimación - de los hijos. Justiniano prohibió tener más de una mujer como concubina y ninguna a los hombres casados; este aspecto es ín

tegramente recogido por Las Partidas, así como el carácter seglar del concubinato. Justiniano amplió, a la vez, las bases de su legitimación.

Las Partidas, continuando con la tradición cristiana, dan testimonio de la condena que la barraganía merece por -- parte de la Iglesia, pero ello no obsta para que legisle su -- faceta civil, estableciendo, por otro lado, la procedencia -- árabe del nombre.

*E tomo nome de dos palabras; de barra, que es de arávi-go, que quier tanto dezir como fuera; e gana, que es de - ladino, que es por ganancia: e estas dos palabras ayunta-das, queiren tanto dezir como ganancia que es fecha fuera de mandamiento de Eglesia. E por ende los que nascen de - tales mugeres, son llamados fijos de ganancia (31).*

Barraganas pueden ser todas las mujeres independientemente de su condición, excepto las casadas.

*Ingenua mulier es llamada en latín, toda muger que desde su nascencia es siempre libre de toda servidumbre e -- que nunca fue sierva. E esta atal puede ser rescebida por barragana segund las leyes; quier sea nascida de vil linage o de vil logar; o sea mala de su cuerpo quier non -- (...) Otrosí puede ser rescebida por tal muger, también - la que fuesse forra, como la sierva (32).*

Pero barraganas de nobles sólo pueden ser determina-- das mujeres. La pureza de la sangre (que ya vimos como actúa sobre la legislación en el caso de los judíos) funciona como factor determinante para las uniones de este tipo. La ley precisa al detalle cuales son las mujeres a las que les está vedado el concubinato con los *omes nobles e de grand linage*. La infracción de esta normativa trae como consecuencia para los hijos habidos de la unión, la pérdida de los derechos y beneficios de la paternidad. Llamados, en este caso, fornezinos o

spurios (lo que los equipara a los hijos de las prostitutas) en vez de hijos naturales o de ganancia, como era lo normal - al caso, no entraban bajo la potestad ni en la familia del padre, sino que seguían la condición personal de la madre. Re--producimos el párrafo en su integridad por la validez que tiene a la hora de hacer un censo de oficios femeninos; nos aparecen en él todos los trabajos que, desempeñados por mujeres, son considerados como *viles*: juglaresa, tabernera, regatera y alcahueta; lo que da, de forma indirecta, buena prueba de su existencia.

*Ilustres personas son llamadas en latín, las personas honrradas, e de grand guisa, e que son puestas en Dignidades; assí como lso reyes, e los que descienden dellos, e los Condes. E otrosí los que descienden dellos, e los -- otros omes honrrados semejantes destos. E estos atales, -- como quier segund las leyes, pueden rescebirlas barragnas; tales mugeres y a, que non deven rescebir, assí como la sierva, o la fija de la sierva. Nin otrosí la que fuesse aforrada, nin su fija; nin juglaressa, nin sus fijas; nin tavernera, nin regatera, nin alhueta, nin sus fijas: nin otra persona ninguna de aquellas que son llamadas viles, por razón de si mismas, o por razón de aquellos do -- descienden. Ca non sería guisada cosa, que la sangre de -- los nobles fuesse embargada, nin ayuntada a tan viles mugeres. E si alguno de los sobredichos fiziesse contra esto, si oviesse de tal muger fijo, segund las leyes, non -- sería llamado fijo natural; antes sería llamado spurio, -- que quier dezir tanto como fornezino. E demás, tal fijo -- como este non deve partir en los bienes del padre, nin es el padre tenuto de criarle si non quisiera (33).*

X Los Adelantados en provincias también pueden tener barragnas (aún más, la ley lo recomienda) en función de la -- inestabilidad temporal y el frecuente cambio de residencia a que su cargo obliga. Preveyendo la poligamia y el abuso de poder, Las partidas le fuerzan, practicamente, al concubinato.

*E otrosí dezimos, que omes y a, que pueden aver barragana, e non podrían rescebir mugeres legítimas. E estos son de los que son llamados en latín Praesides provinciarum; que quier tanto dezir en romanze, como Adelantados de algunas tierras. Ca tal ome como este, non podría rescebir muger legítima de nuevo, en toda aquella tierra onde fuese Adelantado, en quanto durare el tiempo del Adelantamiento. E podría y rescebir barragana, si non oviere muger legítima. E esto fue defendido porque el grand poder que han estos atales, non pudiessen tomar por fuerça muger ninguna, para casr con ella (34).*

La barraganería fue habitual entre los clérigos y se conservan profusión de documentos (del siglo X al XV) que lo atestiguan; pero desde el siglo XIII una serie de concilios tomaron medidas para acabar con ella, hasta que decreció considerablemente a fines de la Edad Media. Las Partidas se inscriben en la corriente del siglo XIII, prohibiendo repetidamente (*Que los clérigos deven ser honestos, e quales mugeres pueden morar con ellos. Que los clérigos non deven tener consigo mugeres sospechosas, maguer fuessen sus parientes*) el concubinato para los clérigos y casados.

*Comunalmente, segund las leyes seglares mandan, todo ome que non fuese embargado de Orden, o de casamiento, puede aver barragana, sin miedo de pena temporal (36).*

Por último, Las Partidas estipulan la edad y condición de las barraganas y en que manera (ante testigos o no) se debe efectuar el contrato *-carta de compañía-* que constituía en legal la barraganía, ya que su establecimiento concedía una serie de derechos, para la mujer y los hijos, incluso en lo referente a la herencia, aunque sobre ésta tenían prioridad los hijos habidos en matrimonio. La barraganería, en última instancia, es monógama, y actúa como sustitutivo legal del matrimonio, pudiendo desembocar, sin trabas, en él. La ley prohíbe tajantemente tener varias barraganas, lo que da

fé (no es la primera ni será la última vez que la legislación española insista sobre el tema) de la existencia de tal práctica.

*(...) que non aya virgen, nin sea menor de doze años -- nin tal biuda, que biva onesta, e que sea de buen testimonio. E tal biuda como esta queriendola alguno rescebir -- por barragana, o a otra muger que fuesse libre de su nascencia, que non fuesse virgen; develo fazer, quando la -- rescebiere por barragana ante buenos omes, diziendo manifestamente ante ellos, como la rescibe por su barragana (...) Pero si fuesse otra biuda que non fuesse atal como sobredicho es, más que fuesse de muy vil linage, o de mala fama; o fuesse judgada que avía fecho adulterio con -- ome que oviesse muger legítima, maguer ella fuesse suelta; a tal como esta no ha porque la rescebir por barragana ante testigos (...) Otrosí ninguno non puede tener por barragana ninguna muger que sea su pariente, nin su cuñada, fasta el quarto grado% e esto; porque farían grand pecado, segund que dicho avemos, que es llamado en latín incesto (...) Otrosí ningund ome non puede aver muchas barraganas. Ca segund las leyes mandan, aquella es llamada barragana que es una sóla: e ha menester que sea atal, que pueda casar con ella, si quisiere, aquel que la tiene por barragana (37).*

## 6. Conclusiones.

Prostitutas, siervas y barraganas completan el espectro femenino de la Edad Media que hemos venido analizando. Su existencia es contemplada en Las Partidas como un fenómeno so  
cial natural y necesario. Muestra de gran clarividencia juris  
ta es el hecho de que no se legisla en contra (tampoco a fa--  
vor), sino que la ley se ocupa de regular y mantener bajo con  
trol lo que sin duda alguna escapa de sus manos por su propia  
marginalidad. La legislación se adecúa a la estructura social  
real en este punto, reconociendo implícitamente su incapaci--  
dad para cambiarla.

Las disposiciones generales observadas en Las Parti--  
das y que se completan con otras de ámbito local van encaminada  
das a la caracterización de la marginalidad como sector so--  
cial con personalidad propia. De ahí los distintivos externos  
(ropas, tocados) que señalan la pertenencia a uno u otro gru--  
po evitando así posibles confusiones. Se delimitan también --  
las zonas frecuentadas por las prostitutas y se especifica el  
tipo de hombres que pueden tomar barraganas.

Prostitutas, barraganas y siervas son defendidas ante  
la lesión de sus intereses por la legislación. Esta protec--  
ción humaniza, hasta cierto punto, la sombría imagen que da -  
la justicia medieval, quizá más fruto del desconocimiento que  
de una auténtica dureza legislativa.



## 7. Notas.

- (1) Especial mención a las comunicaciones presentadas por M. ASENJO "Las mujeres en el medio urbano a fines de la Edad Media: el caso de Segovia"; A. GALAN y M. T. LOPEZ BEL--TRAN "El status teórico de las prostitutas del reino de - Granada en la primera mitad del siglo XVI" y otras, recogidas todas ellas en el libro de reciente publicación Las mujeres en las ciudades medievales, Madrid, 1984, ya citado con anterioridad.
- (2) Fuero de Teruel.
- (3) Fuero de Sepúlveda.
- (4) P. VII, T. XIII, L. XI.
- (5) P. VII, T. XXIV, L. IX.
- (6) P. V, T. XIV, L. LIII.
- (7) SOR JUANA INES DE LA CRUZ, "Redondillas", Las mil mejores poesías de la lengua castellana, Madrid, 1977, pág. 235.
- (8) P. VII, T. XXIV, L. IX.
- (9) MC CALL, The Medieval Underworld, Hamilton, London, 1979, cap. 6.
- (10) 1363 bajo Pedro III, Constitución y altres drets, pág. - 176 (A.H.C.B.).
- (11) P. VII, T. IX, L. XVIII.
- (12) H. PIRENNE, Las ciudades de la Edad Media, Ed. Alianza, Madrid, 1972, pág. 130.

- (13) P. VII, T. VI, L. IV.
- (14) GARCIA DE CORTAZAR, La época medieval, Historia de España II, Wd. Alfaguara, Madrid, 1980, págs. 272-73.
- (15) DUFOURQ Y GAUTIER-DALCHE, Historia económica y social de la España cristiana en la Edad Media, Ed. El Albir, pág. 152.
- (16) Ibidem., pág. 278.
- (17) Ch. VERLINDEN, L' esclavage dans l' Europe medieval. I. La Peninsule Iberique, págs. 431-532.
- (18) T. M. VINYOLES-i-VIDAL, Las barcelonines a les darreries de l' Edat mitjana, págs 59-66.
- (19) P. V, T. XIII, L. II.
- (20) P. V, T. XIII, L. V.
- (21) P. BONASSIE, Vocabulario básico de la Historia Medieval, Ed. Grijalbo, Barcelona, 1983, pág. 210.
- (22) P. V, T. XXII, L. V.
- (23) P. V, T. XXII, L. IV.
- (24) DUFOURQ y GAUTIER-DALCHE, op. cit., pág. 146.
- (25) y (26) GARCIA DE CORTAZAR, op. cit. págs. 203 y 204.
- (27) P. VII, T. XXIV, L. VIII.
- (28) P. VII, T. XXIV, L. VIII.
- (29) P. VII, T. XXV, L. X.

— (30) P. IV, T. XIV.

— (31) P. IV, T. XIV, L. I.

(32) P. IV, T. XIV, L. I.

(33) P. IV, T. XIV, L. III.

(34) P. IV, T. XIV, L. II.

(35) P. I, T. VI, L. XXXVII y L. XXXVIII.

(36) P. IV, T. XIV, L. II.

(37) P. IV, T. XIV, L. II.

## C O N C L U S I O N E S   G E N E R A L E S

## CONCLUSIONES GENERALES

Este trabajo supuso, en principio, el vaciado de la fuente utilizada (Las Partidas) previa lectura y descodificación. Se elaboró una hipótesis de trabajo ajustada a un esquema provisional y en base a ello se establecieron los hechos sobre los cuales la fuente proveería información directa. Estos hechos preestablecidos, referentes a la condición jurídica de la mujer, fueron completados con otros sobre los que -- Las Partidas no proporcionaban información, recurriendo al estudio de documentos de la época (fueros locales principalmente) y a la bibliografía española y extranjera sobre el tema. Establecimos, por último, una hipótesis de trabajo ajustada -- ya al esquema definitivo, que facilitó la extracción de conclusiones.

La realización de este estudio exigió a la autora, en principio, liberarse de los vicios metodológicos heredados y enfrentarse, de forma un tanto inconsciente, a todos los presupuestos e interpretaciones tradicionales que obstaculizaban una correcta comprensión del problema. La élite intelectual, predominantemente masculina, apoyada por los poderes fácticos, nos transmitió *nemine discrepante* una teoría sobre la mujer -- medieval que había funcionado a nivel de superestructura durante la Edad Media y que la literatura bajomedieval y renacentista, apoyada por la Iglesia y clases privilegiadas, había consagrado. ¿Qué hacer con ella? En principio, dudar. La mujer medieval aparecía tan claramente oscura que con dificultad resultaba creíble. Algunos estudios monográficos sobre el tema permitían vislumbrar una realidad distinta, pero eran -- dispersos puntos de luz que en ningún momento, por si solos, iluminaban del todo el escenario. Con el tiempo, y al ir aumentando el fondo bibliográfico con nuevas aportaciones de cuño cada vez más reciente y distendido, las piezas se fueron -- ensamblando. La tarea es ardua y esta necesitada aún de años y de personas que le dediquen sus horas y su tarea investigadora, pero se avanza cada vez con mayor rapidez. El compromi-

so, llegado a este punto, es ineludible.

La primera conclusión a que llegamos, fue de tipo general: las mujeres no son, ante la ley, iguales al hombre; al hombre la legislación le proporciona privilegios, a la mujer le limita los derechos. Pero pronto se nos plantearon una serie de interrogantes. ¿La situación legal que reduce al mínimo las posibilidades de actuación de las mujeres se correspondería con la situación real? ¿Podemos conocer cómo vivían las mujeres conociendo sólo la legislación? Evidentemente no. El marco legal constituye sólo la base, imprescindible por otro lado, del conocimiento de la historia de la mujer; su profundización exige el contacto con otro tipo de fuentes no sólo - de derecho civil sino también económicas, etc.

Una vez aclarado este punto y establecida la prioridad e importancia del estudio de la obra legislativa para una efectiva visión de conjunto, las conclusiones, en ningún punto definitivas, nos acercaron a la realidad del tema.

Establecimos una separación entre la situación de derecho y la situación de hecho, y tras reconocer una práctica igualdad de ambos sexos en la segunda nos centramos en la primera y en su carácter discriminador. No obstante las restricciones jurídicas y las limitaciones a su actividad pública, - encontramos algunos indicios que, si bien estaban basados en el principio de tutela que presupone una inferioridad natural, nos permitieron hablar de protección y en consecuencia de ventajas para la mujer.

La lectura de las introducciones y conclusiones parciales insertas al principio y final de cada capítulo, y que no consideramos oportuno insistir en ellas dada su lógica exposición, completará este último apartado que junto con la introducción general pretende ser declaración de principios y - justificación de contenidos.

B I B L I O G R A F I A

## BIBLIOGRAFIA

- ARCIPRESTE DE HITA, El libro de Buen Amor, Ed. Espasa Calpe, Madrid, 1967.
- ARRANZ GUZMAN, A. "Imágenes de la mujer en la legislación - (ss. XI-XIV)". Las mujeres medievales y su ámbito jurídico, P.U.A. Madrid, 1983.
- ARVIZU GALARRAGA, F. La disposición "mortis causa" en el derecho español de la Alta Edad Media, E.U.N.S.A., Pamplona, 1977.
- ASENJO GONZALEZ, M. "La mujer y su entorno social en el fuero de Soria" en Las mujeres medievales y su ámbito jurídico P.U.A., Madrid, 1983.  
"Las mujeres en el medio urbano a fines de la Edad Media: - el caso de Segovia" en Las mujeres en las ciudades medievales, P.U.A., Madrid, 1984.
- ASHTON, T.S. La Revolución Industrial, F.C.E., Madrid, 1979.
- AYERBE IRIBAR, M.R. "La mujer y su proyección familiar en - la sociedad visigoda a través de los Concilios" en Las mujeres medievales y su ámbito jurídico, Madrid, 1983.
- BONASSIE, P. Vocabulario básico de la Historia Medieval, Ed. Grijalbo, Barcelona, 1983.
- BORRERO FERNANDEZ, M. "El trabajo de la mujer en el mundo - rural sevillano en la baja Edad Media" en Las mujeres medievales y su ámbito jurídico, Madrid, 1983.
- CABAÑAS, M. D. "La imagen de la mujer en la Baja Edad Media castellana a través de las ordenanzas municipales de Cuenca" en Las mujeres en las ciudades medievales, Madrid, 1984.
- CALL, M. C. The medieval underworld, Hamilton, London, 1979.



- CLARAMUNT, S. "La mujer en el fuero de Cuenca" en En la España Medieval II, E.U.C., Madrid, 1982.
- DELGADO ECHEVERRIA, El régimen matrimonial, Madrid, 1974.
- DIEZ DE SALAZAR, L.M. "La mujer vasco-navarra en la normativa jurídica (ss. XII-XIV)" en Las mujeres medievales y su ámbito jurídico, Madrid, 1983.
- DOMINGUEZ ORTIZ, A. "La mujer en el tránsito de la Edad Media a la Edad Moderna" en Las mujeres en las ciudades medievales, Madrid, 1984.
- DUBY, G. El caballero, la mujer y el cura, Ed. Taurus, Madrid, 1982.
- DUFOURQ y GAUTIER-DALCHE, Historia económica y social de la España cristiana en la Edad Media, Ed. El Albir, Barcelona, 1983.
- EQUIP BROIDA, "La viudez ¿triste o feliz estado? (las últimas voluntades de los barceloneses en torno al 1400)" en Las mujeres en las ciudades medievales, Madrid, 1984.
- ESCOBAR, J.M.; NIETO, M.; y PADILLA, J. "Vida y presencia de la mujer en la Córdoba del siglo XIII" en Las mujeres en las ciudades medievales, Madrid, 1984.
- FERRER-VIDAL DIAZ, M. "La mujer en la Orden Militar de Santiago" en Las mujeres medievales y su ámbito jurídico, Madrid, 1983.
- FIERRO BELLO, M. I. "Mujeres hispano-árabes en tres repertorios biográficos (Yadwa, Sila y Bugya) (ss. X-XII)" en Las mujeres medievales y su ámbito jurídico, Madrid, 1983.
- GACTO FERNANDEZ, "La filiación ilegítima en la Historia del Derecho español", A.H.D.E. XLI, Madrid, 1971.

- GACTO FERNANDEZ, La condición jurídica del cónyuge viudo en el Derecho visigótico y en los fueros de León y Castilla, - P.U.S., Sevilla, 1975.
  
- GALAN, A y LOPEZ BELTRAN. M.T. "El "status" teórico de las -- prostitutas del reino de Granada en la primera mitad del si glo XVI (Las ordenanzas de 1536) en Las mujeres en las ciu dades medievales, Madrid, 1984.
  
- GARCIA DE CORTAZAR, La época medieval. Historia de España II Ed. Alfaguara, Madrid, 1980.
  
- GARCIA GALLO "La evolución de la condición jurídica de la - mujer" en Estudios de Historia del Derecho privado, Sevilla, 1982.
  
- GARCIA GONZALEZ, J. "El incumplimiento de las promesas de - matrimonio" en A.H.D.E. XXIII, Madrid, 1953.
  
- GIBERT, R. "El consentimiento familiar en el matrimonio se- gún el Derecho medieval español" en A.H.D.E. XVIII, Madrid, 1947.
  
- HEERS, J. El clan familiar en la Edad Media, Ed. Taurus, -- Barcelona, 1978.
  
- HINOJOSA, Eduardo de , Estudios sobre la Historia del Dere- cho español, Madrid, 1903.  
El elemento germánico en el Derecho español, Madrid, 1915.  
Obras I y II. Estudios de investigación, Madrid, 1948-1955.
  
- HINOJOSA, J. "Las mujeres en las ordenanzas municipales en el Reino de Valencia durante la Edad Media" en Las mujeres en las ciudades medievales, Madrid, 1984.
  
- HUIZINGA , J. El otoño de la Edad Media, Ed. Alianza, Ma-- drid, 1984.

- LOPEZ ELUM, P. y RODRIGO LIZONDO, M. "La mujer en el Código de los Furs de Valencia" en Las mujeres medievales y su ámbito jurídico, Madrid, 1983.
- LUCAS, A.M. Women in the middle ager. Religion, marriage -- and letters, Harvester Press, Brighton, 1983.
- MARTINEZ GIJON, "El régimen económico del matrimonio", -- A.H.D.E., XXIX, Madrid, 1959.  
"La comunidad hereditaria y la partición de la herencia" -- A.H.D.E., XXVII-XXVIII, Madrid, 1957-58.
- MENENDEZ PELAEZ, Nueva visión del amor cortés, Oviedo, 1980.
- MERCHAN ALVAREZ, A. La tutela de los menores en Castilla -- hasta fines del siglo XV, P.U.S., Sevilla, 1976.
- MITRE FERNANDEZ, E. "Mujer, matrimonio y vida marital en -- las Cortes Castellano-leonesas de la Baja Edad Media", en -- Las mujeres medievales y su ámbito jurídico, Madrid, 1983.
- MOLLAT, M. y WOLFF, P. Uñas azules, Jacques y Ciompi. Las - revoluciones populares en Europa en los siglos XIV y XV.
- NIETO, J.M. "La mujer en el Libro de los Fueros de Castilla (Aproximaciones a la condición socio-jurídica de la mujer -- en Castilla en los siglos XI al XIII)" en Las mujeres en -- las ciudades medievales, Madrid, 1984.
- NIETO, M.; PADILLA, J. y ESCOBAR, J.M. "La mujer cordobesa en el trabajo a fines del siglo XV" en Las mujeres en las - las ciudades medievales, Madrid, 1984.
- ORCASTEGUI GROS, C. "La mujer aragonesa en la legislación -- foral de la Edad Media" en Las mujeres medievales y su ámbi- to jurídico, Madrid, 1983.  
"Ordenanzas municipales y reglamentación local en la Edad -- Media sobre la mujer aragonesa en sus relaciones sociales y económicas" en Las mujeres en las ciudades medievales, Ma--

drid, 1984.

- PEREZ DE TUDELA Y VELASCO, M. I. La mujer castellano-leonesa durante la Alta Edad Media, Fundación Juan March, Madrid, 1983.  
"Acerca de la condición de la mujer castellano-leonesa durante la Baja Edad Media" en En la España Medieval IV, P.U.C., Madrid, 1984.  
"La mujer castellano-leonesa del Pleno Medievo. Perfiles literarios, estatuto jurídico y situación económica" en Las mujeres medievales y su ámbito jurídico, Madrid, 1983.  
"La condición de la viuda en el Medievo castellano-leonés" en Las mujeres en las ciudades medievales, Madrid, 1984.
- PERNOUD, R. La mujer en el tiempo de las catedrales, E.U.A. Madrid, 1984.
- PIRENNE, H. Las ciudades de la Edad Media, Ed. Alianza, Madrid, 1972.
- POWER, E. Mujeres medievales, Ed. Encuentro, Madrid, 1979.
- RAMOS y BONET, Derecho Romano II, Madrid, 1981.
- RIAZA, R. "Las Partidas y los libri feudorum", A.H.D.E. X, Madrid, 1933.
- RIVERA GARRETAS, M. "La legislación del *Monte delle Doti* en el Quattrocento florentino" en Las mujeres medievales y su ámbito jurídico, Madrid, 1983.  
"Normativa y litigios en torno a la dote durante la época de Jaime II" en Las mujeres en las ciudades medievales, Madrid, 1984.
- RUIZ DE LA PEÑA SOLAR, J.I. "La condición de la mujer a través de los ordenamientos jurídicos de la Asturias medieval (siglos XII al XIV)" en Las mujeres en las ciudades medievales, Madrid, 1984.

- SEGURA GRAIÑO, C. "Aproximación a la legislación medieval - sobre la mujer andaluza: El fuero de Ubeda" en Las mujeres medievales y su ámbito jurídico, Madrid, 1983.  
"Las mujeres andaluzas en la Baja Edad Media (Ordenamientos y ordenanzas municipales)" en Las mujeres en las ciudades - medievales, Madrid, 1984.
- SERRA RUIZ, R. Honor, honra e injuria en el Derecho medieval español, Murcia, 1969.
- TOMAS Y VALIENTE; F. Manual de Historia del Derecho Español Ed. Tecnos, Madrid, 1979.
- VARIOS AUTORES, Recueils de la société Jean Bodin. La femme, Bruselas, 1962.
- VINYOLÉS i VIDAL, T.M. "La mujer Bajomedieval a través de - las Ordenanzas Municipales de Barcelona" en La mujer medieval y su ámbito jurídico, Madrid, 1983.
- WESTERMARCK, Historia del matrimonio, Madrid, 1932.